

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
MAGÍSTER EN ANTROPOLOGÍA Y DESARROLLO

Mujeres y madres en un mundo moderno
Los discursos y prácticas que conforman los patrones
de maternidad en Santiago de Chile

Tesis presentada para obtener el grado de
Magíster en Antropología y Desarrollo

ALUMNA:
ÉMILIE RAYMOND

PROFESORA GUÍA:
LORETO REBOLLEDO

SANTIAGO, JULIO 2006

RESUMEN

La presente tesis se propone explorar las representaciones y prácticas maternas de mujeres santiaguinas de entre 25 y 45 años, trabajadoras y madres. En el contexto chileno actual, marcado por aspiraciones de modernización y la inserción cada vez más importante de las mujeres en el mercado laboral, la maternidad se presenta como una encrucijada de tensiones y compromisos, en los planos tanto individuales como sociales. Entre otros fenómenos, la retórica igualitaria respecto de los roles y expectativas femeninas se sobrepone a una concepción más bien conservadora de la responsabilidad materna, generando desafíos potentes a la hora, para las mujeres, de conyugar familia y desempeño laboral.

El estudio indaga sobre la manera con que las mujeres perciben y viven la maternidad a partir de la aplicación de un cuestionario y de una entrevista semi-estructurada a cada una de las 20 sujetas. Las preguntas permiten explorar la historia en la familia de origen y la propia trayectoria materna, los valores y pautas de crianza, las estrategias de conciliación laboral-familiar, la visión del rol paterno, el nexo con la familia extensa y la opinión respecto del aborto.

Un análisis cualitativo de contenido permite identificar tres grandes patrones de ejercicio de la maternidad, la Madre ante todo, la Madre omnisciente y la Madre moderna, además de dos patrones emergentes, la Madre alternativa y la Madre equilibrada. La interpretación de los datos conduce también a formular recomendaciones que apuntan a traducir en propuestas empíricas los resultados y conclusiones del trabajo realizado.

PALABRAS CLAVES

Modernidad, maternidad, familia, género, conciliación laboral-familiar

Índice de materias

Introducción: maternidad bajo tensión	1
1. PROBLEMATIZACIÓN	4
1.1 Trayectoria histórica de la condición femenina en el marco del proyecto social chileno	4
1.1.1 Paradojas de la modernidad y contexto colonial	4
1.1.2 Salario familiar y maternidad moral, sustentos del capitalismo industrial	7
1.1.3 Flexibilización versus retórica del cambio	9
1.2 El ser madre: las miradas teóricas	12
1.2.1 Diversidad de enfoques	12
1.2.2 Juegos de oposiciones	13
A- Determinismo uterino o constructo social	14
B- Institución o pluralidad de experiencias específicas	16
C- Herramienta de dominación masculina o espacio de poder femenino	17
D- Virgen madre o puta	20
1.3 Trabajo remunerado y maternidad: de avances en puntos de quiebre	23
1.3.1 Motivos de la incorporación laboral de las mujeres	23
1.3.2 Percepción de la población chilena respecto del trabajo remunerado de las mujeres	23
1.3.3 Lugar de la maternidad en la trayectoria femenina	24
1.3.4 Transformación del discurso, permanencia de las prácticas	25
1.3.5 Estrategias de conciliación trabajo-familia	26
1.4 Propuesta de investigación	27
1.4.1 Problema	27
1.4.2 Objetivos	27
1.4.3 Relevancia y aporte	28
2. MARCO METODOLÓGICO	30
2.1 Perspectiva epistemológica	30
2.2 Diseño metodológico: estudio de casos	30

2.3	Técnicas de recopilación de información	32
	2.3.1 Entrevistas semi-estructuradas	32
	2.3.2 Cuestionario	33
2.4	Técnica de análisis de información	33
3.	ANÁLISIS	36
3.1	Familia de origen	36
	3.1.1 El padre, figura autoritaria	36
	3.1.2 La madre, entre el servicio y la norma	37
	3.1.2.1 Malas madres	38
	3.1.3 Valorar los estudios, un hito generacional	39
	3.1.4 Algunas innovaciones	41
3.2	Historia de la maternidad	42
	3.2.1 Trayectoria de la fertilidad	42
	3.2.2 ¿Existe el instinto materno?	43
	3.2.3 Métodos de control de la natalidad	44
	3.2.4 Ampliar la familia	44
3.3	Representaciones como madres	47
	3.3.1 Valores destacados	47
	3.3.1.1 Comunicación y confianza	47
	3.3.1.2 Exigencia escolar	48
	3.3.3.3 Hacia la autonomía	49
	3.3.3.4 Valoración de las individualidades y de los espacios	50
	3.3.2 El factor de la modernidad	51
	3.3.2.1 Sobrevivir en la selva	51
	3.3.2.2 Culpa vs tiempo	52
	3.3.3 Entre lo tradicional y lo moderno	53
	3.3.3.1 Fusión y postergación	53
	3.3.3.2 El camino del auto-cuestionamiento	54
3.4	Prácticas maternas	56
	3.4.1 Madres omnipotentes	56

3.4.2	Comportamientos de protección	57
3.4.3	Sesgo de género	58
3.4.4	Tareas domésticas participativas	59
3.4.5	Estimular y osar	59

3.5	Conciliación entre trabajo y familia	61
3.5.1	Organizarse, un arte	61
	3.5.1.1 Redes de apoyo	61
	3.5.1.2 Compresión del tiempo	63
3.5.2	Entonces, ¿por qué trabajar?	64
3.5.3	Zonas de problema	65
	3.5.3.1 Sacrificio infantil	65
	3.5.3.2 Cansancio y frustración	66
	3.5.3.3 Conflictos de pareja	67
3.6	Lugar del padre en el proyecto familiar	68
3.6.1	Un modelo híbrido	68
3.6.2	Relaciones de poder: entre machismo y sobre-involucramiento femenino	69
	3.6.2.1 Alternativas equitativas	71
3.7	Relaciones con la familia extensa y el vecindario	72
3.7.1	Distintos grados de cercanía	72
	3.7.1.1 Los “achoclonados”	72
	3.7.1.2 Conflictos valóricos	73
	3.7.1.3 Dramas y querellas	73
3.7.2	La tentación de sentirse diferente	74
3.7.3	Un vecindario ausento o peligroso	75
3.8	Opinión respecto del aborto	76
8.1	Un “no” generalizado	76
8.2	Voces disidentes	77
4.	CONCLUSIONES	79
4.1	La Madre ante todo	79
4.2	La Madre omnisciente	80
4.3	La (súper) Madre moderna	81
4.4	Dos patrones por construir	82
4.5	Para una parentalidad equitativa y socialmente compartida	83
	Bibliografía	86
	ANEXO 1: Exposición presentada en el marco del examen de grado	92

Índice de cuadros

Cuadro 1	<u>Características de las entrevistadas</u>	31
Cuadro 2	<u>Nivel de escolaridad y actividad u ocupación de las entrevistadas y de sus padres</u>	40
Cuadro 3	<u>Informaciones sobre la historia de la maternidad</u>	42
Cuadro 4	<u>Métodos de control de la natalidad utilizados por las entrevistadas</u>	44
Cuadro 5	<u>Deseo de tener o no más hijos</u>	45
Cuadro 6	<u>Servicio doméstico contratado</u>	62

Introducción: maternidad bajo tensión¹

En Chile, a principios del siglo XXI, ser madre significa recrear a diario un delicado mosaico que integra varios motivos: representaciones sociales ambiguas sobre el género femenino y la maternidad; aspiraciones personales de autorrealización que encaran un sentimiento de deber; exigencias propias de la familia y de la pareja en una colectividad marcada por un vaivén cultural entre la tradición y la reinención. En muchos casos, se suma también el trabajo remunerado, a pesar de que esta es la situación de una minoría de chilenas.

Por medio de nuestra tesis, pretendemos estudiar las múltiples maneras de concebir y vivir la maternidad de mujeres santiaguinas entre 25 y 45 años, que tienen hijos menores y trabajan remuneradamente. Estas mujeres se mueven en un contexto paradójico, donde la modernización de la sociedad chilena tropieza con la vigencia de los postulados conservadores. Por ejemplo, si bien comienzan a partir de la segunda mitad del siglo XX a revisarse las ideas acerca del papel de las mujeres y de los hombres en la familia y la sociedad, (Valdés, 2002: 7), aparece que en la actualidad, sólo 35,6% de las mujeres chilenas participan directamente en la actividad económica (INE/SERNAM, 2004).

Tanto el mundo privado como el público no parecen adaptados a la presencia femenina en el mercado laboral, con la superposición de nuevos roles y expectativas por parte de las mujeres y la permanencia de viejos comportamientos. Dicho de otra manera, se cultiva una retórica de la igualdad sin que los hechos sigan las palabras (Beck, 1998). Concretamente, no se cuestiona la distribución de las responsabilidades familiares y domésticas, sino la acomodación de las mujeres por medio de la doble jornada o la búsqueda de apoyo doméstico, remunerado o no (SERNAM, 2000; Rodó y otros, 1993).

La familia en sí también se transformó: se redujo de manera notable el número de hijos (4,6 por mujer en 1950 a 2,02 en 2005), como también la representatividad de la familia extensa (desde el 47% en 1970 al 24% en 1992), mientras aumentaba la constitución de tipo nuclear (del 30% al 58%) (CIA World Factbook, 2003; INE/SERNAM, 2001). Aumentaron la distancia temporal entre el inicio de la vida sexual y el matrimonio, las uniones de hecho y la jefatura femenina del hogar. Valdés agrupa esas variables bajo un concepto de “des-institucionalización” progresiva de la familia (2002: 4).

No obstante, el cambio en el núcleo familiar no modificó necesariamente la representación socialmente promovida del rol de madre. Así, la figura materna y sus atributos y obligaciones dentro de la familia son símbolos potentes dentro de la sociedad latinoamericana y chilena. De hecho, el trabajo de la mujer fuera del hogar, sin ser rechazado, es subordinado a su compromiso fundamental: cuidar a su familia. Con relación a ello, una encuesta realizada en diciembre 2003 a 254 mujeres de la región metropolitana (CEDEM, 2004), revela que casi 50% de las mujeres interrogadas consideran que el trabajo de la mujer no es bueno para la familia. Por un lado, las encuestadas afirman que la mujer

¹ Señalamos que nuestra tesis de magíster se inscribe en el marco de un proyecto de investigación más amplio llevado a cabo por el Centro de estudios para el desarrollo de la mujer (CEDEM) y titulado “Modernización y vida privada. Estudio de formas familiares emergente en tres grupos sociales de Santiago” (FONDECYT n°1030150).

que trabaja tiene más amistades y se realiza mejor como persona, pero que la actividad laboral tiene un impacto negativo sobre la relación con los hijos con la pareja. Según otra encuesta efectuada en 2002 por el Centro de Estudios Públicos, el 43% de la población estaba de acuerdo con la afirmación “la labor de un hombre es ganar dinero, la labor de la mujer es cuidar del hogar y de la familia”, mientras el 69% aprobaba la idea de que “tener un trabajo está bien, pero lo que la mayoría de las mujeres en realidad desean es un hogar e hijos” (CEP, 2002). Sin lugar a duda, la maternidad sigue siendo un eje identitario central para las mujeres chilenas.

Tales premisas permiten afirmar que la maternidad contemporánea se erige en cruce de tensiones individuales y sociales, aún mayor cuando la mujer ocupa un empleo remunerado. Este tema ya se estudió ampliamente en función del proceso de adaptación de las familias al empleo de la mujer, de las políticas públicas destinadas a apoyar la inserción laboral femenina, y de la percepción de la población chilena respecto de esta última. Sin embargo, lo que nos interesa aquí es construir, a partir de las representaciones y prácticas maternas de las mujeres, una tipología de los diferentes modelos de madres que se encuentran en la actualidad en Santiago de Chile. ¿Cómo se auto-perciben y auto-definen las mujeres en relación a su rol materno? Para ellas, ¿qué es ser madre? ¿Qué definición dan a las nociones de “buena” y “mala” madre? ¿Cuál es el peso de los supuestos socioculturales en su manera de vivir la maternidad? ¿Cuáles son sus desafíos, preocupaciones, deseos y aspiraciones en tanto madres y mujeres?

Antes de formular de manera más específica los objetivos de nuestro estudio y la metodología propuesta para alcanzarlos, contextualizaremos la temática de la maternidad en función de tres dimensiones: primero, la evolución histórica de la condición femenina en Chile, en el contexto del despliegue de la modernidad y de la globalización; segundo, los constructos teóricos que permiten circunscribir el contenido cultural y experiencial de la maternidad; y finalmente, los estudios recientes que dan cuenta de los cambios en la familia y del desempeño de las mujeres chilenas en el doble rol de madres y trabajadoras.

1. PROBLEMATIZACIÓN

1.1 Trayectoria histórica de la condición femenina en el marco del proyecto social chileno

Nuestro estudio pretende indagar sobre los patrones de maternidad que conviven actualmente en Chile en el marco de los fenómenos de modernización y globalización que afectan las sociedades a escala mundial, con tonos propios según las regiones. Por esta razón, nos parece fundamental contextualizar el tema de género en función del modelo de desarrollo prevaleciente a lo largo de la historia chilena post-hispánica y directamente vinculado a la penetración de las ideas occidentales. En efecto, la situación de las mujeres y las representaciones sobre sus estatus y roles están íntimamente ligadas a la evolución del pensamiento ilustrado y del proyecto subyacente de modernidad, que configuran el orden social según parámetros de integración y competitividad. También, importa tomar en cuenta el papel del Estado en la concreción de este proyecto de modernización y en la consecuente determinación de los grupos receptores de su intervención y apoyo. En fin, este recorrido histórico nos permitirá entrever el origen y el sustento de opiniones, actitudes y comportamientos observados en la actualidad.

1.1.1 Paradojas de la modernidad y contexto colonial

La historia oficial de Chile empieza con la incursión de los conquistadores españoles, acontecimiento que modificará radical y trágicamente el destino de sus habitantes, generará un amplio mestizaje entre indígenas, españoles y esclavos negros, y fundará poderosos mitos fundadores de la identidad chilena.

Cabe recordar que las empresas europeas de viajes y “descubrimientos” se despliegan en el marco de la configuración de la modernidad. En la exuberancia del periodo de las “luces” (siglos XVII y XVIII), el nuevo mundo, América, aparece como una tierra prometida donde poner en práctica ideas nuevas constituidas alrededor del eje de racionalización (Subercasseaux, 2003).

La formación de un nuevo pensamiento político y social es el complemento de la idea clásica de modernidad asociada a la de secularización. La sociedad reemplaza a dios como principio de juicio moral y llega a ser, mucho más que un objeto de estudio, un principio de explicación y de evaluación de la conducta humana. (...) El orden social sólo debe depender de una libre decisión humana, que hace de ese orden el principio del bien y el mal y ya no es el representante de un orden establecido por dios o por la naturaleza. (Touraine, 1995).

La “decisión humana” rescatada por Touraine es permitida por la auto-reflexividad que posibilita la modernidad, que Escobar describe como “el primer momento en la historia donde el conocimiento teórico, el conocimiento experto, se retroalimenta sobre la sociedad, para transformar tanto a la sociedad como al conocimiento (2002: 2). Por su parte, Rosanvallon (1995) subraya que el deseo típico de la época, alejarse de la naturaleza, instauro un nuevo tipo de relación entre los hombres que tomará el camino de la doctrina

del contrato, “en la cual el vínculo social resulta de una institución voluntaria y artificial”. Fundamentada por la idea de bien común de Rousseau, se concretiza una virtud universal a los hombres de bien mediante la asociación de sujetos dotados de razón (Subercasseaux, 2003).

Liberado de la naturaleza, consciente de su acción y del orden del mundo, el hombre es entonces portador de derechos y responsabilidades; gracias a aquellos, se materializa el contrato social. Sin embargo, no todos los seres humanos son depositarios de similares derechos y responsabilidades, el estatus de ciudadano, quedando por ejemplo fuera de alcance de las mujeres del viejo continente.

El análisis integrado de los binomios productivo/reproductivo y público/privado, en el marco de la expansión del capitalismo industrial, permite una mejor comprensión del modo en que éste amplía y legitima una división sexual jerárquica del trabajo y los espacios pre-existentes, naturalizando – al mismo tiempo – la subordinación política y simbólica de las mujeres. Esto es de especial interés si consideramos que, simultáneamente, en el nivel del discurso, el pensamiento ilustrado inaugura una concepción de “sujeto de derechos” virtualmente universalizadora, característica del primer modernismo europeo (Díaz-Romero, 2004: 37).

El modelo ilustrado se disuelve notoriamente en los territorios ocupados por la corona española en América. Subercaseaux (2003) enfoca el carácter excluyente de esta matriz en las colonias, notando que establece un recorte social aún mayor que en la metrópoli. Son evidentemente marginalizados los indios y los negros, mientras sólo ciertos criollos logran acceder a la elite junto a los españoles y a sus descendientes “puros de sangre”.

La población indígena de América Latina experimentó cinco siglos bajo condición esclava o bajo condición subhumana y de destrucción cultural. El régimen colonial español se fundó en la encomienda como sistema de relación entre dominadores y dominados, y en la hacienda como forma de explotación económica de la tierra (Rama, 2001: 3).

En lo que concierne a las mujeres, éstas son vistas naturalmente “de índole inferior al hombre y proclive al pecado” (Peña González, 1997: 117). La mujer tiene que ser controlada por medio de prácticas que aseguran su sujeción y su humildad. El ideal femenino del Chile colonial apunta a valores como la “templeza, la frugalidad, la abstinencia, la contención de la carne y de los sentimientos, así como la morigeración de las costumbres” (Ibíd.). Obviamente, tales expectativas en torno al comportamiento de las mujeres adquieren matices en función de su pertenencia étnica y de clase. Por otro lado, es posible esbozar rasgos normativos globalmente válidos.

En primer lugar, aparece que las décadas iniciales de la conquista española en Chile no fueron tan apremiantes al nivel normativo para las mujeres, en su gran mayoría de origen indígena (Peña González, 1997), y también negra (Soto Lira, 1992). No obstante, la presencia de muy pocas españolas combinada a la lógica vencedora de los conquistadores desencadenan una “maratónica actividad sexual” generadora de una primera identidad femenina en la colonia española: las mujeres como botín o despojo de guerra (Salazar, 1992: 94). Se crea un “sistema de poligamia encubierta” que proclama implícitamente el

libertinaje sexual, pero según los parámetros masculinos españoles: “ser servidos en todo el rango de sus necesidades materiales” (Ibíd: 95). Si la norma colonial respecto de las mujeres no se había cristalizado todavía, ya se habían sembrado las semillas de su posición subordinada.

El desarrollo de la Contrarreforma en Europa, la expansión de la colonia y la llegada sostenida de españolas cambian la configuración social. Se produce “un endurecimiento del control social por parte del Estado y de la Iglesia [que inicia] la aplicación de políticas de control del comportamiento, cuya máxima expresión [es] la normatividad surgida del Concilio de Trento sobre el matrimonio, el celibato y la vida privada en general” (Peña González, 1997: 119). Al nivel del “destino” femenino, los dos estados deseados se inscriben en una dinámica de tutela masculina: ser esposa de Cristo o de algún mortal (Zamorano Varea, 1996). Así,

en la sociedad colonial, el matrimonio aparece como una de las formas de organización que determinará aspectos básicos de la instalación de estructuras y modelos de sociedad desde principios del siglo XVII. Por una parte, es un instrumento para la conversión religiosa de poblaciones indígenas y por otra parte, condicionará las alianzas sociales, económicas y políticas de los sectores españoles y criollos de las élites, preservando, dentro de lo posible, la constitución de filiaciones sin mezcla étnica (Iglesias, 1997: 41).

La preocupación del poder civil de la Corona para normar las uniones de hecho interétnicas, mayoritarias durante los dos primeros siglos de la colonia, tiene motivos socio-económicos como también de control de la sexualidad (Ibíd.). Se pretende ordenar los comportamientos públicos e íntimos a la imagen de la doctrina eclesiástica, según el modelo ofrecido por los matrimonios entre españoles y criollos de las altas esferas. Peña González confirma que:

(...) la Iglesia, más cercana en la realidad que el Estado a la comunidad, se [erige] en vigilante de la moral y de las buenas costumbres; es la encargada de controlar el apego [de las mujeres] a las normas, de denunciar y corregir los pecados públicos, contando para ello con dos eficaces recursos: el púlpito y el confesionario, y en el evento de tornarse éstos ineficientes, pudo apelar a la penitencia y al encierro, a fin de corregir las desviaciones conductuales (1997:19).

Por otra parte, el funcionamiento social configura tipos femeninos alejados del ideal, como lo corrobora, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, el alto porcentaje de hijos nacidos fuera del matrimonio y el gran número de parejas y familias de hecho (Iglesias, 1997). Razones tanto económicas como culturales explican esta diferencia, entre otras los costos inherentes a un matrimonio, el amancebamiento históricamente legitimado de las parejas interétnicas y de bajo pueblo (Soto Lira, 1992; Salazar, 1992), y la dificultad del matrimonio inter-clases (Iglesias, 1997). Con este doble discurso, el oficial de los dogmas morales y el real de las conductas cotidianas, las mujeres de las colonias españolas, en Chile como en la mayor parte de América Latina, cuentan con su sólo desempeño y la solidaridad comunitaria para enfrentar su condición de ciudadanas de segundo orden.

En definitiva, si las ideas que brotan en Europa durante la modernidad respecto de la razón (inherente a la condición humana) y del contrato social (que da forma y realidad a los derechos y deberes de los que liga) cruzan el Atlántico, se revelan aún más restrictivas que en su territorio de origen. Se limitan a una pequeña porción de la población del “nuevo mundo”, y la gran mayoría (indígena y negra) se mantiene no sólo privada de derechos, sino sumisa a la encomienda y a la esclavitud. El carácter estamental de las relaciones sociales se extiende a criterios de género y la identidad de las mujeres es avalada por la del hombre responsable de ellas, padre, esposo o hijo.

1.1.2 Salario familiar y maternidad moral, sustentos del capitalismo industrial

Con la Revolución industrial a fines del siglo XVIII, la familia emerge como reguladora del sistema social. Ordena las clases populares por medio del matrimonio y representa una pieza clave de la nueva clase media en formación. La permanencia de la mujer dentro del hogar asegura la salida a lo público del trabajador, mientras el núcleo familiar encarna los valores fundamentales de la organización económica respecto de la responsabilidad y del esfuerzo. Goody (2001) habla de “salario familiar” y de “maternidad moral” para designar este doble eje de desarrollo.

Al nivel del mercado de trabajo, este contrato encuentra expresión tanto en la constitución del salario familiar como en las leyes protectoras del trabajo femenino e infantil de fines del siglo 19, que legitimaron la expulsión formal de las mujeres del mercado laboral. Dentro del mismo pacto pueden ser consideradas otras modalidades de intervención, desde el Estado-Nación que empieza a edificarse en el mismo periodo. Sin duda, la mayoría trasciende el mercado de trabajo, pero todas influyen fuertemente en él. Entre las más evidentes están las políticas familiares que asumen y reproducen la dependencia económica y civil de las mujeres respecto de sus maridos, a través de las prestaciones a los trabajadores varones y para cada uno de sus hijos, los “plus” familiares y los sistemas de prestaciones de la seguridad social (Díaz-Romero, 2004: 38).

Si bien los principios de la modernidad impulsaron la aparición de los derechos civiles, es con el siglo XIX que éstos empiezan a generalizarse y que surgen en Europa y América del Norte los derechos sociales, “definidos dentro de un rango que va desde el derecho al bienestar y la seguridad económica hasta el derecho a compartir con el resto de la comunidad la herencia social y a vivir la vida como un ser civilizado, de acuerdo con los estándares prevalecientes en la sociedad” (Marshall, citado en Sojo, 2002: 27). Corvalán (1996) explica que la Revolución industrial permite el aumento de la productividad y la producción en masa, lo que lleva a la satisfacción de las necesidades materiales de un mayor número de personas. Sin embargo, el desarrollo industrial va acompañado de un proceso de pauperización creciente. Aquí interviene otro elemento rescatado por Corvalán: la auto-reflexividad iniciada con la modernidad, que autoriza el pensamiento crítico sobre la sociedad, mientras un tercer elemento, la secularización, completa este atributo de los tiempos modernos y permite desasociar las problemáticas humanas del plano divino, ligándolas más bien con la dinámica social. Finalmente, la creación y ampliación de regímenes políticos democráticos favorece la expresión de la voz y de las demandas de los desfavorecidos de la sociedad y de sus aliados.

Surgen entonces las primeras políticas sociales, que privilegian como principio de inaceptabilidad contenidos vivenciales ligados a la construcción de la sociedad salarial, como también contenidos morales tributarios del proceso de “familiarización” característico de la última (Valdés, 2004). Por un lado, Díaz-Romero recalca que el sujeto por excelencia del nuevo orden capitalista industrial es el varón trabajador asalariado. Así, él asegura a la vez el desarrollo productivo y la integración social de su familia gracias a su sueldo, ocupando por consecuencia el espacio público, mientras que a la mujer se le confirma su rol en el espacio privado en tanto encargada de la reproducción. Se edifica progresivamente un nuevo contrato social, que liga los “sujetos del nuevo orden, la organización económica y el Estado” (Díaz-Romero, 2004: 37). Por eso es necesario intervenir cuando la miseria social afecta la mano de obra, ya que compromete la concreción del pacto social.

En Chile, las políticas sociales pasan de un carácter muy marginal o caritativo a un marco anunciador del Estado asistencial en un primer tiempo, y benefactor en un segundo tiempo. Milos (2004) relata que el Estado chileno estuvo prácticamente ausente del diálogo con la sociedad civil hasta los años 20 a pesar de la exclusión social, política y económica de la mayor parte de la población, agudizada por la evolución de la industrialización y el éxodo rural. Habla de una sociedad extremadamente contrastada, donde el apoyo en caso de crisis descansa sobre la auto-valencia y la familia extensa.

Del umbral de los años 20 en adelante, el mismo autor destaca la participación creciente del Estado en la vida civil, pero esencialmente para proteger los recursos humanos en la perspectiva del desarrollo económico del país. Si bien la familia empieza a acceder a beneficios sociales, no será antes de la mitad de la década siguiente que será objeto de la intervención del gobierno chileno por medio de las “llamadas leyes sociales”, adoptadas en 1924 (Valdés, 2004: 7).

Los dominios privilegiados de intervención estatal son la salud, la vivienda y la educación, ordenados alrededor del salariado masculino y de la familia: “En una sociedad bien organizada, el individuo tiende a constituir una familia, de la cual es naturalmente proveedor y jefe. El obrero que es jefe de familia debe recibir paga bastante para mantener a su mujer y a sus hijos” (Eduardo Frei Montalva en 1933, citado en Valdés, 2004: 8). En otras palabras, el Estado juega un papel fundamental en el proceso de institucionalización de la familia en el matrimonio, soporte simbólico y reproductivo del capitalismo industrial, hasta las crisis de los años 70. Cabe agregar que a la diferencia de lo que pasa en Europa, que vive un intenso proceso de laicización, la Iglesia católica sigue asumiendo un papel decisivo en materia de moralidad familiar a través de sus discursos y dispositivos.

Las mujeres constituyen entonces un “colectivo indiferenciado y difuso” (Díaz-Romero, 2004: 38) para el mercado y el Estado, los dos grandes actores sociales con el trabajador varón. Se puede pensar que el rol femenino en Chile es aún más normalizado que durante la época anterior, cuando las prácticas cotidianas rompían al fin y al cabo con la linealidad del discurso moral y se hablaba del desorden de la familia (poligamia, ilegitimidad en los nacimientos, amancebamiento, etc.). Aquí, el discurso y la realidad respecto del destino femenino coinciden en la gran mayoría de los casos. Habrá que esperar hasta la década de

los sesenta para que empiecen a manifestarse rupturas, al menos en el plano de la apertura al cambio.

Durante esta década [de los setenta], la proporción de mujeres que trabajaba llegaba al 20% pese al aumento de los niveles de escolaridad. Se habían producido cambios importantes en la sociedad chilena con nuevas ideas que animaron los debates sobre familia, matrimonio y divorcio, se habían difundido métodos anticonceptivos a objeto de bajar la natalidad y circulaban ideas emancipatorias sobre la condición femenina, pero la familia y las concepciones sobre los géneros se resistían al cambio ya que los comportamientos permanecían atados al modelo de familia moderno-industrial de la sociedad salarial (Valdés, 2004: 11).

1.1.3 Flexibilización versus retórica del cambio

Con todo, el Estado de bienestar estuvo presente cuatro décadas en Chile, con un apogeo entre los años 1960 y 1973, donde se desarrolla lo que Milos (2004) llama el Estado participativo. Éste se preocupa de la exclusión y de la pobreza de sectores todavía ignorados por las políticas sociales, entre otros las poblaciones urbanas y las mujeres.

El espíritu de los 60, que en Chile es más bien tardío, manifestándose en los últimos años de la década, aumenta el número de mujeres en las universidades, amplía el espectro de las carreras escogidas y trae consigo el concepto de la “liberación de la mujer”, el que incluye – además de sus derechos laborales y civiles – aquel relativo a su cuerpo y a la procreación (Meza, 2004).

Vitale (2004) relata que a la Ley de la Asignación familiar (con obligación de ser pagada a la mujer) adoptada en 1953, se suman a partir de 1964 programas nacionales e intensivos de planificación familiar. Entre 1965 y 1969, se organizan centenares de Centros de madres (CEMA) en las poblaciones, que adquieren persona jurídica por la Ley de Promoción popular. Entre 1970 y 1973, el gobierno de Salvador Allende concretiza varias medidas orientadas a las mujeres y a las familias. En 1970, se adopta la Ley sobre las Guarderías infantiles, mientras la implementación de los comedores populares permite aliviar la carga de las mujeres en el hogar. A las mujeres embarazadas y lactantes, el gobierno les proporciona medio litro diario de leche y dicta una ley que protege estas trabajadoras, el fuero maternal. En el plano institucional, se crea la Secretaría Nacional de la Mujer y se fomenta la idea de un Ministerio de la Mujer, pero el golpe de Estado y la dictadura que le sucede mandan al olvido el proyecto.

Acerca de estos ejemplos de intervenciones sociales, Meza (2004) subraya juiciosamente que están “embebidas de una visión de las mujer en su condición – mayoritaria por entonces – de dueña de casa. Las iniciativas de la época tendieron a velar por la familia, las necesidades de salud y alimentación de los hijos, pero no concibieron [a la mujer] como un ser independiente, pese a asegurar sus derechos al trabajo y a la participación”.

A partir de la violenta toma de poder del general Augusto Pinochet en 1973, el Estado chileno empieza a transformarse en agente del neoliberalismo, que promueve el valor de la individualidad en vez del valor de la asociación. Es el Estado eclipsado (Ibíd.), que

privilegia la privatización de los servicios estatales y re-enfoca la auto-valoración de la familia para solucionar sus problemas, siendo los mecanismos de caridad (pensamos en la institución de la “Teletón” en Chile) una alternativa en caso de fracasar las redes familiares.

A la privatización institucional se suma, en las condiciones de la globalización, la individuación de los modos de vida. Este último fenómeno constituye uno de los rasgos constituyentes de la sociedad contemporánea. A pesar de haber sido uno de los principios al origen de la modernidad, la auto-reflexividad esperará las condiciones de la globalización antes de tomar su plena envergadura (Guzmán, 2002; Escobar, 2002). De un capitalismo organizado alrededor de los principios del empresario Henry Ford y del economista John Keynes, y promoviendo dos ejes de progreso de tendencia colectiva, el Estado nacional y el dúo trabajo-producción, pasamos a un tipo societal – todavía combinado con el anterior – que se independiza de un proyecto político y se articula en función de los ejes del consumo y de la información-comunicación (Garretón, 2002), quedando atrás las convicciones comunes y emergiendo la diversidad de interpretaciones.

Desde hace tres décadas, el concepto de flexibilización, económica como laboral, aparece como la respuesta a los múltiples colapsos experimentados por el modelo de desarrollo fordista. A principios de los años 70, este modelo se revela incapaz de seguir asegurando un crecimiento social y económico sostenido, después de 30 años de “oro” de una sociedad-escalera “donde las distancias sociales quedan estables, pero donde todos suben” (Lipietz, 1998: 24-25).

Así, a pesar de su carácter hegemónico y de la ancha adhesión social que suscita en el mundo occidental, el sistema entra en crisis (Lipietz, 1998 y 1990). Crisis del modelo de organización industrial, del Estado de bienestar, pero sobre todo del Estado nacional incapaz de regular una economía siempre más internacionalizada. Generando una competitividad frenética por el enfrentamiento y la fusión de los mercados, la globalización acentúa la baja de la eficiencia del capital iniciada por las insatisfacciones acerca de la cadena de montaje y la saturación del mercado de consumo. A principios de los años ochenta, la amalgama de estos factores provoca el rechazo del pacto social post-guerra, amenazando los logros sociales de los ciudadanos, esencialmente definidos como trabajadores.

El problema consiste en que el mercado económico, globalizándose, atravesando fronteras territoriales y simbólicas, exige más fluidez para potenciar la productividad del capital. Antagónicas a este valor supremo, las rigideces que representan – según este paradigma – los sindicatos y la intervención social del Estado, deben removerse por medio de una re-estructuración económica y política global (Leiva y Agacino, 1994). Lipietz (1998) habla de lógica “neo-taylorista”, en la medida que repite el modo de organización del trabajo promovido por Taylor (ultra-racionalización de los procesos laborales) sin las ventajas aseguradas a los trabajadores por la sociedad industrial de tipo fordista (redistribución social de la riqueza), generalizándose este modelo a la organización social entera.

En el plano de las políticas sociales, Corvalán asocia esta era a la transición entre el paradigma de la integración y el paradigma de la competitividad. Si el primero suponía la “existencia normativa y objetiva de un proyecto nacional” (1996: 17), el segundo postula que “la relación entre los individuos y los diferentes mercados [control simbólico, Estado y producción económica] debe ser lo menos mediatizada posible” (Ibid.: 22). En los términos de la intervención social, significa que la propuesta integracionista ofrece medidas para favorecer la socialización de los marginalizados, con el objetivo que puedan tomar parte del progreso social. Por su parte, la propuesta competitiva considera un mínimo de intervención socio-política del Estado, siempre

orientada a “potenciar la acción racional y el uso de la libertad en el individuo” (Ibíd: 22). En resumen, el éxito del proyecto social es reemplazado por el triunfo del proyecto individual.

En este contexto, nuevas dinámicas, nuevos materiales y nuevos actores han ido poblando el escenario de la vida colectiva y privada, llamando la producción de nuevas convenciones encargadas de reducir la incertidumbre de la opción, el riesgo de la decisión (PNUD, 2002; Guzmán, 2002). Dicho de otra manera, si bien a los individuos se les abre el camino de los posibles, se les obliga a definir por sí mismos el sentido de sus objetivos, valores y proyectos, un proceso inventivo y estimulante, pero también propicio a la ansiedad.

Además, detrás de este desafío identitario, de esta “lucha diaria para tener una vida propia” (Guzmán, 2002), se esconde una diferencia importante entre los ciudadanos respecto de su grado de movilidad y libertad para elegir su trayectoria existencial (Bauman, citado en Guzmán, 2002). En su diagnóstico cultural de Chile, el PNUD habla de un proceso de individualización que no ha sido “acompañado por un desarrollo similar de los recursos sociales necesarios para llevarlo a buen término, lo que produce agobio y retracción social en las personas” (2002: 4). Guzmán (2002) retrata la situación diciendo que la distribución de márgenes de creatividad y libertad se da de manera desigual dentro de la población. Concretamente, significa que el espacio de auto-determinación de los grupos marginalizados o excluidos permanece muy reducido o inexistente, mientras el de “los de arriba” aparece sin frontera, construido según las aspiraciones e intuiciones propias.

Beck explicita este nuevo eje de estratificación social, el acceso a las mismas oportunidades, cuando esboza los contornos de las relaciones de género dentro de la pareja moderna. Así, si bien se observan notorios cambios en la conciencia de las mujeres acerca, por ejemplo, de su desarrollo profesional o de la repartición de las tareas domésticas con su cónyuge, la práctica cotidiana reafirma la constancia de los comportamientos.

Las contradicciones entre la expectativa femenina de igualdad y la realidad de desigualdad, entre las consignas masculinas de comunidad y la insistencia en las viejas asignaciones, se agravan y determinan el desarrollo futuro con la pluralidad antética de sus formas de trato en lo privado y en lo político. Así pues, nos encontramos sólo al comienzo de la puesta en libertad respecto de las asignaciones estamentales de género. La conciencia se ha anticipado a la realidad (1998: 132).

Para Diaz-Romero, tal situación se explica por la ausencia de las mujeres del contrato social a la base de la modernidad. Desde los inicios de este proceso histórico, las mujeres fueron relegadas a una posición secundaria. La misma autora asevera que las mujeres que quieren participar de la modernidad pueden incorporarse en lo público, pero sin renunciar a su experiencia en lo privado. En efecto, esta última queda intrínsecamente ligada a la identidad femenina, sobre todo la maternidad, un “mandato imposible de no cumplir” (Olea, 2004: 23). Al propósito, proponemos en las dos siguientes secciones pistas para entender como se expresan las identidades femeninas en el Chile contemporáneo.

1.2 El ser madre: las miradas teóricas

La primera parte del marco teórico contextualizó la condición femenina chilena en términos sociales e históricos, a fin de entender de manera general la evolución de las pautas ideológicas y normativas que acompañaron el devenir de las mujeres desde la Conquista

española. En esta segunda parte, abarcamos las perspectivas ontológicas y epistemológicas que permiten analizar el concepto de maternidad, “que junta las experiencias del cuerpo, la función social femenina más exigida y la modernización del rol de la mujer en lo social” (Olea, 2004: 17).

1.2.1 Diversidad de enfoques

En su investigación sobre maternidad y modernidad, Christine Everingham (1994) ofrece un resumen de las principales perspectivas teóricas desarrolladas en el curso del siglo XX respecto de la maternidad, perspectivas que podemos agrupar en dos grandes categorías. Por un lado, los enfoques sociopsicológicos y de maternidad óptima (“good-enough mothering model”) definen la esencia del rol materno en función de las necesidades del niño. Así, la primera tradición asocia la maternidad a un esquema instrumental: las acciones del niño expresan una necesidad que la madre debe aprender a reconocer y satisfacer con la respuesta adecuada, culturalmente definida. De naturaleza transaccional, la perspectiva sociopsicológica subraya también que la dependencia del niño (“attachment theory”), genera el poder de suscitar el cuidado del adulto. Se trata de un poder afectivo que contrarresta el poder efectivo del adulto. En cuanto al segundo modelo, plantea que la madre conoce instintivamente lo que requiere el niño o que lo infiere por empatía. Tal facultad hace parte de la naturaleza del ser femenino, tal como son instintivas las necesidades del niño. Entonces, la madre siempre busca crear para éste un entorno que minimice sus experiencias emocionales negativas y le permita desarrollarse en concordancia con su identidad profunda y las leyes del crecimiento.

Otras teorías centran su mirada en la maternidad como fenómeno cultural tributario de normas sociales o estructuras de poder. Por ejemplo, el enfoque antropológico postula que si bien los niños tienen las mismas necesidades biológicas básicas, su reconocimiento y tratamiento difieren según las culturas. No obstante, en los últimos años la antropología criticó también la universalidad de la dimensión biológica del crecimiento, destacando la importancia del contexto sociocultural en todos los niveles de la relación de cuidado adulto-niño. Así pues, la maternidad es un constructo cultural que es contingente y receptivo al cambio social. Por su parte, la teoría feminista agrega a la postura antropológica un análisis de las relaciones de poder entre géneros, avanzando que las mujeres son subordinadas a su rol materno y pretendiendo comprender las raíces ideológicas y psicosociales que crean y mantienen la opresión femenina. Epistemológicamente, esta perspectiva rompe con estudios que intentan descubrir el impacto del ejercicio de la maternidad sobre el niño o la niña, e indaga más bien sobre la experiencia materna desde el punto de vista de las mujeres. Concretamente, se busca develar la experiencia olvidada e invisible de la madre, a fin de proponer estrategias de cambios institucionales hacia la equidad de género.

Finalmente, el feminismo psicoanalítico presenta otra corriente dentro de la proposición general de la teoría feminista. Este enfoque desea explicar porque las mujeres siguen concibiendo la maternidad en términos del desarrollo psíquico diferente que ocurre en niños y niñas como resultado de “ser madre” por parte de las mujeres. Se identifican la subjetividad de la madre como el factor crucial en la determinación de cómo el niño llega a la aspiración de pasar del narcisismo primario a la autonomía. Además, se valora la importancia de localizar a la madre como sujeto “separado” de la cría, a pesar de que la

madre y su hijo o hija estén unidos por su respectiva necesidad de reconocimiento. El vaivén entre estos dos polos (reconocimiento del otro y auto-afirmación) es necesario, dentro de la relación con la madre, para que el niño articule una concepción adecuada de sí mismo, basada en el equilibrio entre la auto-satisfacción y la consideración de la alteridad.

En el marco de esta tesis, las propuestas antropológicas y feministas serán privilegiadas. En un primer lugar, nos interesa resaltar lo propio de la maternidad en el contexto chileno, éste último circunscrito por medio de nuestra problematización, tanto en función de la evolución histórica de la condición femenina que de los cambios que afectan hoy en día los conceptos de parentalidad y familia. Veremos si existe una cierta unidad en el pensar y vivir la maternidad por parte de las mujeres chilenas entrevistadas, o si al revés se observa una pluralidad de visiones que fragmenta la consistencia cultural de la experiencia materna. Sin embargo, nos vinculamos también al enfoque feminista en tanto pretendemos dar la palabra a los sujetos del estudio para escuchar sus respectivas interpretaciones de lo materno.

1.2.2 Juegos de oposiciones

La tipología esbozada por Christine Everingham a fin de circunscribir los distintos ángulos de análisis e comprensión de la maternidad, permite comprender que la elección de una clave de interpretación del fenómeno no es un gesto neutral; más bien, influye en la totalidad de la construcción del concepto.

De experiencia femenina máspreciada a vehículo de opresión masculina, el abanico teórico es particularmente amplio en materia de maternidad. Muchas veces, el motivo de la dualidad aparece en los trabajos consultados; dicotomía entre lo femenino y lo masculino, entre lo privado y lo público, para no evocar las oposiciones noche/día y luna/sol del universo mítico. Ambivalencia también de la misma figura de la mujer, entre la representación de virgen madre y la de prostituta. A fin de encaminar nuestro ejercicio teórico alrededor de la noción de maternidad, exploraremos en la siguiente sección cuatro juegos de oposiciones que permiten contrastarla y determinar sus límites conceptuales en el contexto de nuestro estudio.

A- ¿Determinismo uterino o constructo social?

Esta primera pregunta constituye el núcleo de muchos de los debates en torno al concepto de maternidad.

En esta función [la maternidad] se conjugan de manera paradigmática las diferencias biológicas de los sexos y las producciones culturales entorno a éstas (Palomar Vereza, 2004: 12).

¿Qué hace de una mujer una madre? ¿Existe el instinto maternal? ¿El tener hijos biológicos es acaso una condición necesaria de la maternidad? ¿Cuál es el fundamento de las normas que rigen la maternidad en tanto experiencia social? Tantas interrogaciones que se resuelven de manera radicalmente diferente según se adopta un enfoque esencialista o sociológico.

En el primer caso, la identidad femenina aparece *de facto* ligada a lo materno, se constituya o no en maternidad biológica. La mujer es madre por constitución, naturaleza que conlleva actitudes y disposiciones propiamente femeninas, diferentes de las masculinas.

La idea de que las hembras humanas poseen un instinto maternal, semejante al que se presenta en el resto de las hembras del reino animal, se extiende no sólo a las opiniones del sentido común, sino que se escucha también en voz de los supuestos especialistas, de los expertos en la materia. La creencia biologicista o esencialista sostiene que el sentimiento maternal es parte del equipamiento genético, y que predispone a las mujeres para ser “buenas” madres; el vínculo queda sellado por la consanguinidad (Ávila, 2004: 35).

Para la postura esencialista, el primer parto aparece como “el ritual simbólico del nacimiento de la verdadera mujer: la madre” (Lagarde, 1991: 362). En un ensayo sobre el cuerpo y la psicología de la mujer, Alejandra Carrasco avanza que el útero es “la pieza clave para comprender las profundas diferencias entre los sexos, porque es el reflejo o la expresión corpórea de un “modo de vivir la intimidad” que informa radicalmente la psicología femenina” (1995: 237). En otras palabras, existe una coherencia substancial entre los aspectos físicos y no físicos del devenir femenino, coherencia que encuentra su sentido en el ejercicio efectivo de la maternidad.

Según Carrasco, las actitudes y los comportamientos femeninos demuestran tal postulado, pues la mujer posee una natural e irresistible tendencia a querer compartir su intimidad con otros, a recibir en su intimidad a otros, a acoger. Burggraf habla de la “disposición de las mujeres de estar-ahí-para-otros” (1997: 435), que se da como virtud femenina clásica. Refiriéndose al mensaje del Papa Juan-Pablo II, la misma autora explica que “como madre, una mujer es llamada a ser un “lugar” donde se efectúa el acto de la creación divina (...). El nuevo ser humano es confiado a la mujer antes que al hombre, para que ella lo acoja, lo proteja y alimente” (Ibíd.: 440). En definitiva, la maternidad es una suerte de regalo que permite a las mujeres traducir en actos y afectos su ser profundo.

La maternidad (no necesariamente física) sí constituye a la mujer como mujer, no es un añadido, un “y además puede ser”, sino que es su esencia, que la marca y la informa en todo su ser. (...) Una mujer que niega su maternidad no deja de ser madre, aunque si deja de ser feliz porque no está viviendo como lo que es (Ibíd.: 241).

Sin lo materno, la mujer aparece sospechosa, culpable de negar su esencia femenina. Por el contrario, la mujer que acepta dar, compartir su útero “ordenado a otro” (Carrasco, 1995: 240), se ve compensada por la discursividad dominante, que magnifica la maternidad institucionalizada (Olea, 2004).

Si bien esta primera visión de la maternidad sigue bien arraigada en el terreno sociocultural y médico, muchos autores la rechazan por completo, asociando la maternidad al producto de un proceso de elaboración cultural.

No se puede dar por sentado que el parentesco se base en la biología, que la reproducción sexual cree vínculos sociales entre las personas, que el alumbramiento establezca lazos importantes entre las madres y los hijos o que las vinculaciones genéticas tengan significados invariantes o cualidades separadas de los atributos sociales y culturales que se les asignan (Ávila, 2004: 39).

Palomar Vereza afirma que es el género lo que determina la maternidad en lo subjetivo como en lo colectivo, pues esta categorización es tributaria de una serie de ordenamientos simbólicos que fundan las identidades masculinas y femeninas.

El proceso de construcción social de la maternidad supone la generación de una serie de mandatos relativos al ejercicio de la maternidad encarnados en los sujetos y en las instituciones, y reproducidos en los discursos, las imágenes y las representaciones, que producen, de esta manera, un complejo imaginario maternal basado en una idea esencialista respecto a la práctica de la maternidad (2004: 16).

Los estudios etnológicos enseñan “la diversidad de interpretaciones de la sexualidad y de la reproducción” (Ávila, 2004: 38), recordándonos por ejemplo que para varias culturas, el instinto maternal no es algo ni presumido, ni valorado, al revés de lo que pasa en las culturas occidentalizadas. En estas últimas, Sánchez Bringas y otras relacionan la simbolización de la maternidad con tres ejes de significados compartidos, que dan consistencia y sentido al ser madre individual. Primero, el proceso biológico, “que legitima las experiencias de maternidad como naturales y, por lo tanto, correctas” (2004: 59). Segundo, la relación de pareja heterosexual, que sitúa la sexualidad femenina en la intersección de la reproducción social. Tercero, la organización de la familia, que establece las relaciones familiares a partir de la diferenciación por sexos y generaciones.

Según Ávila (2004), estudiar lo materno como constructo sociológico implica un trabajo de demistificación, ya que está ligado al supuesto ampliamente compartido que todos sabemos lo que es la maternidad. También, la alta carga emotiva que contiene el tema dificulta la tarea de la investigación.

En lo que nos concierne y como ya lo señalamos respecto de la tipología de Everingham (1994), optamos a favor de la segunda familia teórica y entrevemos a la maternidad como

un constructo social, cuyos matices chilenos pretende dar a conocer nuestra investigación. Sin embargo, todavía hace falta avanzar más en la caracterización de la maternidad. Si bien postulamos su dimensión de constructo social, nos podemos interrogar respecto de su peso en tanto institución, en relación con las prácticas maternas específicas, individuales y diarias.

B- ¿Institución o pluralidad de experiencias específicas?

En la literatura que trata el tema de la maternidad, su carácter institucional aparece predominante. Para muchos autores, es un constructo social que no sólo sirve a la orientación de las representaciones y comportamientos; más bien, se trata de una verdadera práctica social que engloba, además del sistema de género, funciones simbólicas y sociales (Palomar Vereá, 2004).

Así, Ávila subraya que “la mayoría de las sociedades insisten en realizar este aspecto de la feminidad como el más significativo” (Margaret Mead, citada en Ávila, 2004: 41). Lagarde agrega que la maternidad y la conyugalidad son las “esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos” (1991: 349), mientras el mito del amor materno anima la normatividad de estos dos ejes identitarios. Ser madre y esposa significa vivir en conformidad con la “idea de la madre” (Palomar Vereá, 2004), portadora de una serie de mandatos y virtudes inferidos de la incondicionalidad del afecto materno. Este aparece como un “sentimiento ahistórico, universal, propio de todas las mujeres” (Ávila, 2004: 35). Enseguida, se desprende de esta gran matriz las nociones de buenas y malas madres, estas últimas consideradas como desnaturalizadas en tanto “contradicen la supuesta naturaleza de todas las mujeres: desear ser madres y saber hacerlo bien” (Palomar Vereá, 2004: 16).

[El] engranaje simbólico construido en torno al mito del amor materno se ve reforzado por los discursos religiosos, culturales e institucionales que interpretan los casos que no se ajustan a la norma como expresiones aisladas, derivadas de trastornos mentales individuales (Ávila, 2004: 37).

Además, todas las mujeres cumplen las funciones reales y simbólicas de la maternidad como categoría sociocultural, pues el denominador común de su trabajo y de sus actividades vitales consiste en reproducir material y subjetivamente al otro y en humanizar al ser humano. Significa que aunque la mujer no viva la aventura de la reproducción biológica, su ser social se elabora mediante la maternalización de sus atributos y contribuciones. Sin embargo, estas huellas no se reconocen intelectualmente como maternidad, lo que obedece “a que en la sociedad las relaciones están normadas de tal manera que si ocurren como la norma lo enuncia, no son percibidas” (Lagarde, 1991: 350),

De hecho, la interiorización e institucionalización de los imperativos maternos se aprecia mejor cuando se observa que en la mayoría de los casos de maternidad biológica, esta práctica social se desliga de cualquier proceso reflexivo respecto de sus motivaciones y formas (Palomar Vereá, 2004). En otras palabras, el ritual materno (embarazo, alumbramiento y cuidado infantil) se realiza sin que se cuestione, ni subjetivamente, ni colectivamente, el deseo de ser madre, pues aparece como intrínseco a la trayectoria femenina. Por ejemplo, las niñas aprenden a muy temprana edad que “el matrimonio y la

maternidad se dan conjuntamente y que evitar la maternidad significa evitar la responsabilidad” (Margaret Mead, citada en Ávila, 2004: 42).

Si bien tales premisas permiten localizar la maternidad como el constructo social fundador de las representaciones que circunscriben lo femenino en nuestra sociedad, ¿se expresarán de manera absoluta en la realidad de los sujetos? Sánchez Bringas y otras (2004) distinguen entre la maternidad como institución y la maternidad experimentada por mujeres ubicadas en contextos sociales e históricos específicos. Así, su investigación destaca nuevos modos de concebir y vivir lo materno en México, en el marco de las tensiones que se generan entre las experiencias de las mujeres y las elaboraciones de género. Concretamente, las investigadoras se preguntan si las mujeres entrevistadas han logrado manejar nuevos significados culturales, diferentes a los tradicionales, y concluyen que:

(...) las mujeres viven sus prácticas reproductivas emergentes bajo fuertes tensiones y conflictos y su resolución se sigue considerando como un problema del ámbito personal y privado (Ibid.: 84).

A pesar de postular que “no existe conceptualmente la posibilidad de relaciones con motivaciones, funciones y contenidos diversos y polivalentes” en el terreno de la maternidad (1991: 17), Lagarde confirma que variaciones femeninas sucedan en la realidad. No obstante, las formas inéditas de vivir las relaciones maternas son, muchas veces, interpretadas como el índice de una cierta desintegración social, del derrumbe del orden de género, pues éste aparece como un resultado de la biología moldeado por siglos de condicionamiento cultural (León, 1995).

¿Pero cuál sería el fundamento de este condicionamiento cultural? ¿Emergió como la manera en que el hombre somete a la mujer o como espacio auto-constituido y sagrado de la femineidad? El siguiente juego de oposiciones nos permitirá explorar este tema, para seguir forjando nuestra apreciación teórica de la maternidad.

C- ¿Herramienta de dominación masculina o espacio de poder femenino?

Las posibilidades teóricas que corresponden a esta tercera pregunta se revelan muy generosas, siendo la primera afirmación, la maternidad como eje de dominación, sea de los hombres, sea del sistema económico, la más documentada en las últimas décadas. De partida, Ávila asigna a la maternidad un lugar central en el sistema de género. Citando a Françoise Héritier, Ávila formula el debate en estos términos “En lugar de centrarse en la diferencia biológica o genital entre hombres y mujeres, el origen de este sistema de desigualdad entre los sexos se encuentra anclado en la capacidad reproductiva que tienen en cierta etapa los cuerpos de las mujeres. (...) La dominación masculina consiste fundamentalmente en el control, en la apropiación de la fecundidad de las mujeres” (2004: 46).

Según Héritier (Ávila, 2004), este control se basa no sólo en la fuerza física de los varones, sino también en la potencia simbólica de los discursos. La autora nombra entre otros discursos los mitos, que construyen sintaxis y gramáticas que todos los individuos usarán en su relación con los demás. En términos de género, la palabra mítica aflora como una

fuerza privilegiada de ordenamiento del mundo en función de oposiciones binarias que justifican la supremacía masculina. En el caso de la civilización occidental, Virginia Sau subraya que los mitos fundadores presentan el mundo como una creación operada *en* el cuerpo de la Diosa *por* un guerrero macho. La cosmovisión occidental funda el patriarcado, tanto del lado hebreo como del lado judeo-cristiano.

Tomando el libro hebreo por excelencia, la Biblia (en este caso el Antiguo Testamento), se puede observar cómo la mujer está muda en el Génesis: ya no tiene la palabra, ni el nombre, ni el linaje. Nace ya muerta (de hombre y no de mujer), indefensa y condenada por una supuesta infracción, lo que la pone bajo la férula del varón. Eva no tiene ni padre ni es madre en el sentido pleno de la palabra (1995: 51).

En esta cosmovisión, la maternidad se entiende como principio de la especialización femenina en la reproducción social y cultural (Lagarde, 1991), mientras el hombre se concentra en roles instrumentales (León, 1995). Según Sau (1995), el rol materno se erige como función del padre, pues éste mantiene a la madre recluida en el espacio doméstico, mientras él realiza la transición de lo particular a lo general. Así, la mujer-madre se ve encerrada en la reproducción (y no en el edén materno tan halagado por los discursos sexistas), que queda fuera del proceso inherente a la verdadera naturaleza humana: pasar de lo individual a lo colectivo, de lo privado a lo público, como lo logran los hombres. Allí se encontraría el fundamento de la división espacio privado / espacio público: la resultante de la yuxtaposición de múltiples oposiciones binarias al cruce de la biología y del mito. No obstante, Héritier nos recuerda que “estas oposiciones binarias deben ser consideradas como signos culturales y no como portadoras de un sentido universal. El sentido reside en la existencia misma de estas oposiciones y no en su contenido; son el lenguaje de las relaciones sociales y del poder” (citada en Ávila, 2004: 47).

Los modos en que se viven tales oposiciones varían según los entornos y las circunstancias. Octavio Paz (1994) explica que en México, la relación de género se determina por el poder único del hombre y la impotencia de la mujer, tejiéndose entre ambos una relación de violencia. Se oponen el viril macho y la violada hembra, unidos el tiempo de un acto sexual donde el hombre “chinga”, penetra la mujer por la fuerza.

Mas lo característico del mexicano reside, en mi juicio, en la violenta, sarcástica humillación de la madre y en la no menos violenta afirmación del padre (Ibid.: 88).

Sin embargo, la cosmovisión mexicana ofrece una mirada doble a la figura materna, pues a la “Chingada” se antepone la madre celestial, la Virgen, la presencia que cobija y consuela. Volveremos más adelante a este punto, limitándonos por el momento a destacar el sometimiento que, según Octavio Paz, conlleva la maternidad como expresión de la inercia femenina frente a la agresión masculina.

Por otro lado, León avanza que en las sociedades orientadas por la teoría funcionalista, como las del modelo fordista, es el sistema económico que actúa como el principio organizador de la división sexual del mundo social.

La familia nuclear aislada es el tipo de familia que está más adaptada a las demás instituciones que existen en la sociedad industrial, sobre todo al sistema económico (León, 1995: 172)

En este contexto, la mujer surge como sujeto dependiente de la movilidad ocupacional y geográfica de su esposo, un requerimiento del mercado laboral y económico. En términos funcionales, su papel es de naturaleza expresiva, pues tiene la tarea de criar a los hijos y de abrigar el hogar. En términos genéricos, la localización de la mujer dentro del hogar elimina la posibilidad de crear conflicto al varón-esposo, cerrando un núcleo perfectamente bien adaptado al sistema económico capitalista. Dicho de otra manera, la maternidad es un mecanismo más dentro del engranaje funcionalista, mientras sus protagonistas aparecen como objetos del mismo.

Si bien la concepción de la maternidad como eje de dominación masculina recibe la adhesión de muchas autoras, otras insisten en relativizar esta afirmación. Así, Norma Fuller postula que las tradicionales oposiciones mundo público / mundo privado no se mantienen de manera constante a lo largo de la historia latinoamericana.

La oposición bien común / bien privado no actúa de manera unívoca sino que se entrecruza según las relaciones y situaciones. No es posible establecer una separación tajante, abstracta y universalmente válida entre ambas esferas. En muchos aspectos, el hombre representa el bien privado (intereses de la parentela) y, la mujer, el público (valores morales, mediación entre grupos) (1995: 250).

Acerca del supuesto poder del varón sobre la mujer, Lagarde señala que nunca es absoluto, pues se trata de una relación dentro de la cual evoluciona el *rapport* entre los involucrados. No obstante, atribuye esta relativización al poder de los oprimidos, que en una situación de opresión se benefician de poderes derivados del poder mismo.

La mujer se encuentra en este caso, y tiene poderes en relación directa a los atributos del poder que puede allegarse: edad, capital, valores, educación, cualquier calidad del poder, pero lo más importante, le que le da mayor poder, es lo que se lo quita: el cuerpo, la maternidad, la conyugalidad. En sus cuidados, la madre manipula, dirige, gobierna, se alía, enfrenta, enemista, chantajea, usa su cuerpo para atrapar a otros. Los únicos a quienes puede oprimir son quienes están bajo sus órdenes y bajo su cuidado: los sirvientes y los hijos. Los esposos están sometidos al poder opresivo de las esposas en todos los hechos que involucran su dimensión de hijos. (1991: 400-401).

Así pues, el tema del poder es un círculo que se muestra vicioso. A la hora de iniciar cambios de mentalidades respecto de la división sexual del trabajo, las mujeres vacilan en deshacerse de la retórica privada.

(...) en el área de la organización de la familia y del cuidado, la mujer-madre parece tener un apego muy fuerte a su posición de “defensora del bien común” del ámbito doméstico colectivo, ejerciendo el “poder del amor” frente a los demás miembros de la unidad, con renuencia a “cederlo” (Jelin, 1998: 30).

Castelain (2002) agrega que la mayor contradicción contemporánea en el campo de las relaciones de género concierne el sobre-involucramiento de las madres frente al voluntarismo de los padres. Así, subraya que la condición femenina sigue inferiorizada a la masculina a pesar de la afirmación del sujeto femenino. El nexo al hijo se concibe todavía con referencia a los estatus de esposa y madre de la mujer, alimentando y perpetuando la matrifocalidad de las funciones parentales. El imperativo de la “buena madre” transmitido por una sociedad de carácter patriarcal bloquea el deseo de igualdad y nutre las tensiones frente a la creación de nuevos modelos parentales.

Para concluir este tercer juego de oposiciones, diremos que nuestra opinión se alimenta a las dos posiciones resumidas. Así, pensamos que en términos sociohistóricos, las mujeres experimentaron y siguen experimentando inequidades estructurales, de las cuales varias se materializan vía el eje materno en tanto constructo, correspondiendo – y muchas veces resumiendo – al género femenino. Sin las prácticas autoreflexivas planteadas por Palomar Vereza, el vientre de las mujeres se ve manipulado, ideologizado, siendo el embarazo y la crianza generadores de un sentido absoluto para las vidas femeninas. Basta referirse a la tasa de embarazos adolescentes y al rechazo muy generalizado a la legalización del aborto para empezar a entender el lugar de la maternidad en el imaginario colectivo.

Al mismo tiempo, nos parece esencial reconocer que las relaciones de poder muy pocas veces se cristalizan en un contexto experiencial, cotidiano. Somos de la opinión que las mujeres, en la configuración de sus representaciones y comportamientos maternos, se autodeterminan en muchos aspectos, y que si bien se mantienen fuentes de opresión, no provienen exclusivamente del machismo, sino también de los imperativos del neoliberalismo.

D- ¿Virgen madre o puta?

La cuarta y última oposición nos permitirá concentrar nuestra demostración teórica en el terreno propiamente latinoamericano, con la ayuda de dos mitos centrales en las representaciones colectivas de la mujer. Como ya lo señalamos, el mito permite entender el origen y el proceso de legitimación de los comportamientos sexuales actuales (Palma, 1991).

Así, las dos voces míticas que guían la concepción de las mujeres son radicalmente antagónicas, al punto de encarnar, hipotetizamos, la totalidad de lo femenino. Por un lado, la virgen madre; por el otro, la prostituta. En el primer caso, hablamos de una sexualidad controlada por los hombres, de servidumbre voluntaria y del poder generado por la virtud; en el segundo caso, de control de su sexualidad y de negación del poder de reproducirse (Fuller, 1995). De un polo a otro, la maternidad aparece como la brújula que orienta las conductas honradas, pues las putas siempre se quedan fuera del esquema materno, siendo *per se* eventuales malas madres considerando los imperativos morales ligados a la maternidad.

Acerca de la autoridad de la figura de la virgen madre, Octavio Paz declara que “no sólo refleja la situación general de los hombres, sino una situación histórica concreta, tanto en lo espiritual como en lo maternal” (1994: 93). Así, la conquista europea fomentó en

América Latina un encuentro cultural que si bien fue violento, se cristalizó en el surgimiento de una figura divina compartida: la Virgen.

La Virgen es el punto de unión de criollos, indios y mestizos, y ha sido la respuesta a la triple orfandad: la de los indios porque Guadalupe/Tonantzin es la transfiguración de sus antiguas divinidades femeninas; la de los criollos porque la aparición de la Virgen convirtió a Nueva España en una madre más real que la de España; la de los mestizos porque la Virgen fue y es la reconciliación con su origen y el fin de su ilegitimidad (Montecino, 1990: 286).

El impulso de recurrir a una diosa femenina para reconfigurar una cosmovisión afectada por el proceso de mestizaje se entiende en función del contexto sociocultural de la conquista. Por una parte, esta última anuncia la derrota de los dioses masculinos indígenas, cuyo dominio cumplía un ciclo cósmico a la llegada de los españoles (Paz, 1994). En el alba del mestizaje, se inicia “una suerte de regreso a las antiguas divinidades femeninas. Este fenómeno de vuelta a la entraña materna, bien conocido de los psicólogos, es sin duda una de las causas determinantes de la rápida popularidad del culto a la Virgen” (Ibíd.:93). En la soledad y el arraigamiento del mestizo, en la desolación de la muerte de los dioses masculinos, María presta cobijo y fortaleza.

Por otra parte, la realidad de las primeras generaciones de mestizos interpela la concreción del modelo mítico de madre en los contextos familiares. Así, las uniones mestizas se caracterizan por una normatividad de ilegitimidad, la predominancia del eje materno (indígena) y el carácter fantasmático del eje paterno (español), uniones cuyos frutos varones son considerados “huachos” sin padre asumido, que buscarán a lo largo de su vida la reproducción de la red íntima y protectora tejida por la madre. Esta madre que “se la puede todo”, una “madre terrenal y celestial que cobija, sana, ama, perdona, nutre y crea, madre sola que extenderá su manto para que en él anide todos sus hijos” (Ibíd.: 288).

Entre cielo y cotidiano, el cuerpo de la mujer embarazada emerge como el “signo y símbolo de la negación del erotismo humano, en particular del erotismo femenino. Se trata de su valoración negativa, con el fin de constreñirlo, de normarlo en función de una finalidad determinada: afirmar la castidad como esencia erótica de las mujeres y su cuerpo como espacio con-sagrado de la gestación (Lagarde, 1991: 364-365).

Si bien la asociación entre mujer y Virgen María recibe el consenso de la literatura, la figura del lado oscuro de la feminidad varía según los autores. Fuller la identifica con la prostituta, que

“se sumerge en la sexualidad y es recuperada para el uso de los apetitos masculinos. Ella cumple el rol social de saciar el deseo desordenado de los varones y darles cauces. Al mismo tiempo impide que éste irrumpa en el espacio doméstico. Para que la madre y las vírgenes sean puras es necesario que las prostitutas desvíen la sexualidad de los hombres hacia ellas. En todos los casos, la mujer que vive su sexualidad con libertad es asimilada simbólicamente al desorden y al peligro, es decir, a la calle (1995: 252).

No obstante, Paz (1994) no yuxtapone la puta a la virgen madre; más bien, plantea que la “chingada” representa la otra faceta de la condición femenina. A la figura serena y paciente

de la virgen, se suma entonces la representación óptima de la pasividad, pues las mujeres que los hombres “chingan” son la nada misma en palabras de Octavio Paz, la abyecta representación de su ser social. La entrega – la maternidad podríamos decir – define a la mujer; la entrega a los hombres, a los hijos, a la servidumbre voluntaria, a dios. Hasta al enemigo, como lo hizo la Malinche con Cortés, una traición que todavía pesa sobre lo femenino en América Latina. Claramente, Paz niega la posibilidad de la auto-determinación femenina, aunque fuera la de las prostitutas, pues culturalmente la mujer sigue pasiva hasta cuando la violan.

Finalmente, Milagros Palma insiste en lo que podríamos entender con el punto de encuentro de la Virgen madre y de la puta/chingana: la noción de sacrificio como medio de llegar a la primera purificándose la segunda. En otras palabras, el camino de la redención desde el pecado original.

La mujer sabe que se deshace, se ofrece en sacrificio para cumplir con su misión. (...) [Piensa que el sacrificio] la legitimará socialmente; motivada por esta ilusión, se da sin reserva (1991: 59-60).

Frente a tales aseveraciones, Fuller (1995) nos invita a ponderar las generalizaciones, pues según ella, la polaridad marianismo-machismo se aplica a un modelo jerárquico particular, y no a la globalidad de la trayectoria de América Latina. Entre los extremos del continuum pureza sexual / pecado, representados por la virgen madre por un lado, y la prostituta o la “chingada” por el otro, la autora sitúa otras figuras femeninas, como la seducida y la seductora. Éstas desordenan el orden de género y expresan contrarios de la maternidad sin llegar a su antónimo, la prostitución.

La sexualidad ocupa lugares diferentes, según la situación de la mujer y su relación con la masculinidad. Es posible que aparezca una gama bastante variada de posibles identidades. Pese a que la maternidad es el estado más apreciado, no debe reducirse la variedad posible a un solo modelo. También es importante aclarar los juegos de oposiciones que surgen en lo femenino para ubicar como éstas se descomponen en diferentes versiones de la mujer según su posición respecto a la sexualidad (pureza / impureza), a lo masculino (sumisión / rebeldía / poder materno / poder sexual) y a los espacios doméstico y público (Ibíd.: 253).

La última observación de Norma Fuller concluye de manera muy pertinente este ciclo teórico sobre la maternidad, pues destaca la importancia de matizar los diagnósticos absolutos respecto de un fenómeno dotado de un alto grado de complejidad. Ahora bien, los resultados de nuestro estudio permitirán contrastar esta demostración conceptual en función de las representaciones y prácticas maternas de mujeres insertadas en un contexto específico, la conciliación entre modernidad, maternidad y trabajo remunerado, que describimos en el siguiente apartado.

1.3 Trabajo remunerado y maternidad: de avances en puntos de quiebre

Esta tercera parte del marco teórico nos permite recorrer varios estudios chilenos que se interesan en la problemática de la inserción laboral de las mujeres en función de sus consecuencias en el ámbito familiar y en el ejercicio del rol materno.

1.3.1 Motivos de la incorporación laboral de las mujeres

La necesidad económica aparece como el motivo más evidente de la inserción laboral femenina. La opinión pública corrobora tal postulado, pues 55% de los encuestados en el estudio realizado en 2002 por el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), afirman que las esposas que no tienen la necesidad de trabajar no deben hacerlo. Busquets y otras recalcan que “el trabajo femenino conlleva una matriz de necesidad. Es decir, que la situación de la mujer que no trabaja remuneradamente es considerada como un bien mayor que aquella situación en que la mujer “necesita” trabajar” (1995: 6).

Así pues, los menesteres económicos aparecen como una motivación culturalmente válida para salir a trabajar, “pero por otro lado, no son económicas las razones por las cuales se piense que la mujer no trabaja fuera de la casa” (Ibíd.: 27). De hecho, la investigación llevada a cabo en 1996 por el Centro de Estudios Públicos (CEP) sobre la mujer chilena, confirma que la preferencia hacia la labor doméstica y el desacuerdo del marido respecto del trabajo remunerado forman el discurso de legitimación del rol de dueña de casa.

Sin embargo, la investigación del SERNAM sobre las transformaciones en la familia vinculadas a la incorporación de las mujeres en el trabajo, explica que las motivaciones de las mujeres oscilan “entre un asunto común (necesidad) y personal (“mirarse distinto”)” (1996: 31). El trabajo aparece como una manera de paliar a la insuficiencia del ingreso familiar, así como cumplir con intereses personales, de ampliar sus redes sociales y de aumentar su auto-estima. Además, la motivación monetaria no sólo está ligada con brindar contribución económica al hogar, sino también con la fuerte connotación simbólica y el poder generados por la posesión y la manipulación de dinero.

1.3.2 Percepción de la población chilena respecto del trabajo remunerado de las mujeres

La observación que sobresale de los estudios consultados es que si bien la inserción laboral de las mujeres es aceptada por la mayoría de la población chilena, esta percepción positiva queda supeditada al compromiso femenino respecto de las obligaciones del hogar: “El desarrollo laboral de las mujeres no es cuestionado siempre y cuando no afecte sus roles maternos y de esposa” (SERNAM, 2000: 12). Así, más del 50% de los mil encuestados en el marco del estudio *Hombres y mujeres: cómo ven su rol en la sociedad y en la familia* estaba de acuerdo con la aserción “una mujer es mejor esposa y madre si emplea la mayor parte de su tiempo con su familia y tiene pocos intereses fuera del hogar” (SERNAM, 2000).

Así, pareciera ser que existe una “ambivalencia cultural” acerca del empleo femenino. A la vez valorado y desvalorado, el trabajo presenta rasgos atentatorios “contra el supuesto buen funcionamiento de la familia –en especial del cuidado de los hijos- y por sobre todo [contra] su identidad como mujeres” (SERNAM, 1996: 21). Los datos de la encuesta del Centro de Estudios Públicos (CEP), *Mujer y trabajo, familia y valores* (2002), son muy reveladores de esta situación. Para el 42% de las 1 500 personas entrevistadas, las mujeres que tienen un hijo de edad preescolar no deberían trabajar, mientras el 48% promovía el trabajo con jornada parcial. El 81% de las personas estaba de acuerdo con que la vida familiar se resiente cuando la mujer trabaja, mientras sólo el 47% pensaba que una madre que trabaja puede establecer una relación tan cálida y sólida con sus hijos como una madre que no trabaja. Al respecto, el 83% de los encuestados afirmaba que es muy probable que un niño en edad preescolar sufra si su madre trabaja.

Sin lugar a duda, la mujer sigue siendo la primera responsable del cuidado infantil en los hogares donde los dos padres trabajan fuera del hogar. Culturalmente, se otorga una gran valoración a la mujer en la tarea de educar a los hijos (Busquets y otras, 1995). Este compromiso es fundamental, no negociable y se debe priorizar por sobre intereses profesionales, por lo que el 64% de los encuestados por el SERNAM en 2000 dice que es la madre que debe cuidar un niño enfermo en el caso que los dos padres trabajen. En definitiva, las mujeres trabajadoras “exploran en una experiencia que no cuenta con la legitimidad consensual de los miembros de la familia y de su entorno social inmediato” (SERNAM, 1996: 65).

1.3.3 Lugar de la maternidad en la trayectoria femenina

En la experiencia femenina, la maternidad representa entonces la principal fuente de satisfacción, una afirmación que recibe la adhesión del 94% de los encuestados del mismo estudio del SERNAM. Sin embargo, el 75% de las mujeres de la misma muestra opinan que las mujeres que sólo se dedican al hogar no se desarrollan plenamente, lo que es un buen indicador de la “ambivalencia cultural” respecto del trabajo femenino que avanzamos anteriormente.

Los resultados de la investigación de Rodó y otros (1993) avalan el carácter sagrado de la maternidad en tanto posibilidad de plenitud femenina. Por un lado, las mujeres entrevistadas en grupos focales asocian su realización personal y la maternidad, percibiendo esa última como una “fuente vital de satisfacción e identidad” (1993: 8). Las mujeres de sectores populares insisten aún más; para ellas, ser mujer es ser madre. Por otro lado, los hombres atribuyen también a la maternidad el carácter de experiencia que articula y da sentido a la vida de las mujeres (Ibíd.: 10). Para ambos grupos, la participación en el mercado laboral no imposibilita la conformación de una familia, pues la primera se convierte en una actividad secundaria frente al gran afán de la maternidad. Mientras, el hombre sigue siendo el principal proveedor económico del hogar. Hasta con el concepto de “mujer moderna” no se rompe el esquema materno tradicional; la mujer moderna es “aquella capaz de combinar armoniosamente la maternidad con el trabajo. A sus roles habituales de madre y esposa, se le suma ahora el rol laboral. Una vez más, se cambia la forma pero se mantiene el contenido” (Ibíd.: 27).

Comentando los resultados del estudio del CEP *La mujer chilena hoy* (1995), Busquets y otras avanzan que el papel materno se extiende al ámbito laboral y que “el modelo de mujer que se transmite es aquel que sostiene que ésta debería ser líder emocional de los grupos sociales y satisfacer las necesidades afectivas de los demás (1995: 27). Por ejemplo, los bastiones del empleo femenino se encuentran en los sectores cultural y históricamente asociados a lo femenino, la salud y la educación, pues la inclinación laboral de la mujer va hacia el servicio y el dar apoyo. En suma, “la construcción del género femenino [en Chile] está fuertemente ligada al estereotipo materno” (Ibíd.: 14), lo que trasciende los diferentes ámbitos de desempeño y ciclos de vida de las mujeres.

1.3.4 Transformación del discurso, permanencia de las prácticas

A pesar de las opiniones ambiguas respecto del trabajo femenino, emerge un claro cambio en el discurso de la población chilena acerca del acceso de las mujeres a las mismas oportunidades laborales que los hombres y de la colaboración masculina en las tareas domésticas debido al trabajo femenino fuera del hogar (CEP, 2002 y 1995; SERNAM 2002 y 1996; Díaz y Medel, 2001; Busquets y otras, 1995). No obstante, aparece que tales transformaciones poseen una forma esencialmente discursiva y no se manifiestan en la cotidianidad de las familias.

Las proposiciones que se orientan al cambio forman parte de un discurso de lo que se considera políticamente correcto, aun cuando los comportamientos y opiniones personales se distancien de él (SERNAM, 2002: 24).

Se destaca del estudio *Habla la gente: trabajo y familia, una relación compleja*, realizado por el SERNAM en 1999, que en las parejas donde los dos cónyuges trabajan, las mujeres realizan cuatro veces más de trabajo doméstico durante la semana que los hombres (2,61 horas diarias contra 0,55), y dos veces más durante el fin de semana. En la naturaleza de las tareas domésticas efectuadas, se reproduce la tradicional división del trabajo, pues los hombres se dedican sobre todo a las reparaciones y a las compras, mientras las mujeres realizan las tareas de aseo, cocina y cuidado de los menores (Ibíd.) En el caso de otro estudio del SERNAM (2002), el 87% de los encuestados se mostraba favorable al hecho que los hombres y las mujeres desempeñan tareas diferentes en el hogar, mientras el 31% de los hombres pensaba que la obligación de una esposa es hacer prácticamente todo el trabajo doméstico.

Así entonces, se rompen los pilares que sostienen el orden anterior, pero no se reedifican sobre bases de equidad y redistribución del trabajo y tiempo que la sociedad requiere para su reproducción (Díaz y Medel, 2001: 36).

En definitiva, la incorporación laboral de las mujeres conlleva para ellas una mayor cuota de responsabilidad respecto de cómo organizar la vida familiar, pues el 58% deben resolver solas los labores cotidianos, el 25% con la ayuda de otras personas (servicio doméstico y familiares), y sólo el 20% con la participación equitativa del cónyuge (SERNAM, 1999).

Por otro lado, importa develar las propias indecisiones de las mujeres frente al cambio en las relaciones de género y en el reparto de las tareas familiares. Lo corrobora el estudio del

SERNAM sobre las percepciones de los roles de género, pues aparecen expresiones de la “desconfianza de las mujeres de las habilidades de los hombres para realizar [las tareas domésticas y su resistencia] para compartir un espacio al cual han tenido acceso casi en exclusividad” (2002:13).

1.3.5 Estrategias de conciliación trabajo-familia

Las mujeres que deciden asumir trabajo fuera de la casa y maternidad deben entonces desplegar estrategias para cumplir con los dos ámbitos de compromiso.

En general, las mujeres se ven enfrentadas a elegir entre trabajo y maternidad o a desplegar estrategias para adecuar sus carreras o proyectos laborales a las responsabilidades familiares, lo cual muchas veces significa dejar trabajos de jornada completa por trabajos de tiempo parcial, desaprovechando sus calificaciones y renunciando a sus posibilidades laborales (SERNAM, 1999: 9).

Dentro de las prácticas existentes, la predominante es la delegación a otras mujeres de las responsabilidades domésticas, sean parientes cercanas o personas remuneradas (SERNAM, 1996), lo que mantiene la feminización del ámbito familiar. También, muchas mujeres buscan trabajar cerca de su casa o en el mismo hogar. En muchos casos, se desplaza la labor doméstica hacia el fin de semana (SERNAM, 1999), reduciendo las posibilidades de descanso y recreación.

Otra estrategia muy en boga es la del trabajo parcial, una opción ocupacional que les podría permitir “ejercer tanto sus roles como los mecanismos tradicionales de conciliación” (Díaz y Medel, 2002: 48). Si bien libera más horas para el ámbito privado que el trabajo a tiempo completo, “sin que el trabajo constituya un elemento perturbador del orden familiar de acuerdo al sistema de género” (SERNAM 1996: 65), el trabajo a tiempo parcial se asocia a salarios más débiles, perspectivas de carrera limitadas, baja tasa de sindicalización y menor cobertura de seguridad social.

No obstante, la encuesta del CEP (1995) nos enseña que son apoyos institucionales y valóricos que aparecen preponderantes cuando los encuestados son invitados a nombrar medidas de conciliación vida familiar y laboral. Así, la accesibilidad de las salas cunas y el grado de participación doméstica del cónyuge facilitarían la inserción laboral de la mujer, reduciendo la tensión de la sobrecarga femenina.

1.4 Propuesta de investigación

1.4.1 Problema

Los diferentes elementos del marco teórico proporcionan un terreno para el desarrollo de nuestra propuesta de investigación. Precisamente, el problema abarcado es la manera como las mujeres chilenas de 25 a 45 años y con un trabajo remunerado perciben y viven la maternidad, en un contexto sociocultural paradójico, a medio camino entre la perpetuación del orden tradicional de división sexual de la vida social, y la instauración de relaciones a la vez más equitativas y orientadas hacia la flexibilidad exigida por el proyecto neoliberal de modernización. Los datos recopilados permitirán categorizar las representaciones y prácticas de las mujeres en grandes patrones de maternidad., mientras el foco del estudio ataca a ocho dimensiones, cada una circunscrita por objetivos específicos.

1.4.2 Objetivos

Objetivos generales	1- Comprender cómo mujeres santiaguinas de 25 a 45 años y activas en el mercado laboral perciben y viven la maternidad. 2- Identificar los grandes patrones de representación y ejercicio de la maternidad.
Objetivos específicos	<ol style="list-style-type: none">1- Conocer el modelo materno que tuvieron las mujeres en su familia de origen.2- Explorar la historia de la maternidad de los sujetos, el contexto de su embarazo y su relación con los métodos de control de la natalidad.3- Analizar la manera con que se perciben y definen en tanto madres, en relación con su pauta de crianza y su concepto de buena madre.4- Describir los comportamientos y las prácticas ligadas al ejercicio de la maternidad.5- Analizar la conciliación de sus espacios de actividad (trabajo remunerado, crianza de los hijos, tareas domésticas, relación conyugal y actividades individuales) y sus estrategias organizacionales.6- Conocer su relación con la pareja actual o a la ex-pareja en tanto madre.7- Evaluar los nexos con la familia extensa y el vecindario, y su impacto sobre el rol de madre.8- Explorar la opinión de las mujeres sobre el aborto, en tanto negación de la maternidad.

1.4.3 Relevancia y aporte de la investigación

Hoy en día, el estudio del ser humano en su entorno exige la realización de estudios empíricos que toman en cuenta las variables de la complejidad de la vida contemporánea. Altamente valorada culturalmente, asignada a lo privado pero determinante de lo público, mítica y sufrida, la maternidad en tanto campo de disputas simbólicas merece indudablemente la atención de la antropología social aplicada.

Por un lado, la maternidad es una suerte de lugar común inmutable, deseable, fundamental. Sus atributos, contenidos y prescripciones son, para el sentido común, sinónimos de belleza, abnegación, consuelo y acogida. En otras palabras, es un espacio muy halagado y proyectado, pero poco estudiado. Por eso juzgamos esencial indagar sobre las representaciones de las que viven hoy en día la maternidad, con el objetivo de cuestionar los prejuicios, de revelar distintas maneras de buscar la concreción del ideal de “buena madre”, de percibir las fuentes de ruptura entre el discurso y las prácticas, en un Chile que se quiere moderno.

Así, las numerosas investigaciones realizadas en los últimos quince años en el campo de las mutaciones en la familia, de los temas de género y de la inserción laboral femenina, pasan por alto el carácter experiencial de la maternidad, pues ésta aparece operacionalizada en sus aspectos prácticos (como el número de horas consagradas a las tareas domésticas) o ligada a encuestas de opinión sobre los cambios de mentalidad. Queda por describir y analizar la manera en que las mujeres hablan de la maternidad, la viven, en un contexto diario atravesado por muchas y contradictorias influencias, entre otras la flexibilización del mercado laboral, la normatividad social respecto del sexo femenino, la transformación de las relaciones mujer-hombre, el estatus del niño en la sociedad y la familia, etc. Un impactante reportaje publicado en abril 2005 por La Nación Domingo describe las múltiples discriminaciones de las cuales son víctimas las mujeres chilenas en la actualidad, a todos los niveles de su desempeño: educacional, sexual, parental, conyugal, doméstico y laboral (Betzie Jaramillo, 2005). En 2005, las mujeres chilenas que quieren conjugar la maternidad, el mercado laboral y su realización en tantos sujetos encaran un recorrido difícil marcado por la doble jornada (la labor doméstica que se suma a la labor remunerada), el vaivén cultural y anhelos de auto-afirmación e igualdad. Dado este contexto, es imprescindible conocer mejor la experiencia femenina relacionada al ejercicio de la maternidad, a fin de destacar sus desafíos y dificultades, individuales como colectivos, y así alimentar iniciativas estatales y comunitarias a favor de un reparto más justo y equitativo de las exigencias y beneficios de la vida familiar, social y económica.

La búsqueda de la coherencia entre lo privado y lo público, entre problemas individuales y soluciones colectivas, es particularmente pertinente visto el actual contexto político en Chile, que acoge cambios mayores al nivel de la representatividad de las mujeres. Con una mujer electa a la presidencia y la apuesta de la paridad de género en los puestos de ministros y subsecretarios, se observan logros destacables respecto de la equidad mujeres-hombres en el espacio nacional. Sin embargo, permanece oculta la complejidad del desafío, todavía esencialmente femenino, de la conciliación trabajo-familia. De allí el aporte de nuestro estudio, que pretende abrir a la reflexión y al análisis el espacio privado de las familias y así favorece su integración en los debates sociales que compiten a Chile.

2. MARCO METODOLÓGICO

2.1 Perspectiva epistemológica

Nuestra tesis se inscribe en el marco de la investigación cualitativa, que propone una metodología constructivista orientada hacia la búsqueda del “sentido de la realidad social en la acción misma donde se produce”² (Gingras, 1998: 40). Su cuestionamiento se articula alrededor de la mejor manera de entrar en contacto con la experiencia dinámica y sensible del actor social. Tal opción metodológica ofrece una lectura plural del objeto de estudio y tiene la capacidad de preocuparse de temas complejos, de englobar datos heterogéneos y de describir en profundidad varios aspectos de la vida social (Groulx, 1997; Pires, 1997). Así, postula que la realidad no existe *por se*, sino a través de la mirada y de la experiencia de cada sujeto, mientras la tarea de la investigación consiste en comprender el “rapport” de la persona a la realidad tal como la percibe (Laperrière, 1997).

En el contexto de nuestro estudio, esta postura se tradujo en la voluntad de acercarse a la manera con que las mujeres santiaguinas activas en el mercado laboral conciben, se representan y viven la maternidad en tanto encrucijada, individual y cultural, de su trayectoria de vida. En otras palabras, se consideraron las múltiples interpretaciones y relatos de cada sujeto respecto del amplio espectro de su experiencia cotidiana, vista a través de los lentes del rol materno.

A fin de captar la conciencia de la realidad articulada por los sujetos, el investigador debe establecer un nexo directo con su cotidiano y sus representaciones (Deslauriers y Kérisit, 1997: 106). Utiliza métodos y técnicas que le permiten acercarse a lo “invisible” (Pires, 1997) y reconocer el “rol de la intencionalidad, de los valores y de los procesos de interpretación en la acción humana”³ (Weber y Pierce, citados en Laperrière, 1997: 366). Además de permitir el acceso a la vida simbólica íntima de los sujetos, el enfoque cualitativo se revela particularmente apropiado a los estudios del cotidiano y de lo “ordinario” (Deslauriers y Kérisit, 1997), lo que constituye el propósito de nuestra tesis.

2.2 Diseño metodológico: estudio de casos

El diseño metodológico de nuestra investigación se traduce como estudio de casos “múltiple inclusivo” según el trabajo de Yin (Rodríguez y otros, 1999). La primera calidad, “múltiple”, se presta muy bien al estudio de los sistemas de valores, de las representaciones sociales, de las actitudes, etc. El sujeto es visto como “portador de la cultura y subcultura a la cual pertenece”⁴ (Michelat, citado en Pires, 1997: 153). La segunda calidad, “inclusivo”, acota el concepto de muestra “por contraste” (Pires, 1997), pues se construye un mosaico por medio de un número diversificado de casos. Concretamente, se analizará la situación de mujeres que comparten rasgos típicos con relación a un objeto dado, la maternidad, pero distinguiéndolas en función de grandes patrones.

2 (Todas las traducciones son traducciones libres de E. Raymond) (...) le sens de la réalité sociale dans l’action même où elle se produit.

3 (...) le rôle de l’intentionnalité, des valeurs et des processus d’interprétation dans l’action humaine.

4 (...) le porteur de la culture et des sous-cultures auxquels il appartient.

En materia de muestra, resulta que la metodología cualitativa privilegia el trabajo con pequeñas muestras. Éstas son generalmente no probabilistas y sus sujetos no son representativos de la población de la cual provienen en un sentido estadístico, lo que excluye las tentativas de generalización. En cambio,

(...) las personas constituyendo la muestra fueron escogidas porque se relacionan de manera interesante y pertinente con el objeto de estudio. Se trata de una cualidad de demostración, de puesta en relieve, de puesta en evidencia de una realidad; no importa que sea experimentada por unos individuos o toda una comunidad⁵ (Mayer y Ouellet, 1991: 40).

Presentamos en la siguiente tabla varias características de las mujeres entrevistadas en nuestra investigación. Observamos que los sujetos se diferenciaban bastante en términos de edad, de número de hijos, de profesión y de ingresos, lo que permitió acceder a un mosaico social, económica y culturalmente diversificado.

TABLA 1 Características de las entrevistadas⁶

Entrevistadas	Edad	Situación civil	Nº hijos	Ocupación	Ingreso familiar ⁷
CLASE SOCIAL BAJA					
Marta	31	Casada	2	Técnica paramédica	\$200.000
Amanda	31	Casada, separada	4	Dueñas de casa, trabajos puntuales	\$260.000
Romina	28	Casada	2	Junior en ONG	\$360.000
Verónica	33	Soltera, conviviente	1	Auxiliar de servicio pediatría	\$390.000
Pilar	33	Casada	2	Técnica paramédica	\$517.000
Gisela	35	Casada, separada	3	Empleada doméstica	\$390.000
CLASE SOCIAL MEDIA					
Luisa	43	Soltera, conviviente	3	Secretaria administrativa	\$550.000
Estela	33	Casada	1	Artesana	\$850.000
Carola	35	Casada	2	Educadora de párvulos	\$1.070.000
Ester	29	Casada	1	Enfermera	\$1.950.000
Sofía	29	Soltera, conviviente	1	Médica	\$2.280.000
Blanca	34	Casada	2	Ejecutiva banco	\$2.800.000
Alicia	33	Soltera	1	Antropóloga (cesante)	\$0 (vive con padres de clase media)
Angélica	38	Casada, separada	2	Profesora básica	\$600.000
CLASE SOCIAL ALTA					
Margarita	36	Casada	3	Psicóloga	\$2.950.000
Rosa	33	Casada	1	Psicóloga	\$4.000.000
Josefina	34	Casada	1	Psicopedagoga	\$4.200.000
Ximena	36	Casada	2	Psicóloga, dueña casa	\$4.830.000
Ángela	42	Casada	3	Administradora pública, dueña casa	\$6.500.000
Elena	34	Casada, separada	1	Asistente social	\$1.700.000

2.3 Técnicas de recopilación de información

⁵ Les personnes constituant cet échantillon (...) ont été choisies parce qu'elles témoignent de façon intéressante pertinente de l'objet d'étude ; il s'agit ici d'une qualité de démonstration, de mise en valeur, de mise en évidence d'une réalité, peu importe que cette réalité soit vécue par quelques individus ou toute une communauté.

⁶ Los nombres de las entrevistadas son ficticios.

⁷ Para los fines del estudio, las entrevistadas fueron divididas en tres grupos socio-económicos, también llamados clases sociales: clase baja, total de ingresos inferior a \$550.000; clase media, total de ingresos entre \$550.000 y \$3.000.000 y clase alta: total de ingresos superior a \$3.000.000. Hicimos una excepción para una entrevistada cuyos ingresos familiares son de \$2.950.000. Por consideraciones de concordancia material, fue clasificada en el grupo social alto.

La credibilidad de la metodología cualitativa se asienta sobre un análisis en profundidad del objeto de estudio (Gauthier, 1998). Procura entender el sentido atribuido por los actores sociales a sus conductas, perceptible bajo la forma de deseos e intencionalidades. Consecuentemente, este enfoque metodológico genera técnicas de recopilación y análisis de datos que otorgan un estatus particular a los sujetos de la investigación y tratan de explicitar la manera en que conciben y viven su experiencia cotidiana. En el presente caso, se combinaron dos técnicas de recopilación de información, la entrevista semi-estructurada y el cuestionario.

2.3.1 Entrevistas semi-estructuradas

Esta técnica utiliza la dinámica de comunicación que se establece entre el investigador y el investigado durante la entrevista para aproximarse al sentido del fenómeno de estudio tal como es percibido por los participantes (Savoie-Zajc, 1998). Puede permitir comparar o enfrentar datos provenientes de la teoría o de otras técnicas con las representaciones que cultivan los sujetos a su respecto.

Concretamente, este tipo de entrevista se sitúa entre el cuestionario y la entrevista en profundidad y consiste en:

Una interacción verbal animada de manera fluida por el investigador. Éste se dejará guiar por el flujo de la entrevista en el objetivo de abordar, en un modo que se parece a la conversación, temas generales al propósito de los cuales quiere escuchar el entrevistado, lo que permite extraer una comprensión amplia del objeto de estudio⁸ (Ibíd.: 266).

Según la misma autora, la elección a favor de la entrevista semi-estructurada se funda sobre tres postulados. Primero, la entrevista se entiende como una narración, un todo cuyas partes deben considerarse en relación. Segundo, la perspectiva del otro tiene sentido y es posible conocer y explicitarlo. Tercero, lo que se escucha durante la entrevista depende del momento en que se hacen las preguntas y del estado de ánimo del entrevistado.

En el marco de nuestro estudio, se realizaron 20 entrevistas con mujeres que compartían las siguientes características: tenían entre 25 a 45 años; eran trabajadoras o cesantes; eran madres de al menos un hijo menor; vivían o habían vivido de manera marital con una pareja. Como lo vimos en la primera tabla, las entrevistadas fueron elegidas y distribuidas de manera equilibrada en función de tres grupos económicos, a fin de observar si los resultados se mostraban influenciados por la trayectoria socio-económica de las mujeres y de su familia.

Precisamos que la pauta de entrevista contempló las ocho dimensiones definidas en la problematización y en los objetivos del estudio, y que las entrevistas tuvieron una duración de entre 60 y 120 minutos.

2.3.1 Cuestionario

La información recopilada por medio de las entrevistas semi-estructuradas se completó con los datos de un cuestionario que se administró a cada uno de los 22 sujetos. Salkind define esta herramienta como “un conjunto de preguntas estructuradas y enfocadas” (1999: 149).

⁸ L'entrevue semi-dirigée consiste en une interaction verbale animée de façon souple par le chercheur. Celui-ci se laissera guider par le flux de l'entrevue dans le but d'aborder, sur un mode qui ressemble à celui de la conversation, les thèmes généraux sur lesquels il souhaite entendre le répondant, permettant ainsi de dégager une compréhension riche du phénomène à l'étude

El mismo autor destaca que el cuestionario produce datos objetivos, lo que facilita el uso de los resultados en análisis adicionales.

El cuestionario desarrollado en el marco de esta tesis permitió recopilar información en función de varios ítemes objetivos respecto de la vida familiar de las mujeres entrevistadas, por ejemplo: orden de priorización del tiempo consagrado a la familia, naturaleza del apoyo extra-familiar, ingresos de la familia y distribución de los gastos, etc. Tales informaciones enriquecieron y matizaron el proceso de análisis, además de permitir la comparación entre aspectos del discurso de las mujeres y datos más cuantitativos.

2.4 Técnica de análisis de información

Utilizamos el análisis cualitativo de contenido para proceder al tratamiento de los datos acumulados. Según Glaser, el objetivo de este tipo de análisis es recrear y descubrir los procesos sociales y psicológicos estructuradores, a fin de producir una síntesis explicativa de las informaciones recopiladas (citado en Deslauriers, 1991). En otras palabras, el análisis cualitativo de contenido permite:

- vincular los símbolos y las interacciones mostrando cómo su significado emerge del comportamiento;
- partir del punto de vista de los actores estudiando sus concepciones de la vida cotidiana;
- estudiar las características de las interacciones recopilando datos sobre situaciones que se desarrollan naturalmente;
- estudiar el cambio como la estabilidad examinando la variación de los símbolos y comportamientos en el tiempo;
- generalizar las descripciones en teorías por la proposición de hipótesis de alcance más universal⁹ (Denzin y Silverman, citados en Deslauriers, 1991).

Al nivel pragmático, este método de análisis sugiere una estrategia de interpretación bimodal (Colin y otros, citados en Jaccoud y Mayer, 1997). Así, la recopilación de datos antropológicos o de relatos incorpora siempre un primer nivel de interpretación explícita, pues las personas otorgan sentido a las cosas. Es la responsabilidad del investigador de tomar en cuenta esta interpretación. Sin embargo, el trabajo de análisis exige un segundo nivel de interpretación que amplía en muchos casos las interpretaciones de los sujetos, pero que rompe también con estas últimas, pues el investigador posee datos relativos a un contexto más global que relativiza el discurso del informador.

Concretamente, dos grandes etapas constituyeron el proceso de análisis de nuestra tesis. En un primer tiempo, se analizó el contenido de cada uno de los pares “entrevista-cuestionario” a partir de las ocho dimensiones del tema de investigación (ver problematización y objetivos). A partir de este material difuso y heterogéneo, se realizó una sábana a doble

⁹ Relier les symboles et les interactions en montrant comment la signification émerge du comportement ; partir du point de vue des acteurs en étudiant leurs conceptions de la vie quotidienne ; étudier les caractéristiques des interactions en recueillant des données sur les situations qui se développent naturellement ; étudier le changement aussi bien que la stabilité en examinant la variation des symboles et des comportements dans le temps ; de généraliser les descriptions en théories par l'établissement d'hypothèses à portée plus universelle.

entrada (las entrevistadas como individuos y sus testimonios y antecedentes en función de las dimensiones bajo estudio) que condujo a las operaciones de categorización.

Así, las categorías, tomando aquí la forma de patrones maternos, emergieron de la comparación y del contraste de los perfiles individuales. Cada una de las dimensiones se caracterizó en función de núcleos representativos alrededor de los cuales se juntaron los datos y las verbalizaciones de varias mujeres, especificándose en el análisis el grado de representatividad o de “popularidad” de cada categoría. Con todo, el análisis cualitativo de contenido permitió destacar, a partir de un conjunto de informaciones, la manera con que las mujeres entrevistadas conceptualizan y concretizan su nexa a la maternidad.

3. ANÁLISIS

La mamá era mamá. La acogedora, la que cuando estabas enferma siempre te protegía, te cuidaba toda la noche, y el papá era cariñoso pero siempre era el papá (...). El papá era el papá. (Angélica)

3.1 Familia de origen

Esta dimensión inicial de los objetivos se refiere a la familia de origen de las entrevistadas, entendida como el grupo familiar en el cual crecieron. Las preguntas asociadas apuntaban a identificar en qué ámbito valórico se desarrolló la crianza de las entrevistadas, pidiéndoles escoger entre ítems opuestos para caracterizar a su familia (tradicional/moderna, autoritaria/democrática, etc.) e invitándolas enseguida a justificar tales opciones.

Tales informaciones contextualizan las representaciones maternas de las mujeres entrevistadas, alumbrando sus valores, elecciones o rechazos en tanto madres. De hecho, algunos sujetos se inspiran mucho de su madre para ejercer este rol, mientras varias otras optan conscientemente por actuar de manera bastante diferente. Además, la pretensión socio-histórica del estudio, que se interesa en la relación entre modernidad, condición femenina y maternidad, exige una cierta exploración respecto de la evolución de los patrones parentales.

3.1.1 El padre, figura autoritaria

La figura paterna que domina las familias de origen de las mujeres entrevistadas tiene claros rasgos de autoritarismo. Así, doce de las dieciocho mujeres con padre presente (dos no convivieron con él, ambas de clase baja) se criaron con un padre tradicional: proveedor, cabecera de la familia y último garante del orden.

Claramente mi mamá se llevaba todo el peso, mi mamá era la que ponía las normas, la conducta, la disciplina y mi papá era como la autoridad que estaba superior, que si quedaba una embarrada muy grande él asumía algún rol, pero sino, ninguno. (Blanca)

A pesar de estar físicamente ausente en muchos casos, sobretodo por motivos de trabajo, el padre es dotado de un poder efectivo que nadie cuestiona.

Es súper loco porque mi papá era, siempre, hasta el día de hoy, una figura súper ausente, en términos físicos, pero finalmente todas las decisiones pasan por él. Si él no estaba, como no estaba, todo quedaba medio suspendido. (Elena)

Si se observa la representación del modelo paterno autoritario en función de las clases sociales, aparece que en la clase baja, el padre es además machista: no deja salir a su mujer de la casa y ansia ser servido en el rango de todas sus necesidades.

Mi papá por ejemplo, a él le gustaba hacer las cosas, no le gustaba que la mujer saliera de la casa. Porque, bueno, generalmente él pensaba que podía salir a mirar a otras personas, a otros hombres. Él mandaba todo. Y él prácticamente lo hacía todo, hasta iba a hacer las

compras del supermercado. Era ya como demasiado, para que mi mamá no saliera de la casa. (Marta)

La proporción de padres autocráticos disminuye en la clase media (cinco de ocho) y en la casa alta (dos de seis), y aparecen en estos grupos padres en ruptura con el modelo dominante. Por un lado, el sesgo autoritario de algunos padres es contrabalanceado por la personalidad o la ocupación fuera de la casa de su esposa.

Porque mi papá, o sea, ella tiene, ella es muy feminista en realidad, entonces no es la típica mujer que asume el rol que tiene que estar en la casa, tiene que hacer esto. Ella es dueña de casa, pero no tiene ese rol pasivo, sino que ella toma decisiones y es fuerte en eso. (Alicia)

Por otro lado, tres padres surgen en total ruptura con el modelo autoritario y son descritos como relajados y demócratas, compartiendo con sus hijos una gran cercanía afectiva.

Mi papá era más relajado en eso; yo creo que mi papá tiene una manera de ser más distendida, más suelta, y yo creo que igual se complementaban bien, digamos; porque si yo me imagino una casa solamente con mi mamá habría sido muy “deber ser”. (Margarita)

3.1.2 La madre, entre el servicio y la norma

Frente a un esposo autoritario, la madre de la mayoría de las entrevistadas es bastante preocupada por la comodidad de su esposo; nueve entrevistadas definen explícitamente a su madre en relación a su función de servicio hacia el padre.

Que mi mamá baila alrededor del papá, de que lo atiende como, no como esposo, sino como, no sé, como un amo. (Sofía)

Mi papá era el que proveía y mi mamá era la dueña de casa, mi mamá en ese sentido no tenía ni voz ni voto de nada. (Ester)

Si bien el dibujo de la figura materna se limita generalmente a su rol acatador respecto del padre en la clase baja, se agregan, en las otras clases, roles vinculados a los afectos y a las normas cotidianas dentro de la organización familiar. Así, la madre de la mayoría de las mujeres de clase media y alta es la que cuida, ama y protege, en varios casos de manera exagerada.

Mi familia que son súper aprensivos, mi mamá, mis abuelas, mis hermanas, son todas así, y mi mamá que ha vivido siempre conmigo, entonces yo trato de no ser aprensiva pero ella es tan aprensiva que te lo pega, o sea, te transmite sus preocupaciones, sus angustias y todas sus cosas. (Blanca)

Una vez estuvo tres años hospitalizada, mi mamá. En Villa Alemana, de Valparaíso, y desde el hospital dirigía toda la casa, sin espiar. Sabía todo lo que teníamos que hacer día a día, llamaba por teléfono: a ver las niñitas, y a esta hora tienen que hacer las tareas, a ver las niñitas, mira mañana tienen educación física, todo. (Angélica)

Unas pocas mujeres insisten en la cercanía afectiva desarrollada con su madre, ésta mereciendo el estatus de confidente más allá del lazo de seguridad afectiva y física.

Yo iba: mamá fijate que me está pasando tal cosa. Y la primera en enterarse era ella. Nunca se espantó de lo que yo le dije, ni nunca me juzgó, ni me criticó. (Ángela)

3.1.2.1 Malas madres

La madre representa para la mayoría de los sujetos la referencia afectiva y normativa de su infancia, siendo la mamá la dueña de casa y la responsable de la crianza. No obstante, varias entrevistadas hablan de su madre de manera mitigada o claramente negativa.

En un primer nivel de cuestionamiento del modelo materno de la familia de origen se encuentran tres mujeres, de clase alta y media, que verbalizan la ausencia o la lejanía comunicacional de su madre.

Mi mamá a pesar de trabajar igual estuvo como bastante presente, no todo pero estaba. (...) O sea, cuando yo era más chica igual pase hartito sola en varias ocasiones. (Ximena)

Mi papa cumplía más que nada todo para mi familia, porque él era todo. Era moderno, era liberal, era democrático. (...) Mi mama siempre fue como un poco más reacia a todo eso. (...) Mi mama era como... siempre negativa. (Estela)

Aquí, las madres de las entrevistadas no cumplen con características de la “buena” madre tradicional, ella que está presente y siempre “apechuga” para salir adelante junto a sus crías. Sin embargo, la desviación no es dramática como en tres casos de la clase social baja. En esta, aparece el tema del abandono de la madre, sea por muerte (un caso), sea por privilegiar al esposo o al cónyuge.

Porque las señoras le decían, que como tenía tantas hijas, por qué no le pasaba una niña para que la acompañara. Y yo quería porque yo no aguantaba estar en mi casa. No me hallaba, no me acostumbraba, entonces yo prefería estar en otras casas. Y mi mamá nos dejaba. Entonces, cuando ella quiso separarnos de mi papá siempre dijo que lo hacía por nosotros, pero yo no encuentro que eso sea hacer un sacrificio. Yo encontraría mejor separarme de este hombre y prefiero vivir con mis hijos y yo lucho por mis hijos. O sea, no voy a estar aguantando que mis hijos estén viendo que con su papá siempre estemos peleando. Ver toda esa... siempre lo mismo, no ver nada bueno. Entonces me prefiero separar. (Romina)

Que mi mamá pudo haber estado con nosotros, y por irse con un hombre nos dejó botados. (Gisela)

Las dos mujeres que vivieron la despreocupación y el abandono de su madre le tienen todavía mucho rencor. Explican que no quieren repetir tal modelo materno con sus propios hijos, manifestando actitudes completamente opuestas. En el caso de Romina, llegó a tener severos problemas de endeudamiento por no querer que sus hijos experimentaran la escasez material, mientras Gisela no deja salir a sus hijos de la casa cuando no está por temor a que les pase algo.

3.1.3 Valorar los estudios, un hito generacional

Cuando hablan de su familia de origen, varias entrevistadas se refieren a su rol respecto de su trayectoria escolar. Por un lado, tres mujeres del grupo social alto recuerdan el incentivo de sus padres hacia la excelencia escolar.

Para mi padre y mi madre digamos, toda la cosa de saber, de conocer es importante y lo han estimulado en nosotros también. (Rosa)

En las notas, me acuerdo, era súper exigente mi mamá, un 6,5 “y por qué no un 7”, en el sentido, en el buen sentido. (Margarita)

Esta valoración académica es muy positiva para las entrevistadas citadas e intentan repetirla con sus propios hijos. Al revés, tres mujeres de clase baja y media lamentan no haber disfrutado del mismo aliento y culpan a sus padres por no haber estudiado más.

(...) porque mi mamá como yo le contaba no quería ella hacer que nosotros estudiáramos. Yo cuando me vine a trabajar acá a Santiago, yo hice mi cuarto medio. (Marta)

Yo creo que se preocuparon, ellos me dieron la parte económica, pero a mí me faltó el empujón. (Estela)

Adelante veremos, en la sección consagrada a las representaciones de la “buena” madre, que el tema escolar es central para las mujeres, sobre todo en las clases baja y media. Así, las entrevistadas relacionan al éxito escolar la capacidad de desempeñarse en un mundo exigente y competitivo, lo que marca según nuestra opinión un hito intergeneracional entre las participantes del estudio, sus padres y sus hijos. Si bien fue difícil de acceder a estudios superiores para las primeras y una cuestión no tan importante para los segundos (que experimentaron una sociedad de jerarquías más herméticas), la posibilidad de movilidad social otorgada por los estudios anima a las madres actuales a esperar mejor futuro para sus hijos y define sus actitudes maternas.

A modo de información complementaria y para entender mejor el deseo de movilidad social expresado por las madres de clase baja y media, presentamos una tabla que resume el nivel de escolaridad y la actividad u ocupación de las entrevistadas y de sus dos padres. Vemos que la casi totalidad de las madres de las mujeres de clase baja y media son dueñas de casa y que su padre tiene un oficio de obrero, técnico o micro-empresario. Unos pocos padres o madres prosiguieron sus estudios más allá de la enseñanza media, mientras varios no completaron la enseñanza básica.

En el caso de las entrevistadas de clase alta, la trayectoria de sus padres es bastante distinta, pues la casi totalidad, mujeres como hombres, terminaron estudios universitarios y son profesionales, a pesar que una mujer no ejerció su profesión. La demás madres de las entrevistadas tienen o tenían un trabajo fuera de la casa.

TABLA 2 Nivel de escolaridad y actividad u ocupación de las entrevistadas y de sus padres

Entrevistadas	Nivel de escolaridad y actividad u ocupación de la entrevistada	Nivel de escolaridad y actividad u ocupación de la madre	Nivel de escolaridad y actividad u ocupación del padre
CLASE SOCIAL BAJA			
Marta	técnica completa técnica paramédica	básica incompleta dueña casa	básica incompleta agricultor
Amanda	media incompleta dueña casa	no sabe	básica completa taxista
Romina	básica incompleta junior en ONG	básica incompleta dueña casa	analfabeto trabajador fundo
Verónica	técnica incompleta auxiliar en pediatría	básica incompleta dueña casa	básica incompleta panadero
Pilar	técnica completa técnica paramédica	básica incompleta dueña casa	básica completa administrador fundo
Gisela	básica incompleta empleada doméstica	básica incompleta dueña casa	básica incompleta obrero
CLASE SOCIAL MEDIA			
Luisa	universitario incompleto secretaria administrativa	universidad completa profesora	básica incompleta chofer
Estela	media completa artesana	básica completa dueña casa	media incompleta fotógrafo
Carola	universitario educadora de párvulos	media incompleta dueña casa	técnica incompleta gasfitero
Ester	universitario enfermera	básica incompleta dueña casa	básica incompleta empleado municipal
Sofía	universitario completo médica	universitario completo psicopedagoga	universitario completo médico
Blanca	universitario incompleto gerente banco	técnico completo dueña casa	universitario incompleto microempresario
Alicia	universitario antropóloga	media completa dueña casa	media completa comerciante
Angélica	universitario completo profesora básica	media incompleta dueña casa	media completa restaurador casas
CLASE SOCIAL ALTA			
Margarita	universitario incompleto psicóloga	universitario completo dentista	universitario completo constructor civil
Rosa	universitario completo psicóloga	universitario completo periodista	universitario completo sociólogo
Josefina	universitario completo psicopedagoga	universitario completo secretaria	universitario completo contador auditor
Ximena	universitario completo psicóloga, dueña casa	universitario completo periodista	universitario completo arquitecto
Ángela	universitario completo administradora pública dueña casa	universitario completo dueña casa	universitario completo comerciante
Elena	universitario completo asistente social	universitario completo administradora pública	técnica completa contador

3.1.4 Algunas innovaciones

A lo largo de la historia familiar de los sujetos se encuentran, diseminadas entre medio de modelos y valores definitivamente tradicionales, espacios alternativos respecto del rol femenino. Esencialmente, hablamos de mujeres de clase social alta y media que son activas en el mercado laboral, y/o reinventan el reparto de tareas domésticas con su pareja, el padre de las entrevistadas.

Sí, mi mamá siempre fue como bien cabeza de la casa, mi mamá trabajó siempre... mi mamá es periodista y trabajó 22 años en las Naciones Unidas. Mi mamá ganaba súper bien, tenía su independencia económica, de hecho siempre estuvimos como bien seguros de ella, como que siempre el tema de las platas también lo manejaba ella. (Ximena)

Pero con el tiempo mi mamá con su carácter, digamos, logró lograr el equilibrio de ellos como pareja en ese sentido y más tarde, cuando mi papá ya quedó cesante por ahí por los años ochenta, mi mamá tuvo que salir definitivamente a trabajar. (Luisa)

Si bien ninguna de las familias de origen presenta una organización radicalmente innovadora respecto de las normas de la época, nos parece significativo percibir zonas de cuestionamiento del modelo tradicional de familia, basado en la división sexual del trabajo asalariado y doméstico. Ciertas mujeres tienen una carrera, otras logran que su marido participe activamente a la actividad hogareña, pero tales comportamientos excepciones, cuya evolución y expansión podremos percibir en las secciones reservadas las representaciones y prácticas maternas de los sujetos.

Antes de que ella naciera, yo sentía que éramos iguales. Que no había ningún tipo de diferencia de género digamos, hombre-mujer, pero cuando ella nació yo sentí el cambio brusco como a las dos semanas del parto. (Ester)

3.2 Historia de la maternidad

Esta segunda dimensión busca develar los acontecimientos y las elecciones que orientaron en el tiempo la maternidad y la fertilidad de las mujeres. La idea es percibir cómo las entrevistadas y su núcleo conyugal vivieron un primer embarazo, los métodos de control de natalidad que utilizan y su voluntad de ampliar o no su familia. Veremos que se entrelazan con temas “técnicos” contenidos que aluden a cambios afectivos fundamentales para las mujeres y su familia.

3.2.1 Trayectoria de la fertilidad

En la siguiente tabla, exponemos algunas informaciones útiles para situar el recorrido materno de las mujeres entrevistadas.

TABLA 3 Informaciones sobre la historia de la maternidad

Entrevistadas	Edad al nacer 1° hijo	Distancia unión-1° hijo	N° hijos	Entrevistadas	Edad al nacer 1° hijo	Distancia unión-1° hijo	N° hijos
Marta (b)*	21	2 años	2	Sofía (m)	29	0 año	1
Amanda (b)	19	0 año	4	Blanca (m)	27	2 años	2
Romina (b)	20	0 año	2	Alicia (m)	28	0 año	1
Verónica (b)	25	0 año	1	Angélica (m)	24	1 año	2
Pilar (b)	25	1 año	2	Margarita (a)	32	4 años	3
Gisela (b)	18	0 año	3	Rosa (a)	32	1 año	1
Luisa (m)	22	4 años	3	Josefina (a)	30	1 año	1
Estela (m)	19	2 años	1	Ximena (a)	27	3 años	2
Carola (m)	31	1 año	2	Ángela (a)	28	3 años	3
Ester (m)	28	3 años	1	Elena (a)	28	2 años	1

* La letra entre paréntesis corresponde a la clase social: (b) por baja, (m) por media y (a) por alta.

De partida, el promedio de hijos por mujer varía un poco en función de la clase social. Así, este promedio es de 2,3 en la clase baja, de 1,6 en la clase media y de 1,8 en la clase alta. El promedio global es de 1,9 hijos por mujer, lo que es levemente inferior al promedio nacional (2,02 en 2005). Sin embargo, lo que más cambia según el grupo social es la distancia de tiempo entre la unión de pareja y el nacimiento del primer hijo.

En la clase baja, cinco parejas de seis tuvieron un hijo entre cero y un año después del inicio de su relación, lo que indica una corta experiencia de vida a dos antes de la llegada del primer hijo. En las clases media y alta, el promedio de distancia es respectivamente de 1,6 y 2,3 años. En cuanto a la edad de las entrevistadas al nacer su primer hijo, la diferencia es también significativa entre las 3 clases sociales. Hablamos de un promedio de 21,3 años en la clase baja, de 26 años en la clase media y de 29,5 años en la clase alta.

Tales datos dejan pensar que la trayectoria pre-maternidad de las mujeres de clase alta fue más satisfactoria en términos de realización personal y profesional que la de las mujeres de clase baja y, en menor medida, de clase media. Los sujetos con más recursos económicos estudiaron durante más tiempo, terminaron una carrera profesional y compartieron una o más relaciones de pareja sin hijos. Al revés, las mujeres con escasos recursos económicos se insertaron rápidamente en el mercado laboral y conformaron su familia antes de los 25 años.

3.2.2 ¿Existe el instinto materno?

Para cuatro mujeres, su primer embarazo marcó un hito mayor en su trayectoria familiar. Con este acontecimiento, es toda su vida que cambió y se reorganizó en función de los hijos. De allí en adelante, los hijos son la prioridad y el vínculo al cónyuge se vuelve secundario.

Nació la guagua y fue mucho “mama e hija”. El papa quedó afuera. (Josefina)

Y después nació el José, y como que cambió todo. Así, de repente, como que todo fue cambiando. Como que yo me preocupé mucho del niño, porque él es mucho más indefenso, porque me necesita. (Verónica)

Porque a uno sale todo el instinto materno, no se de adonde, y empiezas a abandonar un poco a tu marido, y yo sentí muchas veces que lo abandonaba, pero era superior a mí, y me daba cuenta. (Ángela)

En el caso de una entrevistada, la díada madre-hijo adquiere un carácter casi obsesivo, conllevando angustia y trastornos de sueño.

Inclusive yo tenía sueños en que iba subiendo el cerro y la veía a ella [hija] que estaba sola, y yo tenía que dejar todo a la mitad para correr a buscarla. Y él [marido], yo sentía como él seguía, como él quería seguir subiendo. (Ester)

Otra mujer, lejos de magnificar el periodo de recién nacido de sus hijos, relata como esta etapa le generó una gran aprensión.

Entonces toda la etapa en que fueron guaguas, en que no hablaban, no se movían y tú no entendías lo qué les pasaba, para mí fue súper agotador y lo único que quería era que crecieran, al contrario de las mamás que siempre quieren que sus guagüitas se queden chiquititas, no, lo único que yo quiero es que sean más grandes para que sean independientes. (Blanca)

Son varias las entrevistadas que no experimentaron un proceso de fusión con sus hijos. Por ejemplo, Marta prosiguió sus estudios a los pocos días de ver la luz su segundo hijo, mientras Luisa, Gisela y Amanda nombran, sin trauma mayor, periodos durante los cuales estuvieron separadas de sus hijos. En el caso de la primera, explica que fue el más feliz de su vida.

Además, una entrevistada descarta por completo la idea de instinto materno, que según ella sería un constructo cultural.

Se supone que el único instinto que existe es el maternal, pero lo doy por descartado, porque no existe. (...) Es un aprendizaje creo. (Alicia)

3.2.3 Métodos de control de la natalidad

Los métodos de control de natalidad utilizados por las entrevistadoras tienen una distribución relativamente heterogénea.

TABLA 4 Métodos de control de natalidad utilizados por las entrevistadas

Métodos	Frecuencia	Proporción
Pastillas o inyección	7	35%
Dispositivo	3	15%
Calendario	3	15%
Preservativos	3	15%
No usa	3	15%
Dato ausente	1	5%
TOTAL	20	100%

Los métodos de control de natalidad utilizados por las entrevistadas tienen una distribución relativamente heterogénea.

Son las pastillas las más ampliamente utilizadas, y eso, en los tres grupos sociales. En cuanto a los demás métodos, son representados en una proporción igual, pero acá varían en función de las clases sociales. Así, el dispositivo es usado exclusivamente por mujeres de clase social baja, mientras los preservativos y el calendario lo son únicamente en las clases media y alta. Respecto de la decisión de no usar métodos de contracepción, está ligada a la realidad conyugal de las mujeres, pues son solteras o separadas las que no lo nombran.

3.2.4 Ampliar la familia

Si analizamos el número de hijos por sujeto, cabe especificar que el promedio es de 1,9% hijos por grupo familiar; el 40% de los sujetos tiene 1 hijo, el 35% tiene 2, y el 20% tiene 3. A la hora de opinar sobre su deseo de tener o no más hijos, casi la mitad de las mujeres descartan tal posibilidad, mientras la otra mitad se divide entre una opinión afirmativa y una mitigada.

TABLA 5 Deseo de tener o no más hijos

Entrevistada	*	Deseo otros hijos	Motivo	Entrevistada	*	Deseo otros hijos	Motivo
Marta	2	no	Cáncer, tiene la pareja**	Sofía	1	si	Compañía para hijo
Amanda	4	si/no	Si compromiso pareja	Blanca	2	no	Cansancio
Romina	2	no	Motivos económicos	Alicia	1	Si	Adoptar, compañía hijo
Verónica	1	si	Quiere una hija	Angélica	2	no	No tiene cónyuge
Pilar	2	no	Cansancio	Margarita	3	si	Quiere un hijo
Gisela	3	no	No tiene cónyuge	Rosa	1	si/no	Quiere dos, pero cansancio
Luisa	3	no	Edad (quería más)	Josefina	1	si/no	Si estabilidad pareja
Estela	1	no	Pareja no quiere	Ximena	2	si/no	Esposo quiere hija, pero cansancio
Carola	2	si/no	No por tares genéticas y motivos económicos	Ángela	3	no	x
Ester	1	si	x	Elena	1	si	x

* Número de hijos.

** Varias entrevistadoras hablan de su deseo, cumplido o presente, de tener la "parejita": por lo menos un representante de cada sexo.

La distribución de las tres opiniones (si, no, entre si y no) no se ve afectada por las clases sociales. Más bien, aparece que el número de hijo es determinante, pues 87,5% (7 de 8) de las mujeres que tienen un solo hijo afirman querer más, o por lo menos pensarlo. Esta proporción baja a menos de 30% en el caso de las que tienen 2 hijos y 3 hijos (respectivamente 2 mujeres de 7 y 1 de 4).

Si examinamos los motivos para desear más hijos, tres personas hablan de complementar la familia al nivel del género de los hijos. Tienen sólo hombres o mujeres y quieren un bebe del otro sexo. Al revés, una mujer que ya tiene un hijo y una hija expresa así su conformidad con el tamaño de su familia:

Un momento dijimos: ya, tenemos la pareja, para qué más. Están los dos, tenemos al hombre y la mujer. Hubiese sido diferente a lo mejor si hubiese tenido dos hombres, hubiese buscado la niña. (Pilar)

Otras mujeres buscan compañía para su hijo único:

Porque yo tengo un hermano y me sentiría súper triste de haber estado sola, y siempre me hubiese encantado de tener más hermanos, hermanos o hermanas da lo mismo, así que me encantaría que mis hijos ojala tuvieran uno o dos hermanos (Sofía)

Finalmente, el clima y la estabilidad de la pareja aparecen como elementos importantes del proceso decisional para dos mujeres que dudan si quieren o no más hijos.

Cuando las mujeres no quieren más hijos, es porque no tienen pareja, alcanzaron los 40 años o se sienten agotadas.

Me gustaría tener más hijos pero no quiero tenerlos, es como bien contradictorio, me da espanto. Siento... alguna vez me gustaría hasta adoptar, pero no sé si en otra etapa, en este minuto no sé si sería capaz, porque no me da el cuerpo. (Ximena)

He estado pensando eso, máximo dos, pero ahora he estado este año tan cansada con el primero, que todavía no me hago la idea del segundo. (Rosa)

Otra razón de no querer agrandar la familia es económica:

Yo digo que con dos. Una, porque uno mismo los puede criar y... porque no sé... de darle cosas mejores, a los hijos qué se yo, para tener más es complicado. (Romina)

Es un tiempo en que los papás están pendientes de hacerlo bien (Margarita).

3.3 Representaciones como madres

En términos de contenidos y de afectos, la sección de las representaciones respecto de la maternidad es la más densa. Entre el deseo o la certeza de ser “buena” madre, las tensiones emotivas y organizacionales tributarias de la vida moderna, así como el vaivén entre modelos maternos conservadores y liberales, las mujeres crean y sostienen patrones de crianza muy diversificados, que en algunos casos no dudan en cuestionar ellas mismas.

Aquí, las preguntas de la pauta de entrevista apuntaban a identificar lo que las entrevistadas entienden por “buena” madre, los valores predominantes que orientan la relación con sus hijos y algunos temas emotivos vinculados al ejercicio de la maternidad.

3.3.1 Valores destacados

De partida, reconocimos cuatro valores centrales en las entrevistas, alrededor de los cuales se conglomeran las representaciones de muchas mujeres. Dos se relacionan a la relación madre-hijos, y dos al desempeño individual de éstos últimos.

3.3.1.1 Comunicación y confianza

La voluntad de compartir con los hijos una comunicación cómplice y fluida aparece en las representaciones maternas de siete mujeres, más de la mitad de clase alta. En las clases baja y media, el tema posee una incidencia menor, pues sólo una de cada clase lo evoca.

El núcleo de este valor reside en el concepto de confianza; las madres esperan que sus hijos se sientan cómodos para confiarles sus problemas y cuestionamientos.

[Tuve con mi madre] una relación muy cercana y eso me encantaría que mis hijos me vieran a mí de esa forma, así como cuando necesitas una paz, te vas donde tu mamá, o cuando necesitas compartir alegría, te vas donde tu mamá, o cuando necesitas compartir tu angustia, te vas donde tu mamá. Ojala que sea la persona donde tu encuentras el fuerte, eso. (Sofía)

Es que para mi es tan importante, por ejemplo, cuando un niño se me acerca, uno de mis hijos se me acerca, y me doy cuenta de que tienen la confianza de acercarse a contarme su problema. Para mi es una satisfacción tremenda. (Ángela)

Sin embargo, la comunicación madre-hijos va más allá de los intercambios verbales. Involucra una sensibilidad particular por parte de la madre, a fin de captar las vivencias de su progenitura de manera global.

Yo creo que el tiempo te da la posibilidad de conocer bien a tu hijo y también poder ser empático con él, también observando las cosas que pueda necesitar. (Rosa)

También, mantener una buena comunicación con los hijos puede presentar ventajas para su desempeño posterior.

(...) Qué angustiante sería, ponte tú, que la Lorena [hija] no supiera más adelante transmitirme lo que le pasa, si algo le complica, y también tener las herramientas como para detectar eso. (Elena)

Sin lugar a duda, el rol central de la madre en materia de comunicación es una dimensión habitual de sus funciones familiares, siendo tradicionalmente, por su presencia casi ininterrumpida en el hogar, pivote o testigo de todas las interacciones domésticas. No obstante, el análisis de los testimonios recopilados nos permite hipotetizar que las madres de hoy en día desean tener con sus hijos una comunicación no sólo funcional, sino cercana en términos afectivos, dotada de un espectro a la vez verbal y no verbal.

3.3.1.2 Exigencia escolar

El tema del desempeño escolar de los hijos es fundamental para la mayoría de las mujeres.

No me gustaría, a él tampoco le gustaría, que mi hija viviera loca, anduviera con uno y con otro, que no estudiara, no. Yo quiero que mis hijos estudien. (Amanda)

Si bien las madres coinciden en valorar los estudios de sus hijos, lo hacen por motivos que varían según las clases sociales. En un primer tiempo, es en la clase baja que tal preocupación recibe la mayor adhesión. Para las madres de este grupo, estudiar permitirá a sus hijos tener en mano las riendas de su futuro, al revés de sus padres.

Nosotros nos proyectamos que lo único que esperamos del futuro es que tengan [hijos] una educación, que tengan una educación y a la vez poder dejarles algo que a ellos les sirva, y qué más bonito que la educación y que estudien una carrera universitaria y que puedan hacer todo lo que ellos quieran. Eso es lo único que nosotros esperamos de ellos, nada más. (Pilar)

Lo que explica Pilar es representativo de la postura de las madres de clase baja, y también media, frente al éxito escolar de sus hijos. Éste se presenta como una respuesta obligada al sacrificio diario de los padres.

[Hablando de los estudios de su hijo] tiene que hacerlo porque es su trabajo, no le queda otra. (Romina)

Nosotros siempre les hemos dicho [a los hijos] que todo lo que estamos haciendo, nosotros nos sacamos la mugre trabajando es para darles un buen futuro a ustedes dos, es decir, que tengan una carrera, que sepan estudiar, que sepan aprovechar lo que le estamos dando. Porque además de estudios no les podemos dar nada más. (Pilar)

Podemos pensar que similar posición genera para los hijos ciertas tensiones, y para los padres, una clave de chantaje emocional.

Por ejemplo, en este momento, el Alejandro [hijo] lo que más le gusta es el taller de folclor. Yo a él lo presiono en el taller de folclor. Por ejemplo, el Alejandro hoy día tenía una fiesta, ya. El Alejandro, le hicieron un control y le fue mal. Sacó un 4,5 yo creo. No tiene

permiso para ir a la fiesta. Si el Alejandro sigue así durante la semana, el próximo fin de semana no tiene folclor. Entonces es una manera de presionarlo para que suba sus notas. Y lo castigo con lo que más le duele, que es el folclor. (Estela)

Otra razón para motivar los estudios de los hijos es entregarles herramientas para enfrentar el mundo moderno, conceptualizado como una suerte de competición feroz entre individuos calificados.

(...) el tema de la educación que, en general, yo soy como mucho más exigente, qué sé yo, a mí me preocupa que, por ejemplo, el Diego [hijo] esté en un colegio que sea exigentes en términos educacionales. (...) ponerlo en un colegio alternativo significa sacarlo de la realidad en que vivimos, porque varias veces planteamos el tema de ponerlo en un colegio alternativo. Oye pero, pucha, va a un mundo que no es alternativo, entonces... (Luisa)

Finalmente, entrevistadas de clase media y alta hablan del desarrollo escolar como riqueza personal y piso de oportunidades, también como algo que va de hecho pues es herencia valórica de la familia de origen.

Tengo grabado en la memoria que no hay mejor capital en la vida que el conocimiento. (Sofía)

En mi familia siempre fue como súper importante como la exigencia académica, por esto mismo que te cuento que está como herencia y como que viene bien de atrás y hoy en día yo empecé a funcionar igual, al tiro con mi hijo. (Ximena)

3.3.1.3 Hacia la autonomía

Las exigencias de la modernidad en términos de realización personal influyen este tercer valor materno. Son esencialmente madres de clase media que lo nombran como elemento central de la crianza de sus hijos.

Creo que es una sociedad en donde es duro afuera, hay que competir duro y si tú le das todo a tu hijo, o sea, si tú no le enseñas a ser autosuficiente, va a estar, como te digo, necesita herramientas para enfrentar el mundo, y eso yo creo que es fundamental. De hecho, ahora, ya es un riesgo, o ponte tú, yo lo veo porque las reuniones que pude asistir al colegio, me explican conductas que no debería tener, que mi hijo es como más regalón. (Alicia)

Las entrevistadas hablan de la independencia de sus hijos sobretodo en relación a actitudes y comportamientos de su rutina diaria.

Ellos [hijos] tienen que saber todo, o sea, tienen que ser autosuficientes, o sea, al Diego yo le enseñé a prepararse su leche y le digo de repente “preparatela”, pero no es de lata ni que me de flojera sino que él tiene que aprender a hacerse la leche porque si yo no estoy y tiene hambre él tiene que aprender a resolver un problema de alimentación. (Luisa)

Sin embargo, Margarita le agrega la dimensión de la autonomía afectiva, lo que cuestiona la representación tradicional de madre como la mejor persona que puede estar con los hijos.

Como eso y sin perder la autonomía y la libertad, o sea yo siento que la Natalia y la Irene [hijas] igual lo pasan bien en su jardín, no son angustiadas; como que yo voy y disfrutan, no están apolleras conmigo, digamos, igual lo pasan bien conmigo; pero en otros contextos la pasan bien con otros. (Margarita)

Para ciertas mujeres, la entrada de los hijos al colegio marca un hito en el camino hacia la autonomía, compartiéndose de allí en adelante su responsabilidad educativa y pudiendo dedicar más tiempo a otras áreas.

Porque ya el niño entra al colegio, está más horas en el colegio, después vienen las tareas, te independizas un poquito de él. (Angélica)

La etapa de vida escolar te marca una diferencia. Y después de la etapa escolar es importante estar bien presente, porque claro uno puede dedicar un poco de más tiempo al trabajo. (Rosa)

Cabe subrayar que ninguna mujer de clase baja nombra el valor de la autonomía; al revés, varias entrevistadas verbalizan actitudes y comportamientos de sobre-protección, como lo veremos más adelante.

3.3.1.4 Valoración de las individualidades y de los espacios

Otro valor fundamental para algunas entrevistadas de los grupos medio y alto es la importancia de valorar la personalidad y el aporte de los hijos. Juzgamos importante consagrarle una sección, pues contrasta con el modelo tradicional, donde la familia se concibe como un todo y donde no se insiste en las particularidades de cada miembro. En este sentido, este valor puede ser una ventana hacia el cuestionamiento del estatus de los niños.

Porque en cada familia pone las personas, pone la riqueza que tiene cada uno para entregar a la familia. Pero igual hay que ser inteligente para ir descubriéndolo y no perderselo, porque hay papas que no se dan cuenta que sus hijos son ricos, tienen riqueza, y pasaron por el lado y se perdieron eso. (Carola)

(...) un espacio de aceptación para cada uno. En su diferencia, en su especificidad, en su manera de ser en su estilo. Tengo niñas chicas, pero es súper impresionante cómo desde la cuna son muy distintas. (Margarita)

Y también respetar las individualidades porque los niños no son todos iguales, o sea, son distintos, por mucho que estén en tu familia y que los criaste tú, son diferentes, entonces respetar esa diferencia también en los niños. (Luisa)

Dos entrevistadas introducen la noción del espacio, identitario y físico, al cual puede aspirar cada miembro de la familia, realidad que fomenta también su propio espacio.

Si él [hijo] tiene su puerta cerrada, yo también tengo que golpear. ¿Por qué? Porque él me marcó. Él me puso las cartas sobre la mesa y me dijo: mamá, ponte tú, yo tengo mi pieza cerrada, por favor toque, porque pueden entrar y me pueden encontrar en algo que no

corresponde, yo estoy pasando por una edad difícil, ¿cachai? En tanto, yo respeto su vida como él respeta la de nosotros. (Estela)

Lo paso súper bien con ellas, también lo paso súper bien sola, o sea no tengo ese rollo de “sólo mamá, sólo mamá”. (Margarita)

3.3.2 El factor de la modernidad

Como lo explicamos anteriormente, varias mujeres aluden a la precariedad y a las exigencias de la modernidad para contextualizar y justificar sus valores y comportamientos. Los tiempos actuales parecen amenazantes e inseguros, lo que estimula actitudes de protección familiar o la búsqueda de alternativas que permiten aplanar los riesgos modernos.

3.3.2.1 Sobrevivir en la selva

Algunas entrevistadas coinciden en atribuir a la vida moderna los atributos de estimulante y loca, añorando un tiempo menos demandante, el de su niñez.

En ese sentido yo siento que hoy como familia uno tiene que hacer un esfuerzo tremendo para contrarrestar ese impulso que es que tienes miles de alternativas a toda hora y en todo lugar, porque antes como que si no tenías mall, no tenías cine, no tenías nada un domingo a las siete de la tarde, tenías vida de familia, no sé, estabas ahí. Y tampoco habían muchos panoramas de tele porque era tan fome mirar la tele, entonces no sé qué hacíamos, estábamos no más, estábamos. (Ximena)

Esta vez también, son las mujeres de clase media y alta que reflexionan sobre la modernidad. Por una parte, critican la aceleración de los ritmos.

[Hablando de su ideal de familia] (...) pero tener el tiempo para vivir, no trabajar para vivir, sino que vivir para trabajar y vivir para descansar, para hacer cosas que uno quiere de la vida (Sofía)

Por otra parte, explican como tratan de ayudar a sus hijos a cumplir con los requerimientos contemporáneos de la vida en sociedad.

Lo único que tú tienes que dejar a tus hijos es dejarles la posibilidad de ser capaces de adaptarse. (Angélica)

Creo que es importante en general lo que se llama capital social, fundamental, sobretudo en países como este que funciona casi todo en esa línea, con pitutos, entonces si tú no tienes y te aíslas tanto, tienes pocas herramientas de quien acudir en momentos difíciles. (...) para que no le pase lo mismo a tus hijos por lo menos. (Alicia)

El entorno, exigente, presenta el peligro de no tener éxito, de no realizarse, de no poder competir al nivel de los demás, por lo que es fundamental el aporte parental en el desarrollo de las capacidades sociales de los niños. También, surgen riesgos más concretos, asociados a la delincuencia, esta vez nombrados por mujeres de clase baja.

[Hablando de sus temores como madre] De que se vayan, que salgan de la iglesia y caigan en algún vicio. (Gisela)

3.3.2.2 Culpa vs. tiempo

La moderna contracción de los tiempos estresa bastante el ejercicio de la maternidad, estando la mayoría de las entrevistadas encerradas entre las actividades laborales y familiares. La siguiente cita es característica de la interpenetración de las esferas familiares y profesionales a la cual obliga un día a día comprimido al nivel del tiempo.

Yo estoy trabajando y estoy pensando en ellos [hijos], no hay ni un minuto que me desconecte de los niños (Blanca)

Al nivel de las representaciones, rescatamos que las mujeres sienten culpa por no poder dedicar a sus hijos el tiempo que les dedica una madre que no trabaja fuera del hogar. Veremos más adelante como logran jugar con el tiempo y llegar más temprano a su casa, pero concentrémonos por el momento en lo que expresan en el plano de las representaciones y de los afectos.

El mejor donde puede estar [mi hija] es conmigo, no en otro lugar. (...) me siento en un estado de culpabilidad permanente, porque yo podría seguir haciendo las cosas que yo hago, porque yo tengo días libres en la semana, pero no lo hago porque siento que le quito un tiempo a ella. (Ester)

De hecho, varias entrevistadas, la mayoría de clase media, relatan que si bien aceptan trabajar fuera del hogar, y entonces no estar permanentemente disponible para sus hijos, no se dan en cambio el tiempo de realizar actividades personales. Así, tener tiempo propio proporciona esta famosa culpabilidad que las madres prefieren evitar o tapar inhibiendo sus deseos personales.

A mí me encantaría ir a tomar sol a la piscina, pero por otro lado digo, es el rato que tengo para jugar con las niñas. (Margarita)

En la clase baja, la tensión moderna y su colateral femenino de culpa se vive más en el terreno económico. Una mujer cuenta como se endeudó de manera dramática para que su hijo no experimentara la escasez material que ella sufrió durante su infancia, y pudiera acceder a los objetos de consumo populares entre los niños. Dos entrevistadas reiteran que no se compran cosas para ella si sus hijos necesitan algo. Una cuarta, a la hora de evaluar la posibilidad de recuperar la tuición de sus hijas, lo ve difícil porque ella no cuenta con comodidades materiales

Me dan ganas de traérmelas, pero yo pienso que tienen su vida hecha y yo digo a lo mejor cuando ellas quieran venirse conmigo, pero yo no tengo nada que ofrecerles tampoco. O sea, mucho cariño que yo les tengo, pero para qué me las voy a traer, ir a pelear, ¿para qué si no tengo que ofrecerles? Acá tengo una pieza, ellas que tienen Internet, que chatean, tienen tantas cosas, tienen un dormitorio solo. (Amanda)

3.3.3 Entre lo tradicional y lo moderno

Va casi de hecho, según el sentido común de las fuentes teóricas que exploramos, que la maternidad se vincule con valores de abnegación y dedicación absolutas. Corroboramos ampliamente tal asociación en los testimonios de los sujetos del estudio. Más allá de sus principios de crianza, de sus inquietudes y de sus aspiraciones respecto del futuro de sus hijos, varias madres hablan de la maternidad como una realidad global, trascendental y prioritaria en su vida.

3.3.3.1 Fusión y postergación

De entrada, el concepto de postergación personal emerge de distintas entrevistas; en algunos casos, se presenta como una elección bien aceptada y hasta valorada por las madres.

Pero en este periodo mama, pienso que me tengo que postergar y no me duele postergarme. Y que va a pasar, que pronto podré volver a pintar. (Carola)

Dos mujeres de clase alta decidieron suspender su carrera por cuidar mejor a sus hijos, y eso, pese a que se benefician de una ayuda doméstica permanente.

Yo opté por dejar de trabajar para quedarme en la casa con los niños, yo siento que es un trabajo igual que si estuviera trabajando en una oficina. Yo no me siento menos... o siento que él me esté dando algo de plata, no, porque la opción de familia fue que el trabajara y yo me quedara ahí. (Ángela)

Sin embargo, Ángela expresa algo de preocupación cuando piensa en el momento en que se independizarán sus hijos: “Va a llegar un minuto, en que se van a ir, y yo no quiero que en ese minuto cuando ellos se vayan, yo no tenga nada. Quiero ya estar encaminada en algo”.

Blanca, por su parte, cuestiona *post facto* la postergación materna:

Yo no terminé mi carrera por estar con los hijos porque todos los días tenía que ir a la universidad y lo dejé, y es una decisión que tomé y no me arrepiento, pero sé que es un costo que yo pagué y yo pagué sola.

Por otro lado, ciertas mujeres se distinguen por la descripción que hacen del apego muy fuerte que sienten hacia sus hijos, un apego que se aparenta a la fusión.

Yo siento que todavía soy, ella [hija] y yo como que somos una misma cosa. (Ester)

Es que yo soy muy apegada a la Cristina [hija]. Entonces me ha costado como de repente aprender a dejarla en otro lado de la casa y yo salir con mi marido, estar solos, dejar la Fernanda una noche en la casa, ver televisión, o sea, cosas distintas, sin la hija. (Lilliana)

Obviamente, una similar postura tiene implicancias para la vida conyugal, pues la pareja se ve relegada a un plano secundario. De hecho, las dos mujeres citadas experimentan conflictos de pareja vinculados a la expulsión del padre de la diada madre-hija. Una tercera

mujer relata como su hijo ocupa ahora el lugar afectivo del padre, hasta en la cama conyugal:

A mí me gusta dormir con él [hijo]. Me gusta dormir, me gusta dormir abrazadita con él, sentirle su olorcito de guagua. (Verónica)

El estado de fusión con los hijos puede alcanzar un grado casi enfermizo, como en el caso de la siguiente entrevistada, que afortunadamente cambió sus representaciones a lo largo de su trayectoria materna.

Antes yo pensaba que mis hijos eran míos y tenían que ser míos, no quería compartirlos con nadie. (Gisela)

3.3.3.2 El camino del auto-cuestionamiento

Concluimos la sección de las representaciones de la maternidad con testimonios de mujeres que no dudan en cuestionar su manera de ejercer su rol de madre, desde sus valores hasta sus prácticas. Nos parece pertinente terminar con este tema, pues concretiza la fragmentación del modelo materno tradicional y dominante hasta hace pocos años, como lo vimos en el marco teórico.

Si bien muchas entrevistadas siguen relacionando la maternidad con la protección de los hijos y la postergación personal, ya explicamos que varias otras desean favorecer la autonomía de su progenitura y consideran los espacios de cada miembro de la familia. Pensamos que son los procesos de auto-evaluación y auto-corrección los que mejor dan cuenta de la evolución de las representaciones maternas, de manera congruente con el carácter auto-reflexivo de la modernidad. No obstante, son únicamente las mujeres de clase media y alta (cuatro de cada grupo) que discuten este tema.

La reflexión de Margarita nos introduce en el corazón del tema, pues refleja el dilema que anima a las madres “auto-reflexivas”: estimular el desarrollo de los niños sin caer en el laxismo, en un extremo, o en el totalitarismo, en el otro.

Yo creo que una cosa interesante como antecedente es lo que implica criar hijos en este contexto cultural actual, digamos. En que hay todo un desafío, para que los niños desarrollen sus capacidades, para que sean lo menos traumatizados posible, que sean lo más felices posible, pero además que tengan límite. Igual, son hartas exigencias para uno como papá.

Ciertas mujeres cuestionan el modelo de educación que heredaron de su propia familia, frente al cual quieren innovar.

Mi hijo mayor, yo siento que para él no es un tema el tema académico, no le gusta estudiar, no ha descubierto como esa cuestión como rica que puede tener el estudio (...) Pero, ¿qué tengo que estar tan pegada con esto? ¿Qué me tiene que importar tanto? Y también esa otra cosa de estar pegada a vivir etapas como tan normales, de repente también siento que a uno lo restringe de hacer alguna locura, no sé, o hacer las cosas de otra forma. (Ximena)

Con nuestra hija tratamos de establecer un modelo de educación como totalmente diferente al que nosotros recibimos. (Ester)

Sin embargo, estos deseos de innovación global no se concretizan en todas las familias. Si bien Ester parece operacionalizar a diario sus ideas, otras quedan en el terreno de las aspiraciones o de los experimentos puntuales, a veces por miedo a las reacciones del entorno.

Al principio cuando Camilo [hijo] iba a entrar en el colegio a mí me hubiera encantado haberlo metido al sistema "Waldorf" y no tuve la suficiente fuerza como para hacerlo, yo creo que por lo mismo que te explique antes en mi familia de origen. (Ximena)

Sin explicitar grandes patrones de alternativas educacionales, la mayoría de las mujeres de clase media y alta buscan "mejorarse como madre" en el día a día de su vida familiar.

Yo pienso que yo trato de ser la mejor madre, pero me falta. Porque a veces cometo errores, por ejemplo que... No les tengo que cometer, pero a veces, sin quererlo, los hijos se dan cuenta de los errores que uno comete. Pero trato de sobrellevar eso y trato de ser la madre ideal para él, po. (Estela)

Yo como mamá, como mamá siempre me estoy revisando, porque hay veces que digo cosas con mucha rabia y fuera de control porque estoy cansada, porque ya no quiero saber más de los niños. Pero siempre trato de estarme evaluando, y cuando he sentido que he cometido una injusticia o he retado porque yo estaba enojada, pido disculpas, por ejemplo. (Ángela)

Algunas entrevistadas confiesan que recurren a otras personas para acompañarles en su auto-cuestionamiento como madres, cercanos o terapeuta.

Y de repente me quedo pegada y le doy cinco vueltas y sigo. A veces siento como que me estoy cuestionando mucho... porque por lo mismo, con el asunto de la terapia ya tengo más para dónde va. (Elena)

(...) y tratar de hacer lo mejor y orientarse. Pedir consejos y conversar con otra gente. Porque hay gente que cree que esta haciendo súper bien, pero no está haciendo bien. Yo creo que hay que compartir para ver si no está funcionando bien. Y siempre estar perfeccionando, de la educación de los hijos, como los esta tratando, y cosas así. (Carola)

Se vuelve un gusto estar con él y siento la obligación de estar con él, por lo cual muy pocas veces hago cosas solamente mías o personal. (Sofía)

3.4 Prácticas maternas

Si bien las sujetas del estudio expresaron en la sección anterior su concepción del rol materno y su reflexión sobre su manera de ejercerlo, sus testimonios están todavía en el plano del discurso. En esta cuarta sección, se pretende explorar las prácticas cotidianas de las madres, buscando evaluar si existe o no una congruencia entre lo que dicen y lo que hacen. Las interrogamos respecto de cómo cuidan a sus hijos, de si su cuidado varía entre la semana y el fin de semana, de si actúan de manera diferente con los varones y las mujeres, etc.

No obstante, cabe señalar que las entrevistadas son mucho menos explícitas a la hora de describir sus rutinas y actividades de madres, como lo son en materia de representaciones. Pareciera ser que el terreno de la organización familiar es dotado de una mecánica propia, independiente, funcionando a diario fuera del plano representativo conciente.

3.4.1 Madres omnipotentes

La totalidad de las madres de clase alta y cuatro de las ocho de clase media que conviven con su pareja mencionan que ellas pasan mucho más tiempo con sus hijos durante la semana que el padre de sus hijos. Subrayamos que en la clase baja, ninguna entrevistada nombra esta realidad.

Yo asumo más el tema como doméstico, porque obviamente él está estudiando y está trabajando, entonces no podría asumirlo, yo me encargo de las niñitas, de la nana, de los doctores. (Margarita)

Varias mujeres detallan sus actividades diarias con o para los hijos: el transporte entre la casa y el colegio o el lugar de cuidado, el aseo o la gestión de la ayuda doméstica que contratan, la atención física (bañarlos, vestirlos, etc.) y la presencia afectiva y lúdica.

[¿Cuál es tu función como madre durante la semana?] Casi todo, pero bueno, asistencial. En la hora que estoy aquí: asistencial, todo lo que es alimentación, evacuación, higiene, vestimenta. También afectiva, casi todo el día que estoy. (Carola)

Para la mirada analítica, la centralidad de la función organizacional de la madre sobresale en casi todas las entrevistas, función que es inmanente al modelo materno tradicional. Como lo exploraremos con mayor profundidad en la sección reservada al lugar del padre en el proyecto familiar, el espacio paterno es esencialmente ocupado por actividades de recreación o apoyo doméstico puntual o secundario.

En la semana, estoy con la Cristina [hija] cuando llego temprano a la casa, el jugar con ella, un poco más de recreación con ella. Los fines de semana, tratamos como familia de estar juntos, hacer también recreación juntos. (Josefina)

Al revés, las mujeres siguen asumiendo, día tras día, la responsabilidad de asegurar el bienestar y el desarrollo de los hijos.

Creo que es en este minuto está como en una etapa así y yo soy la que ve todo el resto del funcionamiento de la casa. (Ximena)

Durante el fin de semana, se equilibran un poco las funciones parentales. Existen rutinas lúdicas compartidas con el padre y se relaja la función doméstica de la madre, sobretodo en las familias que se benefician de servicio doméstico. En las que no tienen, el fin de semana es también oportunidad de “agilizar” las tareas domésticas para lograr la compatibilización laboral y familiar, como lo veremos en la siguiente sección.

Despertamos temprano pero no nos levantamos nunca, pueden ser las doce, una y seguimos todos con pijama, tomamos todos desayuno tarde, después nos bañamos, vamos a comprar algo para comer o pedimos comida, generalmente algo que no haya que trabajar, o sea, trabajar yo, ni preparar ni cocinar muy complicado; después duermo siesta, los niños juegan, eso. (Blanca)

O sea, este fin de semana yo estuve en la casa, me levanté, hice las cosas, lavé, fuimos a la feria con la Tania. Después almorzamos, estuvimos jugando cartas, jugamos las dos cartas, después llegó el David, salimos a comprar unas cosas que nos faltaban para la semana. (Gisela)

3.4.2 Comportamientos de protección

Más allá de la atención cotidiana a los hijos, varias entrevistadas tienen prácticas de protección específicas para sustraer su progenitura a riesgos presentes o eventuales. Todas las mujeres de clase baja y algunas de clase media identifican similares comportamientos.

La primera categoría de prácticas de protección tiene que ver con el sueño, pues varias parejas comparten su pieza, o su cama, con sus hijos. A pesar de que esta situación esté vinculada en varios casos al tamaño de las casas, lo que verbalizan las mujeres se relaciona mucho más con los afectos.

No, pero ahora él ya va a tener su cama para él. Si cuando vivíamos en la casa del lado, él tenía su cama aparte y dormía ahí. Y después nos vinimos acá y otra vez se puso regalón y yo no lo quise sacar de la cama. (Verónica)

Porque a mi hija le gusta dormir conmigo, así que cada vez que ella viene ella quiere dormir conmigo, y el otro quiere dormir conmigo, y que se turnan un día y al otro día. Entonces como que el Hugo [pareja] dice “ya, yo me voy a acostar a la otra cama, no me queda otra”, ellos se andan peleando por dormir conmigo. Que un día uno, que el otro día el otro. (Pilar)

La cohabitación, en la pieza o la cama, tiene consecuencias sobre el sueño de las mujeres o su relación de pareja, siendo los hijos potencialmente testigos de las relaciones sexuales entre sus padres.

La Kati [hija], ya no nos deja dormir bien, porque se acuesta y se levanta en la noche y llega a nuestra cama, entonces tampoco podemos dormir ni siquiera toda la noche solos juntos. Porque ella llega y se acuesta al medio, sí se resiente de todas maneras. (Ester)

[Hablando de su aprensión al tener relaciones sexuales con su pareja en la pieza donde duermen sus hijos] Por ejemplo, el camarote de la Manuela [hija], o sea, la cama está aquí y el camarote está allá, entonces... o sea, tiene que el Fabián [hijo] dormirse profundamente, la Manuela. Pero igual no es lo mismo, o sea yo siempre estoy pendiente de mis hijos, o sea como que les estoy faltando el respeto. (Romina)

Otro gesto de protección repetido cotidianamente por Romina tiene que ver con la abnegación de la madre, esta vez en el plano alimenticio.

[Hablando de su hija, que amamanta a los dos años y medio] Yo a veces por ejemplo estoy comiendo y quiere que yo le vaya [a dar pecho] y yo digo “¡Ya!, Pablo, le voy a ir a dar pecho”, entonces él me espera para comer. Prefiero que duerma la Manu y comer tranquila. (Romina)

Una segunda categoría de prácticas protectoras se teje frente al mundo exterior, al entorno que aparece como amenazante. Se temen la calle, los posibles abusos, la caída en el mundo de la droga. Por ejemplo, Gisela relata que sus hijos no salen de la casa cuando ella no está, lo que la hace sentir tranquila. Por su lado, Ester no deja ver televisión a su hija, deseosa que ella entre en contacto de manera directa que lo que la rodea y medrosa que la televisión distorsione este aprendizaje.

3.4.3 Sesgo de género

El sesgo de género designa la diferencia que hacen varias entrevistadas entre como educan (o educarían) a mujeres y como lo hacen (o lo harían) con hombres. Así, más del tercio de las mujeres, de todas las clases sociales cambian sus concepciones o comportamientos en función del sexo de los niños.

Sin sorpresa, con la crianza de niñas se vinculan medidas particulares de protección y expectativas de modales “femeninos”.

(...) siempre que ella [hija] me pide permiso, para salir para fuera así, yo casi nunca, nunca le digo que sí. Y Feli [hijo] no, Feli dice “mamá voy para fuera”, y sale corriendo. (...) porque ella ya está grandecita y todas esas cosas. Sí me da miedo que le pase algo. (Marta)

[Hablando de la diferencia de crianza entre hijos e hijas] (...) las niñas sean mucho más femeninas. Es que también el hombre tiene que entregar otras cosas... Que sea más femenina la niña, enseñarles modales. (Josefina)

En ciertos casos, este sesgo se manifiesta de manera muy clara en las actividades familiares. Por ejemplo, en la familia de Pilar, es ella que acompaña su hija en sus tareas escolares, mientras su esposo acompaña a su hijo. En el caso de Ángela, ella y su hija salen a vitrinear o hacen siesta durante el fin de semana, dejando al padre y a los dos hijos varones hacer aeromodelismo. En cuanto a Alicia, relata que su hermano asegura una

presencia masculina a su hijo, compartiendo con él “actividades masculinos”, como los juegos de roles

No obstante, varias mujeres explican que ellas no marcan diferencia de género en sus relaciones con los hijos, optando concientemente por un enfoque equitativo.

Pero yo, a mis hijos, no sé como los voy a criar, pero con principios iguales, o sea, que el Jesús y la Agustina harán los deberes que tienen que hacer por igual, en la casa. (Carola)

3.4.4 Tareas domésticas participativas

Tres mujeres de clase baja y dos de clase media-baja (una de ellas contrata servicios domésticos) evocan que sus hijos participan activamente en las tareas domésticas del hogar, lo que en el caso de Gisela es un pilar de la organización diaria de su familia.

[Su hijo de catorce años] le sirve almuerzo a la Tania, lava la loza, no lava sí porque yo estoy llegando a lavar ahora, porque era mucho para él, y él manda cuando no estamos nosotros. [Su hija] tiene deberes, tiene que ayudar a hacer las camas, ordenar todos los zapatos que quedan desparramados el día domingo, limpia el baño.

En cuanto a Pilar, sus hijos pueden reemplazarlas en tareas bastante pesadas cuando tiene un problema de salud.

A mí me ha tocado estar enferma y ellos le ha tocado hacer las cosas, si el Víctor barre, la Marian trapea, o el Víctor limpia los muebles y los trabajos son compartidos. Y siempre los dos me viven preguntando, “mamita está cansada ¿le ayudamos?”, si siempre son así, los dos

En general, la participación doméstica es vista como una responsabilidad de todos los miembros de la familia, niños como padres, y una oportunidad de aprender a desenvolverse de manera autónoma en la casa, sobretodo en el caso de los hombres.

El Alejandro también tiene que cumplir, lavando su plato, haciendo su cama, qué sé yo, dándoles comida a los perros, dándoles agua a los perritos, incluido barriendo. (Estela)

(...) si él alguna vez quiere estudiar y le toca irse a otra parte, sería... sería bueno, y a él le ayudaría mucho saber cocinar, poder lavar su ropa, y se ahorraría cosas de repente, se ahorraría plata en algunas cosas. (Verónica)

3.4.5 Estimular y osar

Seis mujeres, mayoritariamente de clase media, tratan, en los momentos que comparten con sus hijos, de fomentar actividades capaces de estimular sus hijos, en el sentido de abrir sus horizontes y de entregarles cultura.

Salimos con el Diego, en el fondo para que él vea otras cosas, ir al teatro, hacer ese tipo de cosas, salir al parque. (Luisa)

Sí, no, yo trato de estudiar con ellos, estar siempre, de estar así cerca de ellos. De que no pucha, que si está en la pieza esté mirando tele, que le de lo mismo, no. Yo voy, le apago la tele y le digo “Nancy, ven para acá” o “Felipe, ven para acá”, les trato de entregar lo que yo más sé. (Marta)

Ximena, por su parte, intenta romper los patrones tradicionales en el plano lúdico, con prácticas que le exigen un esfuerzo conciente. A fin de cuestionar la repartición sexista de las actividades de juego, les regala a sus hijos muñecas, a riesgo de provocar la burla de sus amigos.

Claro, pero también pareciera también como una prueba, como una prueba de algo, no es una cosa natural o normal, no. Fue pensado, entonces implicaba como un esfuerzo. (...) además que por ellos, porque claro, yo podría regalarles muchas otras cosas que a lo mejor en algún minuto les va a interesar, y vienen los amigos y los ven llenos de muñecas, yo los meto en un problema a ellos. (Ximena)

3.5 Conciliación entre trabajo y familia

Vimos en las dos secciones anteriores que el rol de madre es el pilar de las familias bajo estudio. El eje materno organiza, se preocupa, cuida, juega, exige, escucha, reta, perdona, lo que corresponde bien al modelo tradicional de la maternidad. Sin embargo, diecisiete de las veinte entrevistadas trabajan a tiempo completo fuera de su hogar y no tienen la disponibilidad de las dueñas de casa. Necesariamente, tienen que aportar ajustes en una y/u otra esfera (laboral, familiar, conyugal, personal) para cumplir con sus distintos compromisos.

En la siguiente sección, abarcaremos las estrategias de conciliación desplegadas por los sujetos del estudio, los motivos por los cuales trabajan, así como problemas que surgen en un día a día muchas veces agobiante.

3.5.1 Organizarse, un arte

Este primer punto se interesa en cómo las mujeres administran la contabilización de sus tiempos. Veremos que pocas buscan alternativas profesionales como el trabajo a tiempo parcial; más bien, agregan al núcleo familiar personas que comparten la carga doméstica (familiares o personal contratado) y mantienen con el tiempo una carrera bastante competitiva.

Carola resume muy bien la situación cuando dice: “Yo soy súper pendiente de la cantidad de cosas que hago, siempre estar pensando en lo que estoy haciendo”, revelando que la contabilización femenina conlleva una preocupación constante.

3.5.1.1 Redes de apoyo

Las redes de apoyo son fundamentales y hasta imprescindibles para la gran mayoría de las entrevistadas que acumulan trabajo remunerado y vida familiar. Sin embargo, la naturaleza de esta ayuda cambia notoriamente en función de la clase social, pues las familias de clase baja y media-baja no pueden pagar servicios domésticos como lo podemos constatar en la tabla 6.

TABLA 6 Servicio doméstico contratado

Entrevistada	Servicio doméstico	Entrevistada	Servicio doméstico
Marta (b)*	No	Sofía (m)	1 vez/sem.
Amanda (b)	No	Blanca (m)	PAF
Romina (b)	No	Alicia (m)	No
Verónica (b)	No	Angélica (m)	1 vez/sem.
Pilar (b)	No	Margarita (a)	PAF
Gisela (b)	No	Rosa (a)	PAF
Luisa (m)	No	Josefina (a)	PAF
Estela (m)	No	Ximena (a)	PAD**
Carola (m)	PAF**	Ángela (a)	PAD
Ester (m)	1 vez/sem.	Elena (a)	PAF

* La letra entre paréntesis corresponde a la clase social: (b) por baja, (m) por media y (a) por alta.

** PAD: puertas adentro / PAF: puertas afuera

Así, las familias con menores ingresos cuentan con el apoyo de familiares o del mismo cónyuge, que en algunos casos comparte en buena medida las tareas del hogar.

Yo creo que, al menos nosotros en realidad nunca hemos conversado eso, pero siempre cuando él está en la casa me ayuda a hacer las cosas, a cuidar a los niños, a hacer el aseo, y como organizar un poco esa parte. Ayudar, creo que los dos tienen que ayudar porque si no, no resulta. (Marta)

En cambio nosotros, el trabajo es compartido, mis vecinas, ven, mis vecinos son súper machistas y ahora que ven a mi marido que lava, hace aseo, todo (...) (Pilar)

En caso, él de Verónica, una amiga que convive con ella y su familia la ayuda a cumplir con las tareas domésticas, mientras su suegra cuida su hijo cuando trabajan los dos padres.

En cuanto a las familias que tienen ingresos mayores, aprovechan un servicio doméstico diario o semanal; en varias unidades familiares, se suma la presencia regular de la madre o de la suegra de las entrevistadas.

Lo logro compatibilizar, pero claramente, por la estructura de casa que tengo, tengo nana puertas adentro. (Elena)

(...) tampoco está solo, está con mi mamá. O sea, a la una hay alguien esperándolo que es una persona igual que yo. (...) Algunas nanas no tienen esa cosa sanguínea, “es mi nieto, cómo lo voy a hacer mal si es mi nieto”, te fijas. (Angélica)

De hecho, el tema de la confianza hacia las “nanas” presenta un problema para algunas madres.

Yo trato que la nana este el menos tiempo posible con ella. (Josefina)

Al revés, Rosa explica que la confianza hacia su “nana” es un elemento clave de su organización familiar, no se deja invadir por sentimientos de culpabilidad y focaliza el bienestar de su hijo.

Y lo otro, bueno también confiar en otras personas para delegar, o sea confiar en la nana que ha resultado súper bien, que mi mamá también va a estar dos días, entonces buscar algunos mecanismos donde yo sienta que Ismael está bien.

En general, pues, las entrevistadas necesitan asistencia exterior para resolver el rompecabeza de la conciliación laboral-familiar, cabiendo insistir en qué las familias con mayores ingresos poseen más herramientas para solucionar satisfactoriamente la parte organizacional del cotidiano.

3.5.1.2 Compresión del tiempo

La segunda familia de estrategias de conciliación consiste en comprimir el tiempo pasado fuera de la casa, en el trabajo u otras actividades, a fin de dedicar la mayor cantidad posible de tiempo a los hijos.

(...) almorzar en el escritorio entonces me voy dos horas antes, entonces ya como tipo cuatro ya estoy allá. (Rosa)

Ir [de compras] a la hora de almuerzo, en vez de almorzar. En el tiempo que estaba re flaca no podía dejar de almorzar, ahora sí. (Elena)

Una variante es tratar de estrujar el tiempo consagrado a las tareas domésticas, una estrategia adoptada por la mayoría de las mujeres de clase baja. Estas mujeres concentran el tiempo doméstico, de manera de funcionar eficazmente en la semana o de tener más tiempo que compartir con los hijos durante el fin de semana.

Y yo me preocupo el fin de semana de las cosas, del aseo y todo eso, dejo todo limpio para la semana, para que mi suegra, por ejemplo, ella se preocupe de la comida nomás y de lavar los platos, pero el fin de semana queda todo limpio, o sea yo me preocupo del aseo. (Romina)

Tengo que ir a dejar la ropa a lavar y hay que hacer el aseo. (...) eso siempre uno lo hace el primer día libre y después el segundo día libre uno descansa. Estoy todo el día aquí, dejo hasta la comida hecha para el otro día. (Verónica)

Yo trato de agilizar todo el día viernes como yo salgo a las cuatro, y si estoy a las cinco de la tarde en la casa trato de lavar, el día sábado de planchar, cosa del domingo dedicarlo a la familia y no tener tantas cosas que hacer para tener más tiempo con ellos. También a la vez para aprovechar de descansar y venir relajada el día lunes. (Pilar)

Otra alternativa es trabajar de turno, pudiendo las madres estar más con sus hijos de día, pues trabajan de noche. No obstante, el costo es muy alto en términos de salud física y mental.

Sí, a mí como mamá, me benefician mucho más los turnos. Como persona no, porque a mí trabajar de noche me hace pésimo. Al otro día tengo ojeras, muy cansada, muy agotada, porque yo no duermo el día que voy a trabajar, y salir de noche, normalmente tampoco duermo, recién yo llego a dormir a las cuarenta y ocho horas después. (Ester)

[Hablando de su dificultad a dormir de día cuando tuvo turno de noche] A veces no se puede, porque a mí el José [hijo me deja dormir, aunque la Rita [amiga que convive con ellos] lo vea de repente, a mí el José se me va a la pieza y no, me despierta y empieza “tú no tenís que dormir, tenís que jugar”, entonces igual me da lata dormir y que esté él ahí, me las aguanto no más, total va a tener que crecer y después va a tener que saber que tengo que dormir, es una etapa no más, eso. (Verónica)

Definitivamente, el tema del tiempo presenta un problema para la mayoría de las madres que trabajan fuera del hogar. El espacio que más sufre esta situación es el espacio personal de las mujeres. Confiesan no tener tiempo alguno que consagrar a actividades individuales y añoran su época sin hijos, donde podían desarrollar intereses propios.

Sentirme como con hartas cosas que hacer ha hecho que yo deje de hacer algunas cosas que yo hacía, o sea, tenía como hartas más actividades, cosas que me gustan y que, de repente, conversamos con Raúl [pareja] que me gustaría hacer, ponte tú, bailar flamenco. (Luisa)

3.5.2 Entonces, ¿por qué trabajar?

Hoy en día en Chile, la mayoría de las mujeres no trabajan de manera remunerada fuera del hogar. Frente a todos los desafíos que presenta la conciliación laboral-familiar, a los sacrificios que requiere, ¿por qué las mujeres persisten en querer trabajar? ¿Lo ven con una obligación o una opción?

El motivo más evocado es económico y se divide en dos categorías. Por una parte, el trabajo conlleva para varias mujeres la llave de su independencia respecto de su marido u otra persona.

Entonces a mí no me gusta depender de nadie. Ya dependí hartos años de mi marido, y quedé (...) por no tener nada mío. Entonces ahora no, prefiero trabajar yo y aunque esté fuera de la casa y los hijos y me digan “te damos todo y tú estás en la casa con los niños”, pero no quiero depender de eso. (Gisela)

Me da comodidad, tranquilidad, me da independencia porque eso significa que yo puedo hacer lo que se me antoje con mi sueldo. (Blanca)

Por otra parte, el empleo femenino representa, en la mayoría de las familias, un aporte económico esencial a su modo de vida.

Cuando se me iba a acabar el postnatal de la Kati [hija], pensé mucho en no seguir trabajando, en ese minuto lo único que me frenó fue la cosa económica. De que no iba a poder, no iba a poder hacer lo que queríamos si yo no trabajaba. (Ester)

[Hablando de la importancia de su trabajo] La cosa económica yo creo. En el fondo yo salí de las calillas con mi trabajo y eso fue lo más importante. (Romina)

El aporte del empleo a la identidad de las mujeres constituye otra poderosa motivación para trabajar, no menos importante que el motivo económico. Varias hablan de su trabajo como

una esfera personal donde pueden realizarse e distraerse, afirmando que se aburrirían de dueña de casa.

Sé hacer cosas que me pueden llenar como mujer y en la parte económica. (Estela)

[Hablando de lo que le permite trabajar] Yo pienso que afirmarme, además uno comparte con más personas. Uno llega acá [en el trabajo], por último se ríe con la talla, se desahoga, comparte. En cambio en la casa, ¿con quién me voy a reír? ¿con quién voy a compartir? ¿con las vecinas? y ¿qué van a conversar? De los puros maridos. (Pilar)

Un par de entrevistadas nombran la importancia de no dejar de trabajar por no aburrirse a futuro una vez que se independicen sus hijos, mientras una dice que trabajar le permite compartir con su marido las tareas domésticas.

Por otro lado, las madres que no trabajan por el momento, y unas que lo hacen pero preferirían no hacerlo, plantean que la principal razón es el bienestar de los hijos.

Les va a ir bien a los niños que la mamá no trabaje. (Angélica)

[Hablando de su decisión de dejar de trabajar] Yo sola. Y como yo venía de una familia en que había papá y mamá, para mí era súper importante cuando chica abrir la puerta y gritar: ¡mamá! Mira la tontera. Y saber que ella estaba... (...) fue tan marcador en mi vida, que quise que mis hijos vivieran lo mismo. (Ángela)

Me gustaría mucho trabajar, pero yo prefiero estar en la casa con los hijos. (...) Feliz de dueña de casa. A mí me encanta hacer las cosas de la casa, darles su pancito, prepararles la once, el almuerzo. (Amanda)

En los tres casos de madres que no trabajan, mencionamos que dos son de clase alta, y otra de clase baja.

3.5.3 Zonas de problema

El delicado mosaico de la conciliación entre vida familiar y laboral presenta, para varias, zonas problemáticas o conflictivas. Aquí resumimos tres grandes universos que complican a las mujeres, universos que tocan cada uno un elemento particular de la familia: los niños, el cónyuge o marido, y las mujeres en su individualidad.

3.5.3.1 Sacrificio infantil

Algunas madres se cuestionan respecto del impacto de su modo de vida sobre sus hijos. De hecho, ellas que fueron criadas por una madre dueña de casa omnipresente se temen que los niños sufren de la compartimentación de sus tiempos y de su ausencia parcial del hogar.

Ahora, el tema de los tiempos es algo que a mí igual me preocupa. Como que siempre estoy diciendo “chuta, me estoy perdiendo una etapa trabajando harto”, digamos, y es cierto, no puedo desconocerlo, digamos, y estoy “me echarán mucho de menos” y “a qué hora vas a llegar”. (Margarita)

En el caso de Pilar, relata que sus hijos son transportados de un lugar al otro desde las 6:30 de la mañana, lo que le provoca sentimiento de culpa e inquietud.

Los está esperando la mamá, y después juegan, hacen una vida normal de niños normales, en cambio yo digo mis niños no, no hacen la vida de un niño normal porque se saltan toda esa etapa, si mi hijo en el tiempo de colegio no usa prácticamente ropa de calle, los puros fines de semana. Todos los días de semana llegan a la casa, se duchan, pijama, toda la semana.

Sin embargo, la famosa conciliación no parece tener mayores efectos negativos en el plano del desarrollo de los hijos, por lo menos desde el punto de vista de los sujetos; en efecto, son pocas las mujeres que mencionan este tema. Hablan más en términos de desafíos que tienen que enfrentar, por ejemplo respecto de las tareas escolares de los niños.

[Hablando de sus problemas de conciliación] Es lo del colegio, que llegamos a última hora, que el David siempre a última hora cuando tiene que hacer tareas, y carpetas y todas esas cosas. (...) Pero eso es lo que más me cuesta llevar, el colegio. (Gisela)

3.5.3.2 Cansancio y frustración

Como ya lo destacamos, son varias las mujeres, que explican no tener tiempo para ellas, para hacer cosas que les estimulan en un plano de desarrollo personal, siendo la auto-realización una preocupación primordial en los tiempos modernos.

No estoy donde me gustaría estar. Creo que me hace falta de ver, no sé de hacer como muchas cosas, que me hace falta como mucho tiempo libre y no me gusta eso. (Sofía)

Algunas desean realizar actividades artísticas (baile, pintura) y deportivas, otras ofrecerse momentos de relajación. Si bien se postergan sin mayor problema, siendo su prioridad los hijos y lo que los rodea, y aprovechan el trabajo como instancia de “despejo” o espacio personal, trasluce de las entrevistas una cierta frustración por la compresión de sus tiempos.

Pero me ha costado a veces organizarme porque los niños, la Agustina si quiere mamar más tiempo, quiero dormir, se me va el tiempo y no alcanzo y eso me pone mal genio a veces. Sobre todo cuando no puedo hacer el almuerzo, porque como ahora, me viene la fatiga. (Carola)

En dos casos de mujeres que trabajan con turno, se expresa un cansancio particular, que aceptan por darles la posibilidad de estar con sus hijos de día.

Yo siempre ando cansada. Yo me acuesto y me quedo dormida al tiro. (Verónica)

3.5.3.3 Conflictos de pareja

A fin de concluir la dimensión de la conciliación entre vida laboral y vida familiar, así que marcar la transición hacia el tema del lugar del padre en la familia, mencionamos que dos entrevistadas explicitan conflictos de pareja relativos a la conjugación de lo profesional y de lo doméstico.

Ya lo hemos conversado y hemos tenido ciertos conflictos asociados a eso también por supuesto, porque llega un minuto en que yo siento que estoy colapsada y no logro manejar todo, entonces yo le digo cosas. (Rosa)

Hay épocas en que yo no decía nada y él no hacía nada y se metía a Internet como que, llegar acá, no hacer nada, me molestaba. Pero ahora, eso cambia de a poco. (Carola)

En los dos casos, hablamos de problemas vinculados a la distribución de las responsabilidades domésticas dentro de la pareja, un tema que parece estar todavía muy de actualidad a pesar de discursos que valoran cada vez más la equidad de género en este plano.

Es que un papá nunca se va a preocupar tanto como una mamá. O sea, igual hay papás preocupados, pero siempre la mamá es como la que se lleva más el peso que el papá. (Verónica)

3.6 Lugar del padre en el proyecto familiar

Esta categoría examina la manera con que las mujeres entrevistadas conciben el rol paterno de manera general, y cómo, consecuentemente, evalúan el lugar y el desempeño del padre de sus hijos, convivan o no con él.

3.6.1 Un modelo híbrido

A la lectura y análisis de las entrevistas, emerge respecto del rol paterno la idea de un modelo híbrido. En la dimensión consagrada a la familia de origen de las entrevistadas, vimos que el modelo paterno era bastante homogéneo, dominado por rasgos autoritarios. De manera general, el padre era el proveedor económico del hogar y no tenía con sus hijos relaciones de cercanía afectiva.

En las familias de la gran mayoría de las sujetas del estudio, este lugar autoritario cambió considerablemente de una generación a otra. El “nuevo” padre tiene una participación efectiva dentro del hogar y establece con los hijos un nexo afectivo significativo.

[Hablando de su pareja] Él está atento a lo que a ellos les pasa, compartir cosas con ellos, salir, jugar, hacer aseo, preocuparse de que si les duele algo también, porque a veces creo que los hombres son mucho más desligados del tema de la salud, por ejemplo, entonces como que le tiran el cuento a las mujeres, o sea, ella sabe, digamos. (Luisa)

Este testimonio de Luisa da agudamente cuenta del rol paterno actual: si bien los padres participan en la dinámica familiar substancialmente más que sus propios padres, no lo hacen de manera transversal, sino más bien en áreas determinadas. Según las mismas palabras de las entrevistadas, el padre “ayuda”, “se preocupa”, “suple”, pero su rol parental se despliega sobretudo en el plano recreativo, o en tareas domésticas puntuales y secundarias. Mencionamos que esta realidad no respeta fronteras económicas y se experimenta en todas las clases sociales.

[Hablando de su pareja] No, con el José [hijo] sí, con el José me ayuda hartito. Pero lo que es hacer comida, aseo, no aporta mucho en los quehaceres, en realidad no, poco. (Verónica)

Alexis [pareja] hace de todo, pero claro cuando tiene a alguien que lo pueda hacer no lo hace, él levanta los pies. (Ximena)

En algunas cosas me acompaña Pepe [pareja]. El se encarga de entretenerlos cuando tengo que hacer algo. (...) Siempre está con los niños y en la cocina, que le gusta. Pero no barre, no hace las camas porque yo sé que no le gusta y a mí me gusta hacerlo, así que no me amargo. Me amargo si cuando deja las cosas tiradas como que yo soy su empleada. (Carola)

Una palabra clave para dar cuenta de la situación es “elección”. Así, los padres pueden elegir lo que quieren hacer, como se quieren involucrar, pues su sola participación es considerada como un paso adelante respecto de las generaciones paternas anteriores.

La situación de Ángela es muy reveladora al respecto. Relata que su marido, bastante ocupado por sus actividades profesionales y religiosas, tiene poco tiempo que compartir con sus hijos. Cuando está con ellos, desea pasarlo bien, fuera del marco normativo asumido por la madre.

Paulo [pareja] es el que llega y lo pasa bien. Le encanta malcriar a los cabros, y me dice: por favor déjame porque es tan poco lo que yo estoy con ellos, que me cargaría llegar acá a retarlos, (...) déjame a mi esta parte rica porque la verdad es que si no, no los veo, no los disfruto. Cuando hay que ponerse firme, igual se pone firme, pero generalmente estoy yo ahí mediando.

El padre “recreativo” es muy presente en la clase alta, donde hace “panoramas” con los hijos durante el fin de semana. En las clases baja y media-baja, quizás por la ausencia de servicio doméstico y las menores posibilidades de actividades de entretención, ciertos padres son más presentes en materia doméstica. No obstante, es la madre que sigue con la meta-responsabilidad familiar: ella sabe, ella es la mejor ubicada para saber lo que necesitan los niños y como satisfacer sus menesteres.

Cuando la Kati [hija] estuvo hospitalizada, por ejemplo, yo pedí vacaciones, porque para él era impensable pedir las, entendis, o sea, “¿cómo voy a pedir vacaciones en mi trabajo, siendo que tú la puedes cuidar mejor que yo?” (Ester)

3.6.2 Relaciones de poder: entre machismo y sobre-involucramiento femenino

Si resumimos lo que observamos en la parte anterior, el rol paterno cambió, pero no necesariamente a favor de una mayor equidad en el reparto de las tareas domésticas y de cuidado infantil.

Siento que claro, hemos ido un paso más allá que mis padres en esto de repartición de las labores de la casa, si bien, siento que todavía nos quedan unos resabios donde uno como mujer donde más te cargas es para las cosas de la casa. (Rosa)

El padre es más presente, pero en zonas anexas a la responsabilidad global de la madre; en otros términos, es la relación con los hijos que se transformó, se profundizó, más que las relaciones de poder entre los padres.

¿Cómo analizar esta transición, que mantiene gran parte de la prerrogativa femenina en el campo doméstico? Si bien las explicaciones son múltiples, aparece claramente que se mantiene en varias familias la estructura de poder tradicional, la mujer reinando en el hogar a pesar de trabajar afuera a tiempo completo, y el hombre teniendo actividades exteriores más difusas, profesionales, académicas y/o recreativas.

Yo digo: yo mando aquí en la casa, porque si no me hago mandar aquí, él [pareja] hace lo que quiere po. A él le gusta meterse en la cocina, pero yo prefiero que no este en la cocina. (Amanda)

Francisco [pareja], yo creo que para él el trabajo es mucho más central... y me imagino que también la dinámica es bastante masculina, en la vida digamos, que para mí. (Rosa)

Varias mujeres nombran actitudes o comportamientos machistas de su marido. En la clase baja, Romina menciona que a su marido no le gusta que ella salga sola, mientras Verónica cuenta que a su cónyuge, le gusta que ella le sirva. Por su parte, Gisela confiesa que su ex marido la maltrataba, pegándole cuando tenía comportamientos que él no aprobaba.

En la clase media, Carola subraya la vigente herencia machista de su esposo, mientras a Blanca le encanta que su pareja piense que tiene que ser el principal proveedor económico. En la clase alta, Josefina afirma que el “fuerte” del padre reside en la parte económica; en cuanto a Ximena, resume el papel de su esposo a “trabaja, trabaja, trabaja y me da plata”.

Por otro lado, cabe recalcar que varias madres verbalizan su deseo de marcar el ritmo y los métodos familiares. Carola ejemplifica esta realidad diciendo que no soporta la lentitud de su esposo cuando efectúa tareas domésticas y que prefiere hacerlo ella misma. Ester explica como trató de cambiar el comportamiento de su marido para que satisficiera sus expectativas.

Yo siento que he tenido que ir como moldeándolo, en un montón de cosas y que él ya las hace, digamos. (Ester)

Tal tendencia es muy clara en las representaciones y prácticas de las madres separadas del padre de sus hijos, pues éstas pretenden imponer a su ex pareja su propia pauta de crianza.

Sí, mira, los niños en realidad, las reglas las hago yo. Sin imponer, pero las reglas, el permiso para las fiestas lo doy yo. La hora de llegada la doy yo. Y el papá tiene que aceptar. (Angélica)

Él [ex pareja] de alguna forma respeta lo que ella [hija] tiene acá porque como que aquí está la pauta. No sé mucho lo que pasa cuando está con él, pero tampoco llega desbordando las normas, no, hay cierta coherencia. (Elena)

En el caso de Alicia, la pugna educativa alcanza altos grados de agresividad, pues mantiene con el padre de su hijo una querrela respecto de varios aspectos de su pauta de crianza.

Él en realidad lo veía cuando tenía tiempo, pasaba, pero la situación es bien complicada porque él hizo varias cosas que no me parecieron justas, o sea, ponte tú, en uno de los días que le tocaba visita, se lo llevó y se lo bautizó. (Alicia)

Llega a afirmar, por último, que lamenta que su “ex” haya reconocido su hijo, pues en el caso contrario, tendría la libertad de concretizar integralmente sus valores educativos.

Ahora si me preguntan en este momento, hubiera preferido que él no lo hubiese reconocido. (...) Eso hubiera sido maravilloso, pero no lo pensé en ese momento. (Alicia)

3.6.2.1 Alternativas equitativas

Si bien la geometría de la distribución de las responsabilidades domésticas, educativas y laborales varía bastante en función de las familias, aparece que permanece una clara división en función de criterios de género. Sin embargo, cuatro familias, dos de clase baja y dos de clase media, presentan una estructura bastante equitativa, cuestionando y transformando concretamente el modelo tradicional. En estas familias, el hombre asume una parte substancial de las tareas domésticas y juega un rol muy activo en el plano del desarrollo cognitivo de los hijos.

Pero en mi caso, si la igualdad existe y me gusta. Por ejemplo, Marcos estuvo dos meses sin trabajar. Fui la que saqué mi casa adelante, en todos los quehaceres, o sea en la parte económica. Pero mi marido igual atinó, igual cumplió siendo un buen dueño de casa, ¿cachai? (Estela)

No, es como que los dos cumplimos los mismo roles. Cuando él está en la casa me ayuda a hacer aseo, ve a los niños, hace la comida, y cuando yo estoy hago lo mismo. Nos repartimos el aseo, todas las cosas. (Marta)

Cabe insistir en que tales modelos representan una minoría dentro de las veinte entrevistadas y que en las otras, se mantienen muy vigente el sesgo de género en las modalidades de organización familiar.

Con mis padres yo creo que aún son importantes en mi vida, son apoyo emocional, (...) siempre están ahí, para mí, por mí, si es que lo necesito, tanto emocionalmente como económicamente, materialmente, sobre todo en la crianza de mi hijo y siempre, o sea una plena y cien por ciento entrega. (Sofía)

3.7 Relaciones con la familia extensa y el vecindario

Esta sección se interesa en la presencia e influencia de dos elementos colaterales a los proyectos familiares explorados hasta el momento. Veremos como las mujeres entrevistadas perciben las relaciones con las familias extensas (padres, suegros, hermanos, cuñados y sobrinos) y sus vecinos, siendo las primeras generalmente apreciadas y los segundos casi ausentes de las verbalizaciones de las mujeres. Además, se constató que más allá de los lazos familiares en sí, un número importante de sujetos destacan y valoran su diferencia como familia frente a su entorno social.

3.7.1 Distintos grados de cercanía

De manera general, las mujeres de clase media y alta mencionan mucho más a la familia extensa que las de clase baja. La mayoría mantiene buenas relaciones con ella, que en varios casos es un elemento clave de la organización interna del hogar. Sin embargo, surgen a veces alejamientos momentáneos o rupturas más complejas.

3.7.1.1 Los “achoclonados”

Para once de las catorce mujeres de los grupos sociales medio y alto, la familia extensa ocupa un lugar importante y positivo en su modo de vida. En la mayoría de los casos, se comparte una cantidad apreciable de tiempo, por convivir en la misma casa o el mismo barrio, y/o por reunirse a la ocasión del fin de semana o eventos festivos.

Tradicional porque seguimos todas las rutinas de celebrar pascua, navidades, estar mucho en familia, yo invito mucho a mis suegros, me gusta la vida achoclonada con los núcleos, con la familia, que se conozcan con sus primos. Me gusta celebrar los cumpleaños. (Ángela)

Yo vivo al frente con mi mamá. O sea, no me hablo con ella todos los días, pero sí yo sé que ella está ahí y que de repente nos vemos el fin de semana. Yo creo que hay una cosa recíproca. (Margarita)

La familia extensa ofrece también un apoyo substancial, en términos temporal y asesorial, en el desafío diario de la conciliación entre vida familiar y vida laboral. Algunas abuelas aseguran el cuidado cotidiano de sus nietos, mientras otras suplen puntualmente a los sujetos en la casa. Según las entrevistadas concernidas, esto presenta las ventajas que su madre o su suegra sigue la misma pauta de crianza que ellas y que la confianza es plena.

Mi mamá no lo deja ver Power Rangers, no lo deja ver Pokemon, le tiene censurado un montón de cosas, puede ver los Picapiedras, el Pato Lucas, el Bam Bam y todas las leseras que veía yo. O sea como que sigue la misma línea, pero las mamás que tienen nana, es difícil. (Angélica)

[Hablando que su madre cuida a su hija] Eso para mí es una gran ayuda, y que me permite a mí trabajar tranquila. (...) Mira, mi mamá, el otro día me dijo algo sobre eso, ahora con la maternidad yo siento que tengo, siento trato de imitar un poco esa sabiduría de madre. (Ester)

No obstante, la cercanía de la familia extensa representa a veces un problema para las entrevistadas, entre otros cuando tiene expectativas apremiantes en el plano del espacio compartido.

[Hablando de un conflicto latente con su madre] No sé, yo siento, no me lo ha dicho, pero... Porque siempre mi familia ha sido de juntarse los fines de semana, entonces como que yo ahora haya cambiado esos esquemas, como que los ha chocado mucho eso, porque yo de repente no paso un fin de semana con ellos. (...) me he podido enfrentar a ellos, porque antes, el respeto hacia ellos, no los podía criticar. Ahora yo le digo: “no mamá, es así” y es así. (Josefina)

3.7.1.2 Conflictos valóricos

El último testimonio introduce esta sub-categoría, que contempla relaciones más difíciles o conflictivas con la familia extensa, lo que es el caso de cuatro mujeres, ninguna de clase alta. La mayoría de los problemas nacen de la intromisión de las suegras de las entrevistadas en asuntos familiares.

Es que yo con la mamá mal no me llevo. Pero a veces es como muy directa para decir las cosas, entonces a mí me molesta un poco. Y con la abuelita... la abuelita es pesada. (...) No, lo que pasa es que yo antes iba bien seguido para allá. Y teníamos buenas relaciones, pero yo después empezó a crecer el José y como que la mamá tomó más confianza, empezó como a interferir mucho en algunas cosas. (Verónica)

La verdad es que más bien distante, básicamente por nuestro carácter, ella es de una personalidad bastante autoritaria, yo varias veces he analizado esa situación y yo siento que ella para mí representa lo que representaba mi papá. (...) yo siento que con su autoritarismo, me quiere imponer cosas, y no me tienen porque imponer, yo decido lo que hago y como sea y que sé yo. (Ester)

En tres casos, las mujeres deploran el nexo privilegiado establecido entre su pareja y la madre de éste, siendo un motivo de conflicto conyugal.

Por ejemplo, mi misma suegra. El Pablo, cuando ella estuvo enferma yo siempre estuve ahí con ella, siempre atenta a lo que le estaba pasando, pero ella nunca me decía... siempre se le veía por el lado al Pablo nomás, por todas las cosas que daba el Pablo, por todo lo que él estaba haciendo, ¿me entiende? (Romina)

3.7.1.3 Dramas y querellas

En pocos casos, se viven relaciones dramáticas con la familia extensa, siendo estas las dos situaciones de abandono materno y conflictos fraternales que resumimos en la sección de la familia de origen. En el caso de Gisela, se sumó al abandono de su madre la traición de sus

hermanos, que le quisieron quitar la tuición de sus hijos cuando dejó su marido y tuvo que internar sus hijos. En cuanto a Romina, también abandonada por su madre, relata que a pesar de su propio apoyo anterior a su familia, nadie la ayudó cuando ella estuvo al borde del quiebre por problemas de endeudamiento

3.7.2 La tentación de sentirse diferente

Un elemento que emerge con bastante fuerza de doce de las veinte entrevistadas es que muchas mujeres tienen la impresión que su familia es diferente de las demás, lo que les trae agrado y hasta orgullo. ¿Ser o sentirse diferente será un afán heredado de la modernidad, en una época de fragmentación de los modelos representativos y de las pautas de comportamientos?

Me agrada, porque pienso que estamos haciendo nuestro propio proyecto de vida, sin decir: oye, mira ese que hizo esto, no estamos siguiendo el proyecto de vida de los vecinos, si no que estamos haciendo el proyecto de vida de nosotros y que Dios también va modelando. Por eso me siento orgullosa. Lo que nosotros vamos queriendo, y no lo que debe ser o lo que el otro espere que sea. Y eso me hace sentir bien. (Carola)

Son dos los grandes motivos que hacen del núcleo familiar de las mujeres una entidad diferente de las demás. En un primer tiempo, siete entrevistadas, de todas las clases sociales, evocan la constitución misma de su familia: ser madre soltera y no haber bautizado su hijo para Alicia, convivir con una amiga para Verónica, ser la proveedora exclusiva del hogar para Luisa, tener una familia reconstituida para Rosa. En el caso de Elena, su particularidad le trae algunos cuestionamientos morales:

[Hablando de la relación con su nueva pareja] De repente ahí está la cosa no tan liberal, porque uno dice que está en una relación liberal, pero en el fondo no quiero que piensen que ando en una cuestión al lote, súper promiscua... Me gustaría que piensaran que soy una mamá súper preocupada de la hija, porque en los estereotipos como que no te calza una madre con pololo.

Al propósito, Alicia recalca que ser diferente no es siempre fácil y que persisten los prejuicios respecto de las madres solteras.

Estaba buscándole, eso, una cosa problemática, darle colegio a tu hijo cuando no estás casada, más encima si no eres católica, porque hay muchos colegios católicos muy buenos y tu hijo, en esa época no estaba bautizado...

En un segundo tiempo, la naturaleza del proyecto familiar aparece como razón de sentirse diferente para tres mujeres, dos de clase media y una de clase alta.

Vamos a la parroquia, participamos en la parroquia, y no tenemos auto, tenemos una casa grande y tenemos mucha vida social. No la hemos postergado por casarnos. Yo creo que por ese lado nos ven distintos. (Carola)

Ser típico para mí en esto es que teni que tener una camioneta de determinado modelo, vestirse de determinada forma, seguir ciertos patrones. Cosas que no seguimos nosotros. Yo te diría que en todo el sector del valle, los únicos que no entramos los autos porque no sentimos ningún apego somos nosotros. (Ángela)

En el caso de Ester, querer concretizar un proyecto alternativo de vida le trae comentarios negativos, sin que su voluntad vacile por eso.

Mira yo creo que me ven como un poco rayados, como que... como que tenemos un cuento medio experimental, como que lo que más dudan si van funcionar o no. Básicamente como una pareja que quiere hacer cosas diferentes, mejor ni peor, pero diferentes. Y que eso provoca recelo, desconfianza.

3.7.3 Un vecindario ausente o peligroso

En lo que concierne la presencia e influencia del vecindario, aparece que está casi ausente de las entrevistadas, a pesar de ser el tema de una pregunta específica. En general, las entrevistadas tienen muy pocos contactos con sus vecinos y/o nada que decir al respecto.

La única mención del vecindario se relaciona a la inseguridad que experimentan tres mujeres de clase baja en función del lugar donde viven. Peleas y tráfico de droga les hacen temer por sus hijos y adoptar comportamientos de protección.

Porque no andan en la calle hasta tarde. Como, nosotros a veces andamos, llegamos, hasta tarde, pero andamos los cuatro juntos. Y allá no, porque hay niños de la edad de David [hijo] que se amanecen, de la edad del Tomas [hijo] igual (...) entonces encuentro que somos diferentes. No son iguales a los otros niños, están en la casa. (Gisela)

No eso si que no lo acepto en ningún caso. Yo también me lo cuestioné, (...) de repente imagínate que pase una violación o algo, es súper fuerte, pero yo no podría tener un aborto, va contra mis principios en realidad. Igual es una vida la que estas formando. (Josefina)

3.8 Opinión respecto del aborto

Esta última dimensión, bastante menos contundente que las otras, pretende dar cuenta de la opinión de las mujeres respecto del aborto, siendo este una especie de “negativo” de la maternidad.

3.8.1 Un “no” generalizado

Al preguntar a las entrevistadas su opinión sobre el aborto, la corriente dominante aparece de inmediato: no se legitima el aborto. De hecho, 72% de las mujeres que contestaron la pregunta (dieciocho de veinte), éstas son derechamente en contra. De estas, seis no lo aceptan en ningún caso. Hasta en el caso de una violación o de una enfermedad grave del hijo, incriminan a las mujeres que optarían a favor de la interrupción de su embarazo.

Para mí es un asesinato. (...) hay otras soluciones, dar en adopción y asumir el embarazo. Si se embarazó por una violación, hay gente que esta ahí para ayudar esas personas, hay instituciones que se preocupan, entonces no se puede decir que la persona... pobrecita, está sola, no. Hay soluciones y quizás esas soluciones pueden cambiar el camino de la persona y la vida de la persona para bien y no para mal. (Carola)

Ese niño si tiene una enfermedad, trae un daño en su constitución que algo te tiene que decir a ti. O sea, viene con un objetivo. (Ester)

Es mi hijo, yo lo llevo adentro, no me importa que el sea el padre. O sea el hijo es un ser vivo y uno aprende a quererlo, aunque no tengamos cabeza y seamos como los animalitos. Los animalitos igual quieren a sus hijos. No estoy de acuerdo con el aborto. (Amanda)

Esta postura conlleva la afirmación de la responsabilidad materna hasta en casos extremos, como lo son la violación y enfermedades congénitas o crónicas. El aborto no se puede aceptar, pues contradice la naturaleza misma de la mujer, dar la vida, no quitarla. Como lo dice Gisela, “si una mete las patas, tiene que apechugar”. Aceptando su embarazo y llevándolo a término, la mujer respeta su esencia y las leyes naturales, transformándose su vida para mejor. Sino, es cómplice de un asesinato.

Por su parte, siete mujeres piensan que el aborto se justifica en el caso de una violación o de un peligro de muerte de la madre o del hijo por venir. Cada una tiene una suerte de código, de ética personal para juzgar las situaciones donde el aborto sería legítimo.

Yo creo que cuando es muy dramático, o sea cuando la guagua venga muy enferma, porque va a venir al mundo a sufrir nomás. Yo creo que ahí se tendría que hacer un aborto, pero no por hacérselo nomás. (Romina)

Con una malformación, no, mira, no con malformación, porque si viene con malformación, esta la Teletón, existen mil formas de tratar de salir adelante. Pero por ejemplo si yo

supiera que mi hijo viene vegetal, que el niño va a depender toda la vida de mí, que viene enfermo mental, si. Solamente en eso o cuando hay violación. Solamente en estos dos puntos yo estoy de acuerdo. (Estela)

Se observa entonces una cierta flexibilidad ética, variando el grado de aceptación del aborto según los detalles de la situación. No obstante, las entrevistadas están resolutamente en contra del aborto fuera de un contexto de drama familiar o de salud.

3.8.2 Voces disidentes

Dentro de la muestra del estudio, cinco mujeres, mayoritariamente de clase media, manifiestan estar de acuerdo con el derecho a abortar de las mujeres. Dicen que importa legislar sobre el tema para que se reconozca el derecho de las mujeres a disponer de su cuerpo.

Yo también creo que no debiera ser penalizado bajo ninguna circunstancia, que debiera haber lugares en los cuales las mujeres pudieran ir y hacerse un aborto en las mejores condiciones. (...) debiera haber sistema en que se pudiera optar a hacer un aborto. (Luisa)

Creo que debería ser legal, porque ponte tú, por el hecho de ser ilegal, muchas mujeres mueren. O sea, es terrible, tú ves cuantas atrocidades pasan porque no es legal. Creo que es un derecho de la mujer. (Alicia)

Acá, importa subrayar que dos de las cinco mujeres vinculan el deseo de abortar con el hecho de estar solas, sin el apoyo del padre del hijo; para ellas, estar en pareja sería incompatible con la decisión del aborto.

Entonces yo creo que es una opción que tiene que ser más tomada por la mujer, pensando en el aborto como sin pareja básicamente. (Elena)

Esta limitación de la legitimidad del aborto se parece un poco a la ética flexible del punto 8.1, pues varían las opiniones en función de los casos individuales. Al final y al cabo, sólo tres mujeres consideran el aborto como un derecho de la mujer.

4. CONCLUSIONES

El trabajo de análisis realizado hasta el momento resalta la complejidad del rol materno en el contexto moderno de la conciliación entre vida laboral y vida familiar. Si bien se transformaron las relaciones sociales y familiares desde las últimas décadas, en términos tanto culturales como económicos, aparece que la situación de los sujetos femeninos del estudio sigue marcada por el sesgo de género y que los desafíos que enfrentan las mujeres son bastante difusos.

Así, la vida de las mujeres entrevistadas se parece a un malabarismo diario que a menudo les deja cansadas, insatisfechas, divididas entre sentimientos de culpa y deseos de realización personal. Si bien su realidad se matiza en función de los ingresos familiares, aparece que los dilemas y las tensiones generados por la triple función femenina (doméstica-materna-laboral) atraviesan todos los grupos sociales. De alguna manera, las mujeres, ya cargadas de la permanencia de los comportamientos familiares tradicionales, tratan de aprovechar de las posibilidades modernas en el campo de la individuación, resultando explosiva la suma de sus expectativas y compromisos. Al mismo tiempo, surgen aquí y allá prácticas innovadoras, rupturistas, que reinventan los códigos y dejan pensar que existen maneras de traducir en actos la retórica igualitaria contemporánea.

El objetivo general del estudio proponía comprender como mujeres santiaguinas, de entre 25 y 45 años, trabajadora y madres, perciben y viven la maternidad, a fin de identificar los grandes patrones de representación y ejercicio del rol materno. El análisis nos conduce a organizar las conclusiones en función de tres patrones maternos, además de sugerir dos patrones emergentes.

4.1 La Madre ante todo

Vimos que la maternidad se puede entender de dos maneras antagónicas, por un lado como una función natural, esencial e innata de la mujer, y por otro lado como un constructo social cuyos contornos e implicancias varían en función de las sociedades. La primera opción filosófica conlleva la atribución automática de características típicamente maternas al género femenino, tales como la habilidad a acoger, proteger, escuchar, y percibe el hecho de dar y cuidar la vida como una etapa intrínseca en la trayectoria de la mujer.

Sin lugar a duda, las mujeres entrevistadas interpretan de manera esencialista su maternidad. Excepto una sujeta, una antropóloga de profesión quien discute la función de la familia en términos sociológicos, las otras mujeres conceptualizan su rol materno como el gran hito de su vida, algo que nunca cuestionaron, un acontecimiento que marca un “antes” y un “después” y que transforma la relación a la pareja, al entorno y a ellas mismas. Esta situación es aún más central para las parejas que empezaron a convivir o se casaron por embarazarse la mujer (el tercio de los casos). Aquí, no se dieron las condiciones de construir una relación conyugal o actividades profesionales que no sean impregnadas del sello de la maternidad.

Desde el primer embarazo en adelante, las entrevistadas se proyectan ante todo como madres, a la imagen de su propia madre. La figura materna tradicional y mítica, que ampara no sólo a los miembros directos de la familia, sino también, muchas veces, a colegas, amigos o cuñados que necesitan del acompañamiento materno. De hecho, las mujeres que critican a su propia madre lo hacen porque ésta no cumple con los atributos generalmente valorados en este terreno: entregarse por completo a la gran tarea materna.

Nada ni nadie parece amenazar el lugar de la madre como centro de la familia. A pesar de trabajar a tiempo completo fuera del hogar y del reposicionamiento del papel paterno, la mujer-madre es la principal actriz del hogar, la que tiene vínculos con los miembros internos y externos: hijos, padre y/o pareja, familias extensas, empleados domésticos. En este sentido, podríamos pensar que el trabajo asalariado es un brazo más de las funciones aglomerativas de la madre, siendo el espacio laboral muchas veces invadido por preocupaciones o tareas maternas. Son las madres que se ausentan cuando se enferma un hijo y son ellas que almuerzan en su escritorio para sustraer una hora a su día laboral y ofrecerla al cuidado infantil.

Las mujeres entrevistadas no cuestionan más que superficialmente esta realidad. El rol materno es fundamental para ellas y sus representaciones son moldeadas por una cultura, donde la madre es una suerte de “reina servidora”, con un estatus ambivalente, dotado a la vez de poder y de abnegación. Valoran la comunicación con sus hijos, su disponibilidad, la calidad de su presencia y atención hacia ellos. Deploran no poder hacer más, no poder estar más en la casa, sin por eso formular el proyecto de abandonar el mercado laboral. Es como si trabajar remuneradamente fuera una suerte de “pecado original” que tratan de hacerse perdonar consagrando a sus hijos sus más ágiles reflexiones y la totalidad del tiempo que pasan fuera del trabajo. El precio de esta paradoja: un sentimiento de culpabilidad transversal, que contienen gracias a una aritmética organizacional a toda prueba.

4.2 La Madre omnisciente

Físicamente ausente o no, las mujeres entrevistadas están presentes en todos los quehaceres y comunicaciones de su hogar. Ellas son las que trazan las rutinas, establecen los horarios y gran parte de las normas, solucionan los problemas, aprovisionan la casa y cuidan a sus integrantes, de manera anticipada, ayudadas por el teléfono celular y unas cuantas listas (manuscritas o mentales) de cosas que hacer.

Si bien el hecho de trabajar fuera de la casa obliga a las mujeres a delegar gran parte de su responsabilidad materna, es interesante constatar que conceptualizan esta delegación como una extensión de su “estilo materno”, y no como un aporte propio de “colaboradores”. En otras palabras, no consideran la red de apoyo como un enriquecimiento dentro del proceso de crianza de los hijos. No la ven como la ocasión de integrar otras maneras de ver y hacer; más bien, quieren dirigir y dominar el cuidado de sus hijos y la organización interna de la casa.

Son también mujeres las personas que suplen a la madre, empleadas domésticas y/o familiares (madre, suegra, amiga, hermana). Obviamente, la segunda categoría es la más

apreciada, siendo plena la confianza y favorecida la coherencia con los valores de la madre. En el caso de las “nanas”, varias mujeres expresan su deseo que pasen el menos tiempo posible con sus hijos y ninguna entrevistada comenta su influencia o aporte positivo en el proceso educativo.

En relación al padre de sus hijos, sea su pareja actual o no, la mayoría de las madres no lo perciben como un agente activo de la gestión cotidiana del hogar. Dicho de otra manera, las mujeres reconocen su involucramiento en términos relacionales y afectivos, pero no su responsabilidad doméstica, en el sentido de asegurar, más allá del aporte económico, la satisfacción de las necesidades básicas de los integrantes del núcleo familiar.

Así, los padres descritos por las entrevistadas son más cercanos, cariñosos y participativos que los padres de la generación anterior. Sin embargo, las mujeres, madres omnipotentes, parecen proteger también a sus parejas respecto del peso doméstico. Además, algunas temen ser identificadas como “amargadas” o “brujas” si reclaman (y así perder su aura de mujer-madre feliz). Aceptan que su pareja elija, seleccione sus áreas de participación, esencialmente las actividades con los niños y de compras. Es como si el padre fuera una especie de satélite que gira en torno al núcleo de la actividad doméstica y de crianza; tiene un papel en el equilibrio interno y externo del grupo familiar, pero no afecta la omnisciencia de la madre.

4.3 La (súper) Madre moderna

Hablamos en el marco teórico del “camino de los posibles” que a los individuos se les abre con la modernidad, promoviendo ésta el proyecto individual y la auto-determinación de sentidos y valores. Obviamente, las oportunidades de cumplir con el desafío identitario personal se matizan en función de varios factores, entre otros la situación socio-económica y el género. Por ejemplo, los teóricos observan que si bien la mujer puede hoy en día incorporarse exitosamente en la esfera pública y política, lo debe concretizar sin deshacerse de su responsabilidad doméstica.

Esta ecuación, que permite ganar en un terreno sin perder en el otro, se evidencia en los testimonios de las sujetas del estudio. Verbalizan las tensiones inherentes a la complejidad de la conciliación laboral y familiar, sin por eso emitir juicios críticos o negativos acerca de su triple rol. Más allá de haber transgredido el hasta recién muy poderoso referente cultural de la dueña de casa, no reinterpretan en profundidad las responsabilidades y deberes entorno a la parentalidad (maternidad y paternidad). Más bien, mantienen el rol materno como el centro de su personalidad, de sus elecciones y de sus proyecciones. La maternidad cimienta su proyecto de vida y constituye la prioridad de su trayectoria, dificultando o imposibilitando la concreción de un proyecto de vida global, consecuente y coherente en términos del tiempo otorgado a cada esfera. Al revés, las sujetas del estudio están colapsadas y no tienen tiempo ninguno que consagrar a su propio desarrollo, profesional o personal. No obstante, no piensan dejar de trabajar, pues estar laboralmente activas les permite independizarse en los planos económico e identitario. En la casa, son madres y esposas, mientras se “individualizan” cuando trabajan. Se despejan de las preocupaciones

domésticas y parentales, establecen relaciones amistosas, comparten. De hecho, el trabajo es el único espacio personal de la gran mayoría de los sujetos del estudio.

En vez de buscar ganar un espacio mayor de auto-determinación, repensando entre otros el reparto de tareas con su cónyuge o su propia visión de la maternidad, las mujeres planifican y organizan desesperadamente el tiempo, como manera de tener en las manos las riendas de su vida. Las sujetas entrevistadas desarrollan técnicas múltiples, concientes y sistemáticas para poder cumplir con sus compromisos familiares a pesar de las numerosas horas pasadas semanalmente en su trabajo. Entre trabajar con turno, obviar la pausa del almuerzo o utilizarla para hacer compras y trámites, aprovechar el fin de semana para agilizar las tareas domésticas de la semana, terminar las tareas escolares en el auto camino al colegio, etc., no les queda a las “súper madres” la menor inspiración que consagrar a las promesas de auto-determinación moderna.

Justamente, las prácticas de auto-reflexividad que pueden tener las entrevistadas se concentran en el universo materno. Quieren ser “buenas” madres, cuestionan y corrigen sus valores y comportamientos. También, pretenden establecer con sus hijos una relación dialógica y así poder deducir mejor como adaptarse a sus necesidades. El tema de la modernidad y de sus colaterales, la individuación y la competitividad, emerge también a partir de las pautas de crianza de los hijos. Muchas mujeres coinciden en adoptar prácticas destinadas a favorecer la capacidad de sus hijos a “salir adelante” en un mundo competitivo. Favorecer su autonomía, nutrir su red de contactos sociales, exigirles un alto rendimiento escolar y escoger colegios con una tradición de excelencia, todos comportamientos orientados hacia el éxito futuro de los hijos. La insistencia en el desempeño escolar es mayor en las clases baja y media, como manera de favorecer la movilidad socioeconómica de la progenitura y poder concretizar un afán particularmente destacado por las entrevistadas y el mismo paradigma de la modernidad: la posibilidad de optar y acceder a más cosas, a más dinero, a más poder.

4.4 Dos patrones por construir

Del análisis emergen también dos grupos de representaciones y prácticas maternas que, sin que los consideremos patrones “maduros”, constituyen embriones de patrones futuros, eventualmente comunes a muchas mujeres con un triple rol.

El primero de estos, “la madre alternativa”, da cuenta de una tendencia bastante notoria entre las entrevistadas: sentirse diferente de los demás y valorarlo. Indica que el conservadurismo no está de moda para muchas y que es llamativo atreverse a romper con los esquemas y valores legados por los padres o el entorno. Para varias mujeres, implica interrogarse concientemente y tratar de innovar concretamente, a pasos lentos y medidos, en materia de crianza y de co-responsabilidad parental; para otras, se presenta como la adopción de proyecto de vida global resolutamente rupturista. Pero la médula del asunto es considerar frente a qué pretenden innovar las mujeres.

En el plano educativo, parece que quieren especialmente romper el modelo del niño “regalón”, “mimado”, un niño que no se sabe desempeñar solo y podría tener problemas al

momento de enfrentar el competitivo mundo moderno. La madre alternativa anhela criar niños que reflexionan, cuestionan y toman decisiones. Sin embargo, tal apuesta conlleva riesgos para la madre, por ejemplo de ser amenazada su autoridad parental o su legitimidad social como “buena” madre, lo que frena o aminora en muchos casos los experimentos de las sujetas.

El patrón alternativo se vive también en el marco de las relaciones con la familia extensa. Se nombra la voluntad de distinguirse de los comportamientos promovidos por la familia de origen, de crear una entidad familiar propia, independiente de las expectativas del entorno. En el plano doméstico, la madre alternativa es mucho más tímida y no se arriesga todavía a redefinir las representaciones en torno a la centralidad y dominación del eje materno.

El segundo patrón emergente es “la madre equilibrada”, la madre que no sólo sube al tren de gran velocidad de la modernidad, pero también disfruta del viaje. Esta madre tiene actividades personales además de un trabajo, no se siente agotada ni culpable, disfruta del desafío de la crianza de sus hijos y mantiene una relación de pareja dichosa y equitativa. Este patrón no representa la realidad, ni de lejos, de alguna de las entrevistadas. No obstante, se conforma, mediante los testimonios de las entrevistadas, como un patrón ideal no sólo de maternidad, sino de vida. Así, si bien las sujetas nunca van a poner en tela de juicio su maternidad, numerosas son las confidencias que subrayan por un lado sus insatisfacciones respecto del frenesí de su día a día, y por otro lado sus aspiraciones a tener un espacio propio. Aparece sin embargo que la madre equilibrada necesita de apoyos conyugales, familiares y sociales para poder surgir, así como de una sensible evolución de sus propias expectativas y representaciones en materia de maternidad.

4.5 Para una parentalidad equitativa y socialmente compartida

En el momento de concluir nuestro estudio con sugerencias que apuntan a traducir en propuestas empíricas los resultados y conclusiones del trabajo realizado, aparece prioritario tomar medidas políticas para que se repositone el desafío de la conciliación trabajo-familia, actualmente concentrado en hombros femeninos y privados.

Nuestra primera propuesta apunta a la parentalidad en tanto fortaleza femenina, un principio que la sociedad chilena en general sigue defendiendo y reproduciendo, hombres como mujeres, medios de comunicación masiva como publicidad, sentido común como políticas públicas. Como lo vimos con varios autores y por medio del testimonio de las entrevistadas, el rol parental y doméstico de las mujeres permanece muy intenso en los planos identitario y cultural, tiñendo irremediablemente el *rapport* femenino a la modernización. A eso se suma el peso de la relegación de los temas familiares al ámbito privado en el marco de la sustitución del Estado por el mercado, una situación que fragiliza aún más la zona de movilidad y libertad de la cual disponen las mujeres para formular su proyecto de vida.

Por eso nos parece esencial replantear la parentalidad como tema social ligado al bien común. Así, debe compartirse entre los diferentes actores de la vida colectiva la responsabilidad del cuidado de los niños, niños que serán los protagonistas de la sociedad

de mañana. Si bien similar temática de desarrollo puede concretizarse en múltiples enfoques, priorizamos el eje institucional, indispensable para apoyar el despliegue de cambios individuales y sociales duraderos.

La maternidad es una responsabilidad de todos, y no sólo de las mujeres que individualmente la viven (Dirección del trabajo, 1997: 8).

En otras palabras, es imprescindible sacar la parentalidad de lo privado, despojarla de sus dogmas femeninos, abrirla a una experiencia conyugal y socialmente compartida.

En materia familiar, dos series de medidas nos parecen necesarias. La primera considera la implementación de una red de servicios juveniles pública e integrada; pública por su accesibilidad tanto geográfica como monetaria; integrada por su contribución a varios aspectos de la vida parental, entre otros por medio de la referencia a otros servicios institucionales o comunitarios (salud, educación, recreación, etc.). Tales instituciones podrían ser designadas como “Centros de la niñez” y permitirían a ambos padres conciliar mejor vida profesional y vida familiar sabiendo que mientras trabajan, profesionales del cuidado infantil se encargan de sus hijos y aseguran su desarrollo físico, psicosocial y creativo.

La segunda serie de medidas se dirige al aparato legislativo y contempla el fuero materno. Así, proponemos cambiar la noción de “fuero materno” por la de “fuero parental”, permitiendo al padre tener acceso a una licencia paterna, independiente de la licencia materna, a tomar durante el primer año de vida del hijo. Por supuesto, el “fuero materno” existente merecería también notables mejorías, especialmente temporales, un proceso que podría acompañar su transición hacia el marco parental.

Sería también relevante adjuntar a estas medidas una campaña de educación y promoción de los nuevos programas. Por un lado, facilitaría la implementación exitosa de estos últimos. Por otro lado, contribuiría a cambios de representación dentro de la población, tanto respecto de la maternidad y de la parentalidad como del rol del Estado en temas colectivos. Cabe señalar que varios países, entre otros Canadá y naciones europeas, adoptaron exitosamente similares medidas, experiencias que podrían seguramente alimentar propuestas chilenas en este plano.

Otra medida anexa para favorecer la conciliación sería reducir la semana legal de trabajo a entre 35 y 40 horas, sin bajas de sueldo. Esto representaría un esfuerzo económico y no queda claro si las horas ganadas se desplazarían a la esfera familiar, o bien a otras actividades de trabajo para aumentar el ingreso familiar, pero por lo menos, los trabajadores y trabajadoras chilenos dispondrían de más tiempo que consagrar a su vida privada y eventualmente a su desarrollo personal. Aquí, nos referimos a todas estas mujeres que corren de la casa al trabajo, y del trabajo a la casa, sin un minuto que consagrar a actividades individuales de recreación o aprendizaje. Agregamos que la creación de mecanismos de trabajo a tiempo parcial puede también ser una vía, pero la experiencia muestra que son mayoritariamente precarios, mal remunerados y esencialmente ocupados por mujeres.

Ahora, si bien la intervención institucional es precisa en el fomento de cambios estructurales en materia de responsabilidad parental y equidad de género, no agota tan densa temática. Así, nos parece esencial una intervención conjunta en el plano valórico, en el universo de las representaciones sociales de los chilenos y chilenas respecto de la maternidad. Sin embargo, intervenciones de este nivel aparecen más complejas, más difusas, que en el caso institucional. ¿Cómo tener impacto sobre las mentalidades, además que las propias mujeres entrevistadas no cuestionan realmente el peso de su triple carga (educativa, doméstica y laboral)? Pensamos que el núcleo de este trabajo reside en ampliar el concepto de responsabilidad parental valorando el dúo de cónyuges en sí, y no enfocando el traspaso de funciones de la madre al padre, lo que podría ser recibido de manera ambivalente.

Para cumplir con este objetivo, una posibilidad sería crear una gran campaña de sensibilización y educación popular utilizando una amplia variedad de acciones en distintos registros, por ejemplo ocupar simultáneamente los espacios educacional, televisivo, académico, comunitario y publicitario. Imaginamos una serie de publicidades en las cuales hombres “participativos” o “involucrados”, eventualmente figuras conocidas de la política o de las artes, presentan su familia en tanto alternativa al modelo tradicional. Pensamos también en talleres realizados con alumnos de la enseñanza básica y media, para romper desde muy joven los espejismos de la socialización sexualizada y reinterpretar los códigos asociados con ambos sexos. Además de servir la causa de la equidad de género, estos talleres facilitarían también la afirmación de los alumnos en tanto sujetos y ciudadanos

Concluiremos reafirmando la necesidad de fomentar propuestas creativas, críticas y resolutivas para reinventar la manera en que los chilenos y las chilenas enfrentan a diario la conjugación de sus varios espacios, conyugal, parental, personal y laboral. Apelamos a la búsqueda y desarrollo de prácticas privadas y políticas innovadoras, siendo el contexto de la elección de una primera presidenta particularmente favorable al debate de temas de familia y género.

Bibliografía

- ÁVILA, YANINA. 2004.** “Desarmar el modelo mujer = madre”, en *Debate Feminista*. Año 15, vol. 30. México.
- BECK, ULRICH. 1998.** *La sociedad del riesgo*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.
- BURGGRAF, JUTTA. 1997.** “El Feminismo, ¿destruye la familia?”, en *Revista Humanitas*. N° 7, julio-septiembre 1997. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
- BUSQUETS, MARITZA Y OTRAS. 1995.** *Comentarios a la encuesta CEP sobre la mujer en Chile*. Centro de Estudios Públicos, Santiago.
- CARRASCO, ALEJANDRA. 1995.** “Mujer: cuerpo y psicología” en *Estudios Públicos*. N°60, primavera 1995. Centro de Estudios Públicos, Santiago.
- CASANOVA, MARTA Y OTROS. 1989.** *Ser mujer: la formación de la identidad femenina*. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Zochimilco, México.
- CASTELAIN MEUNIER, CHRISTINE. 2002.** *La place des hommes et les métamorphoses de la famille*. Presses Universitaires de France, Paris.
- CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS. 2002.** *Mujer y trabajo, familia y valores*. Estudio Nacional de Opinión Pública n°44, diciembre 2002, Santiago.
- CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS. 1995.** *La mujer chilena hoy: trabajo, familia y valores*. Estudio Nacional de Opinión Pública n°2, mayo y junio 1995, Santiago.
- CIA WORLD FACTBOOK. 2003.** *Datos demográficos*. Disponible en www.indexmundi.com (consultado el 11/07/2004).
- CORVALÁN, JAVIER. 1996.** *Los paradigmas de lo social y las concepciones de intervención en la sociedad*. Documento de trabajo n° 4. Santiago.
- DESLAURIERS, JEAN-PIERRE Y KÉRISIT, MICHÈLE. 1997.** “Le devis de recherche qualitative”, en *La recherche qualitative: enjeux épistémologiques et méthodologiques*. Gaëtan Morin Éditeur, Boucherville.
- DESLAURIERS, JEAN-PIERRE. 1991.** *Recherche qualitative. Guide pratique*. Chenelière/McGraw-Hill, Montréal.
- DIAZ, XIMENA Y MEDEL, JULIA. 2001.** *Familia y trabajo: distribución del tiempo y relaciones de género*. Centro de Estudios de la Mujer, Santiago.

DIAZ-ROMERO, PAMELA. 2004. “Modernidad, modernización y modernismo”, en *El nuevo contrato social para las mujeres en Chile: balance y perspectivas*. Grupo Iniciativa Mujeres, Santiago.

DIRECCIÓN DEL TRABAJO. 1997. *Las normas que protegen la maternidad en Chile: el comportamiento de las empresas*. Santiago: Cuaderno de investigación no 3.

ESCOBAR, ARTURO. 2002. “Globalización, Desarrollo y Modernidad”, en *Planeación, Participación y Desarrollo*. Corporación Región, Medellín.

EVERINGHAM, CRISTINE. 1994. *Motherhood and modernity*. Open University Press, Buckingham.

FULLER, NORMA. 1995. “En torno a la polaridad marianismo-machismo”, en *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. TM Editores, Bogotá.

GARRETÓN, MANUEL ANTONIO. 2002. “La transformación de la acción colectiva en América Latina”, en *Revista de la CEPAL*. N° 76, abril 2002.

GAUTHIER, B. 1998. “La structure de la preuve”, en *Recherche sociale : de la problématique à la collecte des données*. Presses de l’Université du Québec, Québec.

GIDDENS, ANTHONY. 1999. “El futuro del Estado benefactor”, en *Estudios Públicos*. N° 74. Centro de Estudios Públicos, Santiago.

GIDDENS, ANTHONY. 1993. *Consecuencias de la Modernidad*. Alianza Editorial, Madrid.

GINGRAS, J.P. 1998. “La sociologie de la connaissance”, en *Recherche sociale : de la problématique à la collecte des données*. Presses de l’Université du Québec, Québec.

GOODY, JACK. 2001. *La familia europea*. Editorial Crítica, Barcelona.

GROULX, LIONEL-HENRI. 1997. “Contribution de la recherche qualitative à la recherche sociale”, en *La recherche qualitative : enjeux épistémologiques et méthodologiques*. Gaëtan Morin Éditeur, Boucherville.

GRUPO INICIATIVA MUJERES. 1999. *Encuesta Nacional. Opiniones y actitudes de las mujeres chilenas sobre la condición de Género*. Santiago.

GUZMÁN, VIRGINIA. 2004. “Globalización, institucionalidad y cambios en las relaciones de género”, en *El nuevo contrato social para las mujeres en Chile: balance y perspectivas*. Grupo Iniciativa Mujeres, Santiago.

GUZMÁN, VIRGINIA. 2002. *Las relaciones de género en un mundo global*. Publicaciones de las Naciones Unidas, Santiago.

IGLESIAS, MARGARITA. 1997. “Funcionamiento de la estructura matrimonial y el comportamiento de algunas mujeres en el siglo XVIII”, en *Descorriendo el velo, II y III jornadas de investigación en historia de la mujer*. Universidad de Chile, Facultad de filosofía y humanidades. LOM Ediciones, Santiago

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y SERVICIO NACIONAL DE LAS MUJERES. 2004. *Mujeres chilenas. Tendencias en la última década*. Santiago.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS Y SERVICIO NACIONAL DE LAS MUJERES. 2001. *Mujeres chilenas. Estadísticas para el nuevo siglo*. Santiago.

JARAMILLO, BETZIE. 2005. “Nena, que será de ti. Mujeres y discriminación”, en *La Nación Domingo*. Semana del 10 al 16 de abril 2005.

JELIN, ELIZABETH. 1998. *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

JACOUD, MYLENE Y MAYER, ROBERT. 1997. « L’observation en situation et la recherche qualitative, en *La recherche qualitative : enjeux épistémologiques et méthodologiques*. Gaëtan Morin Éditeur, Boucherville.

LAGARDE, MARCELA. 1990. *Cautiverios de las mujeres : madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.

LAPERRIÈRE, ANNE. 1997. “Les critères de scientificité des méthodes qualitatives” y “La théorisation ancrée (grounded theory) : démarche analytique et comparaison avec d’autres approches apparentées”, en *La recherche qualitative : enjeux épistémologiques et méthodologiques*. Gaëtan Morin Éditeur, Boucherville.

LEIVA, FERNANDO Y AGACINO, RAFAEL. 1994. *Mercado de trabajo flexible, pobreza y desintegración social en Chile 1990-1994*. Universidad ARCIS, Escuela de Ingeniería comercial, Santiago de Chile.

LEÓN, MAGADALENA. 1995. «La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina”, en *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. TM Editores, Bogotá.

LIPIETZ, ALAIN. 1998. *La société en sablier*. La Découverte, Paris.

LIPIETZ, ALAIN. 1990. “Après-fordisme et démocratie”, en *Les temps modernes*. n° 524. Paris.

MARTÍNEZ, JAVIER Y PALACIOS, MARGARITA. 1996. *Informe sobre la decencia*. Ediciones Sur, Santiago de Chile.

MAYER, ROBERT y OUELLET, FRANCINE. 1991. *Méthodologie de recherche pour les intervenants sociaux*. Gaëtan Morin Éditeur, Boucherville.

MEZA, MARIA EUGENIA. 2004. “Del decreto Amunátegui a los planes de igualdad”, en *El Tábano*. Revista electrónica, edición marzo 2004, www.eltabano.cl (sitio consultado el 26 de octubre 2004).

MILOS, PEDRO. 2004. “Familia y Estado en Chile: trayectoria histórica de una relación”. Ponencia presentada en el marco del seminario *Familia y vida privada. ¿Transformaciones, tensiones, resistencias o nuevos sentidos?* CEDEM y FLACSO, 29 y 30 septiembre 2004, Santiago.

MONTECINO, SONIA. 1995. “Identidades de género en América Latina: mestizajes, sacrificios y simultaneidades”, en *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*. TM Editores, Bogotá.

MONTECINO, SONIA. 1990. “Símbolo mariano y constitución de la identidad femenina en Chile” en *Estudios Públicos*. N° 39. Centro de Estudios Públicos, Santiago.

OLEA, RAQUEL. 2004. “De lo íntimo y lo público: un reparo en el lenguaje”, en *El nuevo contrato social para las mujeres en Chile: balance y perspectivas*. Grupo Iniciativa Mujeres, Santiago.

PALACIOS, MARGARITA. 2004. *Modernización y vida privada: informe estadístico y análisis de datos*. Centro de estudios para el desarrollo de la mujer, proyecto FONDECYT, documento interno.

PALMA, MILAGROS. 1991. *Le ver et le fruit. L'apprentissage de la féminité en Amérique Latine*. Côté-femmes, Paris.

PALOMAR VAREA, CRISTINA. 2004. “Malas madres: la construcción social de la maternidad”, en *Debate Feminista*. Año 15, vol. 30. México.

PAZ, OCTAVIO. 1994. *El laberinto de la soledad*. Fondo de Cultura Económica, Chile.

PEÑA GONZÁLEZ, PATRICIA. 1997. “La Casa de recogidas de Santiago, un hospital de almas”, en *Descorriendo el velo, II y III jornadas de investigación en historia de la mujer*. Universidad de Chile, Facultad de filosofía y humanidades. LOM Ediciones, Santiago.

PIRES, ALVARO. 1997. “De quelques enjeux épistémologiques d’une méthodologie générale pour les sciences sociales” “Échantillonnage et recherche qualitative : essai théorique et méthodologique”, en *La recherche qualitative : enjeux épistémologiques et méthodologiques*, Gaëtan Morin Éditeur, Boucherville.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS SOBRE EL DESARROLLO. 2002. *Desarrollo humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. PNUD, Santiago.

RAMA, GERMAN. 2001. “La políticas sociales en América Latina”. Ponencia presentada en el marco del seminario *La teoría del desarrollo en los albores del siglo XXI*. CEPAL, 28 y 29 de agosto 2001, Santiago.

RODÓ, ANDREA Y OTROS. 1993. *Los nuevos roles y la construcción de identidad femenina*. Documentos de trabajo, n°144. Centro de Estudios Sociales y Educación Sur, Santiago.

RODRÍGUEZ, GREGORIO; GIL, JAVIER; GARCÍA, EDUARDO. 1999. *Metodología d la investigación cualitativa*. Ediciones Aljbe, Malaga.

ROSANVALLON, PIERRE. 1995. *La nueva cuestión social*. Manantial, Buenos Aires.

SALAZAR, GABRIEL. 1992. “La mujer de “bajo pueblo” en Chile: bosquejo histórico”, en *Proposiciones*. n° 21, diciembre 1992. Santiago.

SALKIND, NEIL. 1999. *Métodos de investigación*. Prentice Hall, México.

SÁNCHEZ BRINGAS, ÁNGELES Y OTRAS. 2004. “Nuevas maternidades o la desconstrucción de la maternidad en México”, en *Debate Feminista*. Año 15, vol. 30. México.

SAU, VICTORIA. 1995. *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. Icaria Editorial, Barcelona.

SAVOIE-ZAJC, L. 1998. “L’entrevue semi-dirigée”, en *Recherche sociale : de la problématique à la collecte des données*. Presses de l’Université du Québec, Québec.

SERNAM. 2002. *Hombres y mujeres: cómo ven su rol en la sociedad y en la familia*. Santiago.

SERNAM. 2000. *Construyendo estrategias de conciliación familia y trabajo, con perspectiva de género*. Santiago.

SERNAM. 1999. *Habla la gente: trabajo y familia, una relación compleja*. Santiago.

SERNAM. 1996. *Transformaciones en la familia con motivo de la incorporación de la mujer en el trabajo*. Santiago.

SOJO, CARLOS. 2002. “La noción de ciudadanía en el debate latinoamericano” en *Revista de la CEPAL*. N° 76, abril 2002, Santiago.

SOTO LIRA, ROSA. 1992. “Negras esclavas. Las otras mujeres de la Colonia”, en *Proposiciones*. N° 21, diciembre 1992, Santiago.

SUBERCASEAUX, BERNARDO. 2003. “El siglo de las luces”. Apuntes de clase del curso: *Construyendo identidades y diferencias: América entre dos rupturas (siglo XVI-XVIII)*. Programa de Magíster en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 25 de noviembre 2003, Santiago.

TOURAINÉ, ALAIN. 1995. “La modernidad triunfante” en *Crítica de la modernidad*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

VALDÉS, XIMENA. 2004. “Familias en Chile: rasgos históricos y significados actuales de los cambios”. Ponencia presentada en el marco de la reunión de expertos *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*. Santiago: CEPAL, 28 y 29 de octubre 2004.

VALDÉS, XIMENA. 2002. *Modernización y vida privada. Estudio de formas familiares emergentes en tres grupos sociales de Santiago*. CEDEM, Santiago.

VITALE, LUIS. 2004. “Cronología Comentada del Movimiento de Mujeres en Chile Parte 2”, en *Clase y género*. Revista electrónica, <http://www.clasecontraclase.cl> (sitio consultado el 26 de octubre 2004).

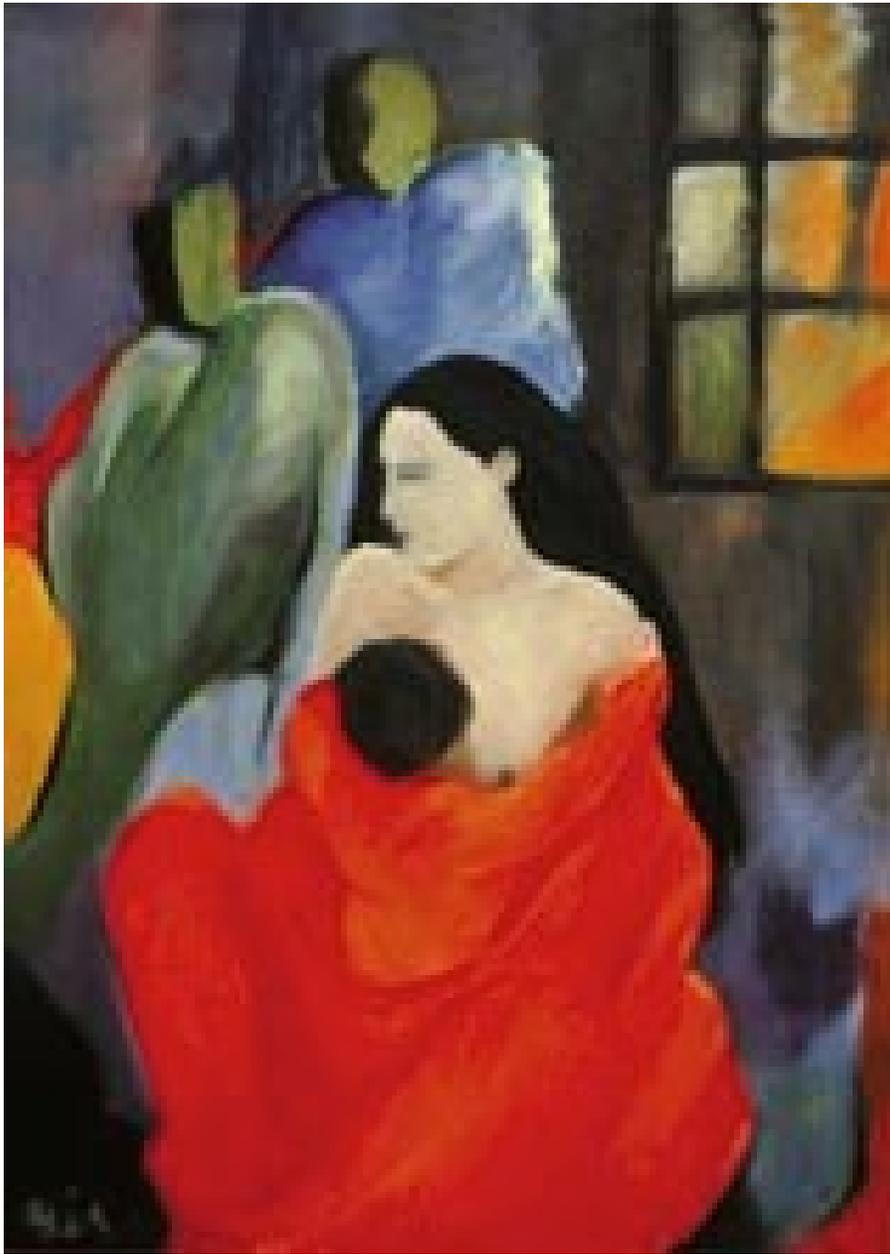
ZAMORANO VAREA, PAULINA. 1996. “Las mujeres del marquesado de la Pica. Una elite femenina del siglo XVIII”, en *Actos de la primera jornada de investigación en historia de la mujer*. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago.

ANEXO 1

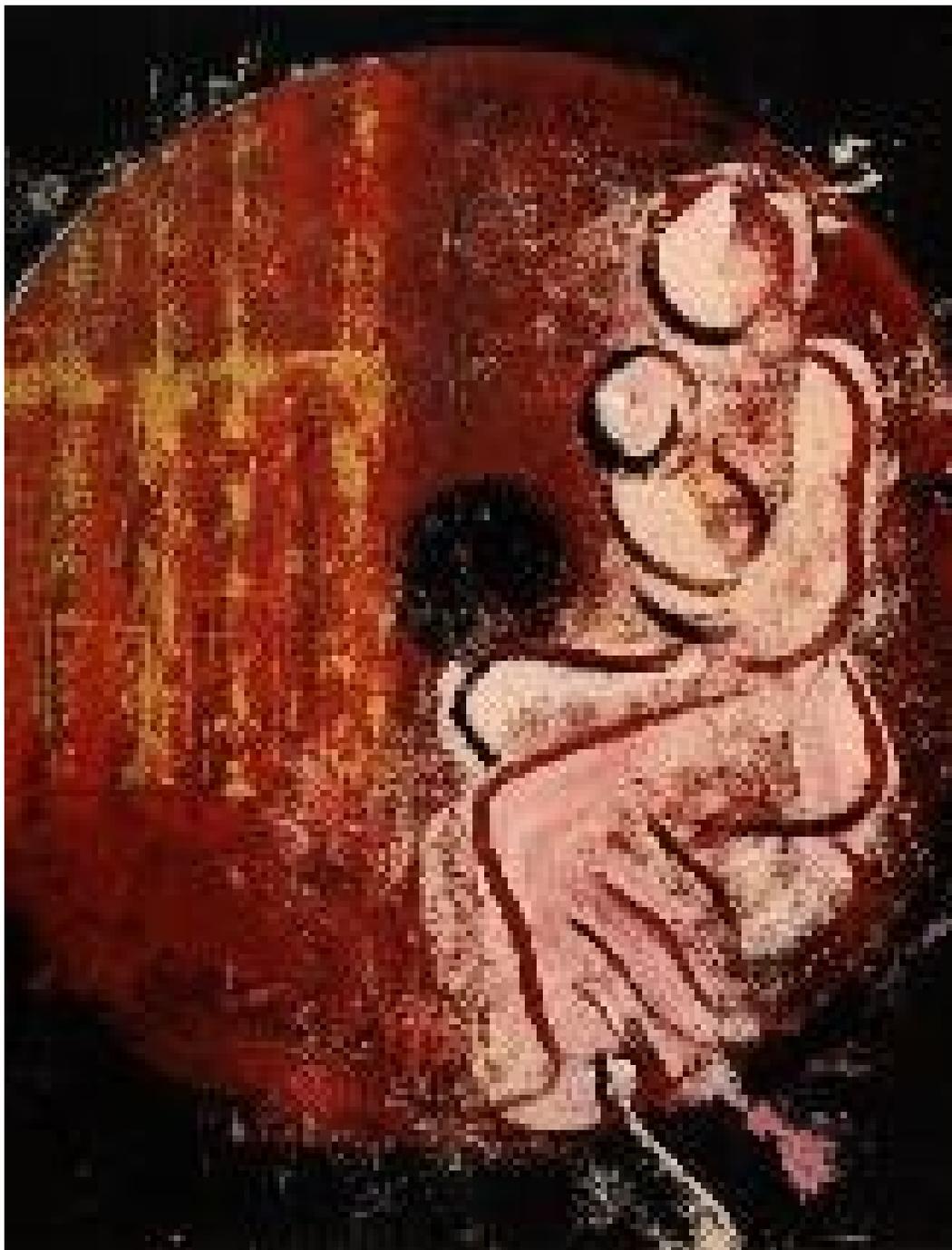
Exposición presentada en el
marco del examen de grado



"MATERNIDAD" Juan Carlos Castagnino, 1965



"MATERNIDAD I" Marie-Alix Fevre Gargadenec



"MATERNIDAD " Juan Manuel Gutiérrez Gallardo



Matermidad VI, 2002 Díaz-Dani



"GRITO DE UNA MADRE" Auquier